

**INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE**  
**Departamento de Estudios Socioculturales**

**Proyecto de Aplicación Profesional (PAP)**  
**Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los Medios**

**Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades**



**Relatos de San Pablo**  
**Microhistoria para recordar el campo desde la ciudad**

**Presenta**

Susana Alejandrina del Real Ponce  
Licenciatura en Periodismo y Comunicación Pública

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías  
Asesor: Andrés Villa Aldaco  
Tlaquepaque, Jalisco, otoño de 2018

## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional  | 2  |
| Resumen  | 2  |
| 1. Introducción  | 3  |
| 1.1. Objetivo  | 3  |
| 1.2. Justificación   | 3  |
| 1.3 Antecedentes   | 8  |
| 1.4. Contexto  | 12 |
| 2. Desarrollo  | 14 |
| 2.1. Sustento teórico y metodológico   | 14 |
| 2.2. Planeación y seguimiento del proyecto   | 19 |
| 3. Resultados del trabajo profesional  | 21 |
| 4. Reflexiones del alumno sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto | 23 |
| 5. Conclusiones  | 25 |
| 6. Bibliografía y fuentes  | 26 |
| 7. Anexos  | 29 |

## **Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional**

*Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio-profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.*

*A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.*

### **Resumen**

El Área Metropolitana de Guadalajara es una ciudad con fuertes lazos rurales, tanto a través de la intensa migración de personas de pueblos y ranchos en la segunda mitad del siglo XX —que continúa hoy en día— como a través de los modos de ver el mundo, tradiciones y costumbres pueblerinas que conserva de su pasado cercano. Este reporte aborda el proceso de investigación contextual y de edición, corrección de estilo y diseño editorial de un libro de relatos sobre la vida cotidiana del rancho de San Pablo, sur de Zacatecas, en los comienzos de la segunda mitad del siglo XX, escritos por Filiberto del Real —quien reside desde 1970 en la ciudad de Guadalajara.

## 1. Introducción

### 1.1. Objetivo

Editar el libro *Relatos de San Pablo* a través de un trabajo de investigación contextual, corrección de estilo y diseño editorial.

### 1.2. Justificación

En la introducción de la obra icónica de Luis González y González, *Pueblo en vilo* (1968), el autor sostiene que los estudios de lo hiperlocal levantaban, al menos hasta la década de los sesenta, poco interés e incluso cierto desdén elitista en los ámbitos académicos y urbanos. Un desprecio por lo pequeño, lo poco instruido y lo campesino (González, 1968: 11–12).

No puede afirmarse lo mismo en el siglo XXI, después de que *Pueblo en vilo, microhistoria de San José de Gracia* le diera fama internacional al michoacano, quien fue considerado el mejor historiador mexicano en su tiempo (Proceso, 2003). González y González fue, en México, el catalizador de un interés disciplinar, científico, por las pequeñas comunidades.

Una peculiaridad de *Relatos de San Pablo* radica en su carácter de pequeño. San Pablo es menos que un pueblo, un rancho que se ubica en el municipio de Monte Escobedo, Zacatecas, colindante con Jalisco a través del río Colotlán. Lo que era en los años cincuenta un caserío de alrededor de veinte familias ahora se encuentra casi abandonado.

Si el estudio de lo diminuto puede ayudar a comprender, al menos en parte, realidades regionales, nacionales y hasta internacionales, como argumentan algunos estudiosos de la microhistoria (González, 1968: 12), las costumbres y los cambios de unas décadas en la historia *universal* de San Pablo podrían ser significativos para conocer de otra modo la urbanización de México, la migración a Estados Unidos, el abandono del campo, el fin de un estilo de vida “impensable

hoy en día, a dos o tres generaciones de distancia” (Gargallo, en Arellano, Arenas & Argüelles *et al.*, 2001: 6).

(San José de Gracia) vale como botón de muestra de lo que son y han sido muchas comunidades minúsculas, mestizas y huérfanas (...) la vida de San José, por no ser única, por ser un conglomerado de tantos, por representar a una porción amplia del subconsciente nacional, quizá sea interesante para las academias (González, 1968: 15).

Antes de esto, sin embargo, los pueblos y los ranchos ya habían adquirido el gusto de mirarse a sí mismos a través de sus propios recursos:

Las sociedades pequeñas, conscientes de su unidad por una parte, y de su diferencia con respecto a las sociedades que las engloban por otra, no pueden satisfacer la necesidad de reconstruir su pasado con solo los libros y artículos de historia universal, nacional y regional (...) por eso anda (la sociedad pequeña) siempre en busca de su cronista. Si no encuentra al que pueda expresar su vida por escrito, le otorga el nombramiento al que le pueda contar oralmente, y a falta de un recitador, se contenta con la memoria colectiva, con la tradición oral múltiple (*ibid.*: 11).

La historia de los lugareños, en la mayoría de los casos alejada de métodos científicos pero cercana a las personas y a los sucesos, ha gozado de una gran demanda que en la actualidad se ha visto potenciada por el reciente afán académico. En la región norte de Jalisco y sur de Zacatecas durante los últimos cincuenta años estos dos intereses han convergido en una nutrida producción periodística, sociológica, antropológica, etnográfica, histórica y literaria, dentro de la que surge el libro *Relatos de San Pablo*.

San Pablo, al igual que el pueblo de San José de Gracia, “no ha dado ningún fruto llamativo ni ha sido sede de ningún hecho importante. Parece ser la insignificancia histórica en toda su pureza, lo absolutamente indigno de atención,

la nulidad inmaculada: tierras flacas, vida lenta y población sin brillo. La pequeñez, pero la pequeñez típica” (*ibid.*: 15).

Todos los pueblos que no se miran de cerca con amor y calma son un pueblo cualquiera, pero al acercarlos el ojo, como es el caso presente, cargado de simpatía, se descubre en cada pueblo su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares, y hasta se olvida lo que tiene de común con otros pueblos (*ibid.*: 15–16).

La historiografía microscópica suele contener más verdad que la telescópica (Finberg, en González, 1968: 13), entendida esta última como la historiografía tradicional, enfocada en eventos políticos, protagonizados por las élites, y la historiografía de la Escuela de los Annales, macrohistórica por excelencia, que estudiaba patrones socio–económicos en largas duraciones de tiempo y grandes espacios geográficos (Man, 2013: 167–169).

La historia de lo pequeño permite apreciar lo que tienen por enseñar las personas comunes, en este caso los campesinos mexicanos, su manera de ver el mundo, sus conocimientos, sus intuiciones y sus peculiares experiencias de vida.

Vista de lejos, la existencia de una aldea se presenta puramente rutinaria; vista desde un mirador intermedio, quizá parezca lenta; mirada desde dentro es tan mudable como el vivir regional, nacional o mundial (González, 1968: 13).

Filiberto del Real no escribió *Relatos de San Pablo* pensando en la academia ni en lectores eruditos. Sus impresiones del pasado fueron registradas primero como un ejercicio personal de memoria y construcción de sentido, nacido por el amor que sentía el autor por su rancho y sus personas, y por la nostalgia. Otra cosa lo impulsó a escribir durante los veinte años que le llevó terminar estos escritos: el afán de compartirlos con la gente que sentía, como él, algún arraigo a esta región: los habitantes de Mezquitic, Huejuquilla el Alto, Temastlán, Colotlán, Monte Escobedo, la hacienda de San Antonio de Padua, el rancho de María de la

Torre, la hacienda de El Epazote, los Cardos, Huejuquillita y la hacienda de Santa Teresa, por mencionar algunos lugares.

La clientela rústica y localizada de los historiadores locales ofrece un atractivo más, el atractivo de la durabilidad. En la vida urbana fuera de los clásicos que son leídos con devoción por las alas selectas y por deber en las aulas, los demás autores suelen ser rápidamente olvidados: sus obras pasan de moda en un abrir y cerrar de ojos. En un pueblo, unas páginas mediocres o malas acerca de él, son merecedoras de muchas relecturas; se convierten con facilidad en clásicas locales; cuentan de antemano con el fervor de varias generaciones, de tantas como el futuro le depare al pueblo en cuestión (*ibid.*: 25).

A San Pablo pareciera que ya no le queda mucho futuro, pero a su gente sí. Esparcida sobre todo en Nayarit, Jalisco y Estados Unidos, los antiguos habitantes de este rancho y su gran descendencia conservan un afecto especial por esa tierra ahora solitaria y por sus alrededores. Disfrutan de visitar al Señor de los Rayos, durante la fiesta del 12 de enero, en Temastlán, de recoger pitayas en las calurosas barrancas en mayo y de dar vueltas alrededor de la plaza de Monte Escobedo en las vacaciones de verano.

No hay habitante de las ciudades mexicanas, incluida Guadalajara, que no tenga algún vínculo con al menos un pueblo o rancho. Pueblos que vivieron ellos mismos, sus padres o abuelos y que permanecen en su sentido de identidad como mexicanos y miembros de una familia y comunidad. Lo rural no desapareció de las vidas de las personas con su mera migración geográfica a lo urbano, sino que ha prevalecido en sus recuerdos y afectos, y se ha transformado en sus tradiciones y formas de ver el mundo.



Imagen 1: distancia por carretera entre Guadalajara y el pueblo de Monte Escobedo, Zacatecas (Rutadistancia.com). Se añadió la ubicación del rancho de San Pablo.

No es casualidad que en 2012 se edificara un atípico sitio en San Pablo, cuando en el rancho viven apenas dos o tres familias. El Museo Comunitario San Pablo fue ideado por Manuel Sánchez del Real y Leopoldo del Real Suárez, nativos del rancho ahora radicados en Estados Unidos, y fue costeado a través del Programa 3x1 para Migrantes,<sup>1</sup> con el apoyo del Club de Migrantes San Pablo

---

<sup>1</sup> El Programa 3x1 para Migrantes “es un programa del Gobierno de la República, a cargo de la Sedesol, que apoya las iniciativas de los migrantes organizados para realizar proyectos que contribuyan al desarrollo de sus localidades de origen, mediante la aportación de los tres órdenes



Monte Escobedo, de Los Ángeles, California. En él se exhiben más de mil piezas prehispánicas de la zona, registradas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y alrededor de 800 objetos históricos (Sánchez, 2016), como utensilios de labranza y de uso cotidiano, todo donado por locales y emigrantes. Cada vez que se juntan interesados, un camión amarillo de primaria estadounidense parte de Monte Escobedo y cruza los 34 kilómetros que lo separan de San Pablo, para un paseo hacia el recuerdo.

### 1.3 Antecedentes

El municipio de Monte Escobedo, en donde se encuentra el rancho de San Pablo, se encuentra al suroeste del estado de Zacatecas, en su frontera con Jalisco. Limita al norte con Valparaíso y Susticacán, Zacatecas; al oriente con Tepetongo, Zacatecas, así como con Huejúcar, Jalisco; al sureste con Colotlán, Jalisco; al sur con Villa Guerrero y Totatiche, Jalisco, y al poniente con Mezquitic, Jalisco.

Desde la ciudad de Guadalajara se hacen aproximadamente cuatro horas en automóvil —para recorrer 286 kilómetros— a la cabecera municipal,<sup>2</sup> que lleva el mismo nombre, Monte Escobedo.

Monte Escobedo es referido por los lugareños como El Monte. Este pueblo fue llamado en un principio San Andrés del Astillero, ya que en él se realizó la explotación maderera de la hoy sierra de Monte Escobedo. San Andrés del Astillero formó parte de la Hacienda de Santa Teresa, primer asentamiento español del municipio y propiedad del capitán criollo don Francisco de Escobedo, por cuyo apellido ocurrió el posterior cambio toponímico. La fundación de esta población es incierta pero se estima que fue en la primera mitad del siglo XVII (Montoya, 2003: 21) o a mediados del mismo siglo (Correa, 2012: 55). En 1820 Monte Escobedo se convirtió en municipio (*ibid.*: 22).

---

de gobierno: federal, estatal y municipal, así como de organizaciones de migrantes en el extranjero” (Sedesol, s. f.).

<sup>2</sup> Distancia entre Guadalajara y Monte Escobedo recuperada de:

<https://mx.rutadistancia.com/distancia-entre-guadalajara-a-monte-escobedo>

Durante el periodo colonial Monte Escobedo y San Pablo formaron parte de lo que se conocía como “las fronteras de Colotlán”, una comarca que abarcaba los valles de los ríos Colotlán, Tlaltenango y Bolaños (Montoya, 2003: 28). Esta zona era muy preciada en términos geopolíticos por los colonizadores, ya que representaba la división ante sus *enemigos* indomables: los nayeeri y los wixárikas (*ibid.*: 28–29). Desde esta región de frontera se establecieron los contactos interétnicos, es decir, los primeros despojos y abusos en contra de los pueblos originarios, los cuales se siguen perpetrando en la actualidad.

La primera mención conocida de San Pablo se encuentra en los archivos parroquiales de Monte Escobedo y data del año 1735. Se trata de un registro de bautizo del niño Cristóbal Manuel, “yndio (*sic*) de los nayaritas”,<sup>3</sup> hijo de Juan Tomás de Santiago y de Michaela de la Cruz. Sus padrinos fueron Juan Miguel Guajardo y Antonia Romero, “vecinos de este partido<sup>4</sup> en San Pablo”.

En 1766 se tiene registro, en el mismo archivo, del primer nacimiento en San Pablo, a través del acta de bautizo de Juana Chrisóstoma, “mulata libre”, originaria del “puesto de San Pablo”, hija de Ysidro Contreras y Matiana de Arellano.

De 1767 a 1806, tanto en los registros parroquiales de Monte Escobedo como en los de Colotlán, no se encuentra ningún registro de nacimiento en San Pablo. Cabe destacar que los registros eran muy irregulares entre sí y no siempre indicaban el lugar de nacimiento del bautizado, por lo que es sumamente probable que sí hubiera nacidos en el rancho durante el intervalo.

Es hasta 1807, con el bautismo de Josepha Calletana, “española”, hija de Justo Medina y Felipa Vicenta, cuando aparece el nombre de San Pablo de nuevo.

---

<sup>3</sup> En las actas de bautizo de la Nueva España solía incluirse, justo después del nombre, el origen étnico o de casta del bautizado. Los hijos de españoles no eran referidos como criollos, sino como españoles.

<sup>4</sup> En la Nueva España un partido es un “concepto territorial utilizado desde el siglo XVI y que se extiende durante el siglo XIX, por lo que resulta significativo. En las *Relaciones geográficas* del XVI se consigna como parte de los términos que definen una jurisdicción y se asocia con cabecera y distrito. Un partido comprende un conjunto de pueblos y tiene una cabecera” (Gortari, 2006).

El primer registro con el apellido del Real en San Pablo aparece en 1808, con el bautismo de Josef Hilario de la Trinidad, “español”, hijo de Josef Rafael del Real y de María Ramona Sandoval.

Se cree que el primer dueño de las tierras de San Pablo fue don Francisco de Escobedo, quien recibió la concesión de tierra de casi todo el hoy municipio de Monte Escobedo. Después, en una escritura con fecha de 7 de marzo 1735, doña Catharina Corona de Infante vende un “sitio de ganado mayor nombrado San Pablo” a don Gregorio García de la Loza y a don Domingo Rodríguez.

San Pablo es referido en varios documentos que datan de 1773 debido a un litigio entre los “indios de Temastián” y don Luis del Río y Loza, regidor alférez real de la villa de Jerez, por la posesión de tierras, al parecer realengas, anexas a la “estancia de San Pablo” (Valdés, 2003: 61). En los documentos de este litigio se registró un testimonio de don Francisco del Real, “de calidad español”, quien dice que hace más de cincuenta años que él sabe de la estancia de San Pablo (*ibid.*: 73). Esto indicaría que en 1723 ya existía San Pablo como tal.

En un censo realizado en 1773 por el cura de Monte Escobedo, bachiller Phelipe Santiago Gómez, no aparece el nombre de San Pablo, para entonces ya habitado. Sin embargo, aparece el nombre de Cardos, con cuatro familias y 18 personas, y lo ubican a seis leguas al sur del pueblo de Monte Escobedo, lo cual concuerda con la localización exacta de San Pablo. Otros documentos de la época nombran a San Pablo como Cardos de San Pablo, por lo cual es probable que el escribano encargado del registro abreviara el nombre de este asentamiento.

| Lugar             | Fam.      | Personas   |
|-------------------|-----------|------------|
| Laose             | 8         | 43         |
| Rancho Viejo      | 5         | 16         |
| Sanse             | 4         | 64         |
| Agua Zarca        | 3         | 64         |
| Tocatique         | 4         | 19         |
| Cardos            | 1         | 8          |
| Monte de Escobedo | 58        | 255        |
| <b>Suma</b>       | <b>53</b> | <b>210</b> |

Imagen 2: recorte de la digitalización del censo de 1930, en el que se aprecia, en la parte inferior, el conteo de familias y personas y la localización del asentamiento “Cardos” con respecto a la cabecera municipal (Registros parroquiales, 1590–1979. Parroquias Católicas, Jalisco).

El cura de Monte Escobedo, don Julián González, levantó otro censo en 1841. En él se puede concluir que en San Pablo vivían alrededor de 133 personas. Este dato se consiguió a través de un cruce de información de los nombres y apellidos de los habitantes que en el censo fueron englobadas en “el cuartel de Santa Teresa”, confrontados con las actas de bautizo en las que figura San Pablo como lugar de nacimiento.

La época de mayor población en San Pablo fue en 1910, con 375 habitantes, y 1921, con 376 habitantes, según datos del INEGI. Una hipótesis no documentada sobre este estancamiento en el crecimiento poblacional es la influencia de la Revolución Mexicana.

Monte Escobedo fue ocupado el 2 de mayo de 1916 por los Carrancistas, al mando del general Francisco De Santiago (Barragán, s. f.).

Al siguiente día tras saber que venían tropas de la División del Norte se fueron a Atrincherar a la Hacienda de Santa Teresa llevándose los prisioneros de boca que encontraron en la localidad. Allí fueron atacados por los Villistas que durante 4 días intentaron quebrantar la resistencia no habiendo logrado se retiraron en franca derrota (*ibid.*).

En la década de los veinte aparecen muchos registros extemporáneos de nacimiento, y en las actas se menciona que el registro no se hizo en su tiempo debido a la Revolución. En 1930 la población disminuyó en casi un tercio, a 259 personas, lo que podría denotar una influencia incluso mayor de la Cristiada que de la Revolución.

El único acontecimiento —del que se sabe— ocurrido cerca de San Pablo respecto a estos conflictos armados ocurrió en enero de 1927. Después de una batalla entre federales y cristeros en Villa Guerrero, Jalisco, un capitán herido fue llevado en hombros, por soldados y vecinos reclutados a la fuerza, hasta Huejuquilla el Alto. Atravesaron el Paso de la Iglesia —como es conocida una sección de la barranca del río Colotlán debido a un característico peñón de cantera rosa en forma de templo, cercano a San Pablo— y subieron para luego seguir por Monte Escobedo y Mezquitic (Valdés, 2011: 183).

Por situarse en un lugar de difícil acceso y lejano a los caminos principales y de la cabecera municipal —34 kilómetros aproximadamente, lo cual significaba mínimo tres horas en un buen caballo—, el rancho de San Pablo vivió relativamente aislado de los acontecimientos nacionales, incluidos la Guerra de Independencia, la Revolución y la Cristiada.

#### **1.4. Contexto**

El municipio de Monte Escobedo tenía en 2015 una población de 9,129 habitantes (INEGI). El censo de 1995 indicaba la presencia de 9,800 habitantes y de 11,278 en 1990, lo que denota una tendencia a la disminución poblacional (Montoya, 2003: 20).

En la actualidad, alrededor de seis personas viven en el rancho de San Pablo (INEGI), que aún no tiene electricidad, agua entubada ni drenaje.

El decremento de la población se explica en esencia por la escasez de fuentes de trabajo (...) el municipio se localiza dentro de una zona de alto grado de marginación, que obliga a sus habitantes a buscar fuentes de empleo alternativas,

mediante la migración estatal, nacional y sobre todo internacional, esta última — como se sabe— a Estados Unidos (Montoya, 2003: 20).

El modelo tradicional de agricultura y ganadería de autoconsumo, acompañado de un reducido comercio local de excedentes, dejó de ser suficiente para el mantenimiento de muchas de las familias de los ranchos y pueblos de la región, muchas de las cuales optaron por la emigración. En el caso de San Pablo los nativos se trasladaron en su mayoría a Nayarit, Jalisco y Estados Unidos.

Hoy en día las principales actividades productivas del municipio de Monte Escobedo son de carácter agropecuario (Barragán, s. f.), en específico el cultivo forrajero y la ganadería para la producción de quesos y venta de becerros a pie. Al mismo tiempo la dependencia a las remesas ha aumentado (Montoya, 2003: 20).

En el censo del INEGI de 2010, el grado de marginación del municipio fue clasificado en medio. Sin embargo, otros indicadores de marginación indicaron serios atrasos en materia educativa —37% de la población de quince años o más no tenía primaria completa—, en materia económica —64% de la población económicamente activa y ocupada no ganaba más de dos salarios mínimos— y en vivienda —25% de la población vivía en hacinamiento (Conapo, s. f.).

A pesar de la reducción poblacional y el bajo desarrollo de la región, los habitantes de los alrededores y los emigrantes y sus hijos y nietos, ahora habitantes de las ciudades, han demostrado interés por el rescate de la memoria de San Pablo. El reciente Museo Comunitario de San Pablo (2012) y los tours guiados que desde Monte Escobedo lo visitan son el mejor ejemplo.

Otro signo de la vitalidad cultural del rancho es el día de la Virgen de Nuestra Señora del Refugio, que se celebra cada 4 de julio. Habitantes de los alrededores y de ciudades como Guadalajara, Tepic y Los Ángeles, entre otras, acuden para visitar a la virgen de la capilla del rancho, cumplir mandas, rezar y pedir favores. A las cinco de la madrugada le llevan mañanitas con música en vivo —un conjunto de guitarra, tololoche y violín, género referido por los locales como “el *chirrinchín*”—, en ocasiones acude un cura para officiar una misa y por la tarde se realiza una comida comunal.

También, a finales de junio, la Virgen de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción —conocida popularmente como La Conchita—, de Monte Escobedo, visita el rancho y comparte capilla con la Virgen del Refugio durante una semana.

Si se visita el rancho en diferentes temporadas del año es común encontrarse con camionetas de otros estados de la República y de Estados Unidos. Esto aún más durante las vacaciones de verano e invierno.

## **2. Desarrollo**

### **2.1. Sustento teórico y metodológico**

La microhistoria dista mucho de ser una corriente monolítica o una escuela de pensamiento. Desde su surgimiento en el siglo XX ha significado conceptos diferentes para distintas personas, dentro y fuera de la academia (Trivellato, 2015: 122). Un ejemplo es la llamada microhistoria italiana, que a pesar de englobar los trabajos de autores cercanos en tiempo y espacio, no es siquiera la misma si se lee desde los planteamientos y obras de Giovanni Levi o de Carlo Ginzburg, sus dos principales exponentes (Evans Restrepo, 2016: 105).

Ginzburg dice que la primera vez que el término microhistoria fue usado como una autodefinición fue en 1959 por George R. Stewart, un académico norteamericano, en su obra *Pickett's Charge. Una microhistoria del ataque final en Gettysburg, July 3, 1863*. Se trata de un libro que describe con una minuciosidad casi obsesiva una batalla decisiva para la guerra civil de su país. En trescientas páginas aborda veinte minutos de combate (Ginzburg, 1994: 14–15).

Pocos años después y de forma independiente, Luis González y González usó el término para el subtítulo de su famosa obra *Pueblo en vilo, microhistoria de San José de Gracia (ibid.: 15)* en 1968. González realiza una reducción de escala y se enfoca en la “historia universal”, como él la llama, de su pueblo natal, que por su tipicidad ofrece un atractivo objeto de estudio.

El mismo González y González afirmó que Fernand Braudel, el historiador francés de la Escuela de los Annales, había mencionado antes que él a la microhistoria. En la introducción que hizo al *Tratado de sociología* dirigido por

Georges Gurvitch (1958), Braudel se refiere a la microhistoria de una manera distinta a la que después tomarían los microhistoriadores italianos y mexicanos. Para él, microhistoria era un término peyorativo, un sinónimo de la “historia eventual”, es decir, de la historia tradicional (*ibid.*: 16) que criticaban los historiadores de la Escuela de los Annales por enfocarse solo en *eventos* históricos, sobre todo políticos, orquestados por unos pocos protagonistas.

Ginzburg escribió que creía haber oído hablar por primera vez de “microhistoria” a Giovanni Levi, en 1977 o 1978 (*ibid.*: 13). No pidió aclaraciones sobre su significado y se contentó con la idea de la escala reducida. Tiempo después, Giovanni Levi, Simona Cerutti y él trabajaron en una colección, publicada por el editor Einaudi, titulada *Microhistoria* (*ibid.*).

La microhistoria italiana fue planteada como una “respuesta a la crisis de los paradigmas hegemónicos en las ciencias sociales de mediados de la década de 1970, particularmente el estructuralismo y el materialismo marxista” (Man, 2013: 167) y, sobre todo, al paradigma de la Escuela de los Annales, que dominó la investigación histórica desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta los años setenta con su modelo braudeliano de una historia estructuralista, enfocada en análisis de “larga duración” temporal a través de sistemas que dejaban “un minúsculo margen al accionar concreto de los sujetos en tanto actores sociales” (*ibid.*).

La historia de la Escuela de los Annales, a su vez, había sido una crítica al paradigma historiográfico tradicional. Una historia política y positivista con énfasis en los eventos (*ibid.*), por ejemplo, una batalla o la firma de un nuevo tratado.

Los teóricos de la Escuela de los Annales priorizaron una visión de la historia que debía abandonar lo único y lo accidental (el individuo, el caso excepcional, el acontecimiento) para dedicarse al estudio de los eventos regulares en el tiempo, repetidos y observables (...) Se privilegiaban de esa manera los estudios masivos, en los cuales el número y el anonimato eran las constantes, priorizando así la cuantificación en el análisis, la elección de periodizaciones lo suficientemente largas que pudieran reflejar transformaciones globales y de gran escala, contribuyendo todo ello a la conformación de una utópica “HISTORIA TOTAL”, con



mayúsculas y que pudiera abarcar la globalidad del pasado de la humanidad (*ibid.*: 168).

Para explicar el pensamiento de Braudel es bastante útil la siguiente frase suya, que escribe en la introducción de su icónica obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*: los eventos son “perturbaciones superficiales, crestas de espuma que las mareas de la historia cargan en sus espaldas fuertes” (Braudel, 1995: 21).

En los setenta, cuando los paradigmas historiográficos estaban en crisis y el constructivismo permeaba en todas las ciencias sociales, los microhistoriadores italianos presentaron una propuesta contraria a la tendencia cuantitativa y de escala macro. Una historia interdisciplinar, cercana a la antropología, que veía a la realidad como “el resultado de la elaboración realizada por el observador/investigador, a partir de sus instrumentos cognoscitivos” (Man, 2013: 167).

Al hablar de la representatividad de lo microhistórico respecto a lo macroscópico, nos encontramos con dos enfoques distintos. Uno, seguido por los referentes italianos (Ginzburg, 1994: 41), propone el estudio de la anomalía, lo “excepcional-normal”, expresión de Edoardo Grendi que refiere a lo anormal y periférico que, sin embargo, puede ser de utilidad para conocer algo central o mayor (Man, 2013: 169).

Otra propuesta es el estudio de la tipicidad, dentro de la que se encuentra el legado de Luis González y González y también el libro de *Relatos de San Pablo*. Lo común, que suele pasar inadvertido, es revalorizado como indicativo de otras realidades.

Estas fuentes excepcionales actúan a la manera de los relatos de viajeros o de los etnólogos en sociedades ajenas, que toman nota y dan cuenta de todos los detalles, por más comunes y cotidianos que parezcan y que la gente del lugar no se molestaría en agendar e interpretar (*ibid.*).

Sin embargo, la microhistoria no era para los microhistoriadores italianos, así como tampoco para González y González, “una mera verificación de reglas macrohistóricas generales”, al estilo de la monografía francesa que buscaba en lo particular meros ejemplos de los datos globales (*ibid.*: 169). Al ser inductivista — que parte de premisas particulares para armar conclusiones generales, al contrario de la historiografía tradicional, que planteaba primero los contextos para a través de ellos leer situaciones concretas—, la microhistoria no ofrece conclusiones tajantes. Lo que muestra no es tampoco una parte que al sumarse con otras partes sumaría un todo. Ofrece una versión sencillamente diferente, con indicios cualitativos nuevos que ayudan a comprender una realidad sociohistórica determinada. Indicios inéditos que bien podrían coincidir a comprender situaciones más generales, o a contradecirlas y cuestionarlas (*ibid.*).

Según (Giovanni) Levi “la microhistoria trata de hacer una descripción más realista del comportamiento humano, recurriendo a un modelo de la conducta humana basada en la acción y el conflicto y que reconoce una relativa libertad individual a pesar y más allá de las trabas de los sistemas prescriptivos y opresivamente normativos” (Man, 2013: 171).

Al comprender al ser humano como un ente complejo y cambiante, y con agencia suficiente para contribuir a la construcción de la historia, la historiografía microhistórica pone en tela de juicio a los documentos históricos, y los estudia desde un enfoque más cercano al análisis de su discurso que al positivismo de la historiografía tradicional y su búsqueda de “la verdad” (*ibid.*, 169–171). Por ello la microhistoria utiliza métodos etnográficos propios de la antropología.

La microhistoria recurre al modelo del “trabajo de campo” de lo etnólogos rescatando un empirismo metodológico y privilegiando un detallismo caracterizado por una “descripción densa” e interpretativa que es la clave recurrente en la perspectiva micro (*ibid.*: 172).

*Relatos de San Pablo* sigue esta metodología, aunque de manera intuitiva. El autor narra la vida del rancho desde la experiencia misma y desde la entrevista a profundidad con sus habitantes, lo que le ha permitido conocer otros hechos, contrastar versiones y recuperar perspectivas distintas. El análisis de documentos históricos fue realizado a través de la plataforma electrónica *FamilySearch*, que se ha encargado de escanear y subir a internet los archivos parroquiales de distintos países. Sin embargo, en este libro no son referidos de forma explícita para no restar fluidez a la lectura, que busca ser sobre todo literaria y para cualquier público.

Según Luis González y González, la microhistoria pertenece al reino del folclore y se distingue de la historia regional por ser más emotiva que esta y menos cultivada por historiadores profesionales, dentro de la academia (Miño, 2002: 870), como es el caso de *Relatos de San Pablo*.

La historiografía local es, para González, como la biografía, más cercana de la literatura que los otros géneros históricos “quizá porque la vida concreta exige un tratamiento literario, quizá porque la clientela del historiador local es alérgica a la aridez acostumbrada por los historiadores contemporáneos. El redactor de una historia local debiera ser un hombre de letras” (González, 1968: 22).

Quizá por eso la literatura rural microhistórica ha sido abundante en México, con exponentes en la ficción como Juan Rulfo, Antonio Estrada, Juan José Arreola y Agustín Yáñez y en la poesía como Margarito Ledesma y Agustín Velarde.

En la región de donde surge *Relatos de San Pablo* ha habido un gran interés por la microhistoria de no ficción. Algunos ejemplos son el libro humorístico de memorias *Dijera mi compadre...*, de Fernando Rodríguez Lapuente; *Relatos de hojarasca*, memorias de Eduardo Vela del Real; *Pláticas de mi pueblo*, compendio de relatos publicados en el periódico *Mi pueblo*; *Pueblos del viento norte*, relatos sobre la Revolución y las dos Cristiadas, de Luis de la Torre y Manuel Caldera, y el libro antropológico *Auge y ocaso de un modo de vida ranchero en Zacatecas*, de José de Jesús Montoya.

## 2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

- **Descripción del proyecto**

*Relatos de San Pablo* es un libro que recopila una colección de escritos que dan cuenta de la vida cotidiana en el rancho de San Pablo, Zacatecas, durante la segunda mitad del siglo XX. En ellos se encuentran descripciones del entorno natural y rural, las costumbres y tradiciones, así como de la manera de pensar y pensarse de sus habitantes; anécdotas ahí acontecidas, que retratan cómo era el ambiente de la época y sus adversidades; recuentos históricos de las transformaciones que ocasionaron que San Pablo fuera poco a poco abandonado, y de cómo esto afectó la vida de los sanpablenses.

Los escritos fueron realizados por Filiberto del Real del Real, nativo de este rancho y quien vivió en él hasta la edad de trece años y continuó visitándolo a lo largo de su vida. Estos relatos, escritos en un periodo de doce años, en la ciudad de Guadalajara, son un puente entre el pensamiento de la urbe y del campo. Un ejercicio de memoria que busca resignificar y transmitir lo que fue el México rural del siglo XX y sus transformaciones, a través de un recuento microhistórico que pone al rancho de San Pablo como foco de una realidad mayor.

El trabajo de edición, realizado durante este Proyecto de Aplicación Profesional, implicó la investigación contextual, el acompañamiento de edición y corrección de estilo de los primeros borradores, el diseño editorial y maquetación del ejemplar.

- **Plan de trabajo**

El plan de trabajo seguido se encuentra desglosado en el “Anexo 1: Plan de trabajo”.

- **Desarrollo de propuesta de mejora**

*Investigación contextual*

Consistió en la recopilación, análisis y síntesis de la información bibliográfica necesaria para comprender teórica y metodológicamente la obra en cuestión, así

como la tradición en medio de la que surge y a la que contribuye, es decir, la microhistoria y las producciones —investigaciones antropológicas e históricas, cuentos, poemas y relatos— que se han realizado en torno al rescate de la memoria rural mexicana. La documentación privilegió lo producido desde y sobre pueblos y ranchos de la región sur de Zacatecas y norte de Jalisco.

Esta primera parte de la propuesta de mejora permitió no solo conocer la pertinencia y la contribución de los relatos, sino también realizar una lectura más completa de ellos, lo cual llevó a un proceso de edición y de publicación congruente con los principios de la obra y de su contexto disciplinar y regional.

Para esta investigación se tuvo el apoyo en asesoría del periodista Francisco Vázquez Mendoza y del doctor en historia José Bernardo Masini Aguilera, así como del autor del libro, Filiberto del Real del Real.

#### *Edición y corrección de estilo*

Primero se realizó una selección de los relatos que se incluirían en el libro. Vale la pena mencionar que el escritor de esta obra no es un escritor profesional, lo cual implicó que cada relato fuera editado, es decir, revisado en su estructura. La editora se encargó de comunicar propuestas de mejora al autor para lograr que el texto fuera lo más claro posible para el lector. Después de esto se siguió la corrección de estilo, en la cual se corrigieron los errores sintácticos y ortográficos que no supusieran un cambio en la estructura o significado de los relatos.

#### *Diseño editorial y maquetación*

Se conoce como diseño editorial a la “especialidad del diseño gráfico que nace de la necesidad de organizar textos e imágenes con el objetivo de transmitir la información, de forma eficiente, de una manera clara y agradable a la vista (la estética)”.<sup>5</sup> El diseño editorial, que consistió en la elección tipográfica, composición interna y el diseño de cubierta (portada, lomo y contraportada) fue realizado por la

---

<sup>5</sup> Esta definición es reproducida de un documento realizado por la profesora Rocío Guillén, editora profesional, quien imparte la materia de Diseño editorial en el ITESO.

autora de este reporte, así como la maquetación, con el programa Adobe InDesign.

### **3. Resultados del trabajo profesional**

Se consiguió seleccionar, editar y corregir veintisiete relatos, los cuales se pueden consultar en el “Anexo 2: *Relatos de San Pablo*”. Se realizó la maquetación del libro, así como el diseño de la portada, lomo y contraportada.

El concepto seguido —en el diseño editorial— fue unir la ruralidad con la contradicción que supone por un lado la ausencia de los nativos en los ranchos y pueblos, después de la emigración, y por otro la presencia en aquellos lugares que han construido quiénes son y cómo ven el mundo. Desde esa presencia, lograda a través del recuerdo, los habitantes del México rural continúan habitándolo. Para comunicar esto se colocó en la portada una fotografía de un paisaje de las inmediaciones de San Pablo, en específico de la barranca de Las Abujas, y sobre ella la ilustración de un sanpablense con indumentaria propia de mediados del siglo XX, con los característicos huaraches de Colotlán y un sombrero de ala ancha.

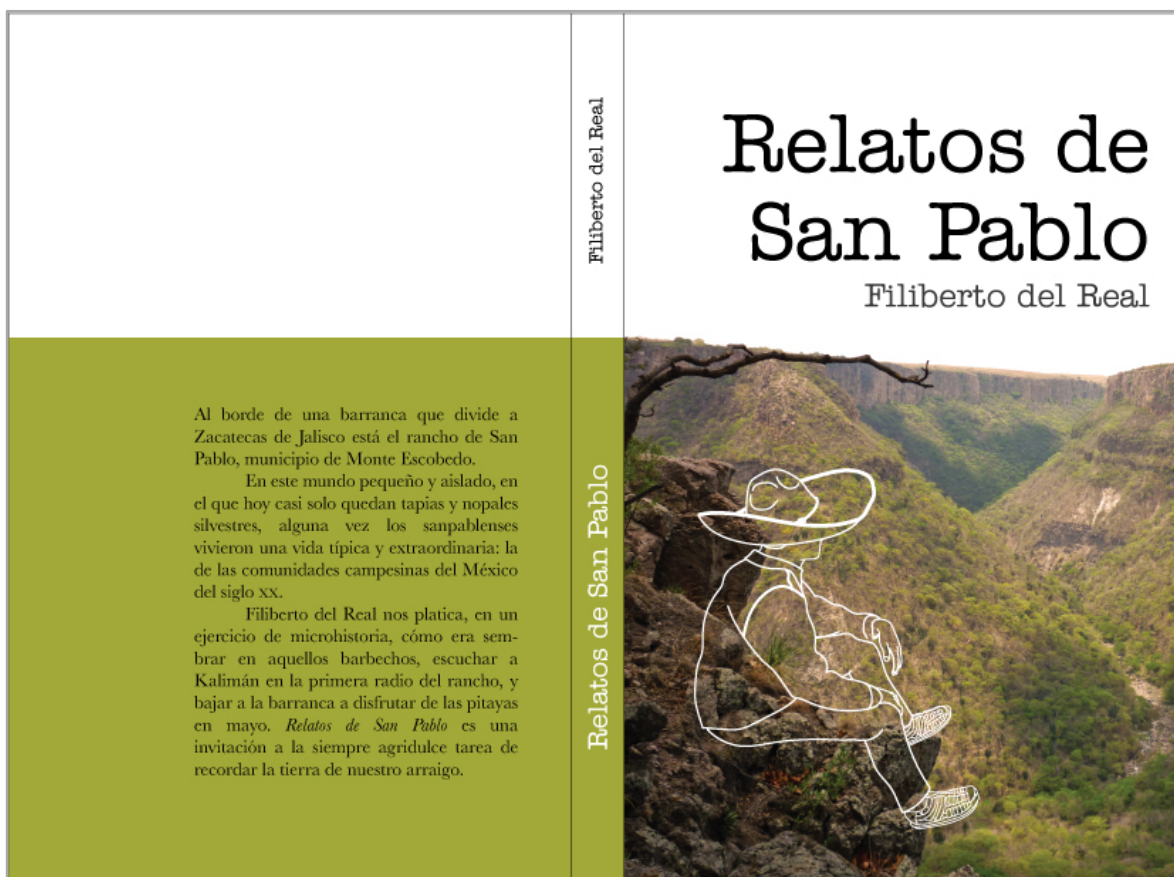


Imagen 3: portada, lomo y contraportada del libro. Tanto la fotografía, tomada hace algunos años, como la ilustración, realizada durante este PAP, son de autoría propia. En la contraportada redacté una sinopsis que invita a leer el libro.

Se utilizaron las tipografías Baskerville, para los textos, y American Typewriter para los títulos, subtítulos y capitulares. Se trata de tipografías que aportan *leibilidad*<sup>6</sup> al texto debido a que tienen serifas o patines. El último tipo de letra fue elegido por su semejanza a las letras de máquina de escribir, ya que una de estas fue usada por el autor del libro para escribir uno de los borradores de los relatos incluidos en su libro.

<sup>6</sup> La *leibilidad*, en el diseño editorial, “se relaciona con la comprensión, y su medida es el lapso en que el lector puede permanecer en un bloque de texto sin cansancio. Tiene que ver con la jerarquía, el uso adecuado de los espacios, y la personalidad de la letra, entre otros” (definición de la profesora del ITESO y editora Rocío Guillén).

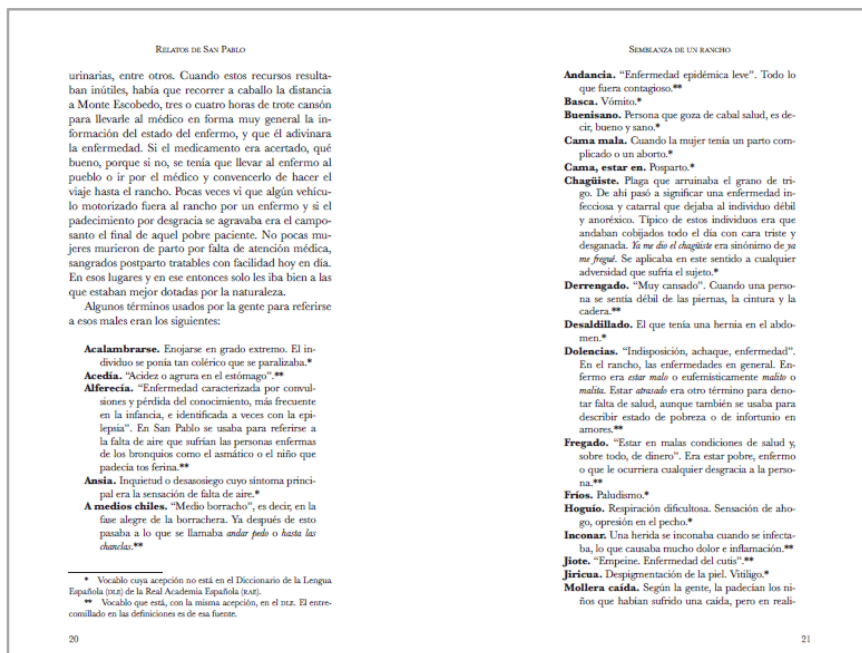


Imagen 4: ejemplo del diseño editorial. En estas páginas se puede apreciar diacrisis endógena<sup>7</sup>, lo cual aporta legibilidad y leibilidad al texto.

#### 4. Reflexiones del alumno sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

- **Aprendizajes profesionales**

A lo largo del semestre pude familiarizarme con la labor del editor literario, algo que no había conocido desde mi formación como periodista y comunicadora pública y que descubrí como una posibilidad laboral. Siempre me han gustado los libros y me llama la atención desempeñarme como editora o correctora de estilo de textos literarios, de publicaciones académicas o periodísticas. Me di cuenta de que para ser correctora de estilo se necesita ser muy paciente, porque involucra un trabajo sistemático —con buena memoria para la homogeneización de

<sup>7</sup> Diacrisis es la “distinción tipográfica por la cual se otorga un valor especial a una palabra, un párrafo, un título...”. La endógena es la que se logra con la modificación de elementos de la unidad gráfica de las palabras, como las alteraciones en anchos de columnas, negritas, interlínea, etc., a diferencia de la exógena, que es la modificación externa a esa unidad gráfica, como la adición de subrayados, recuadros y viñetas (profesora Rocío Guillén).



decisiones—, de escritorio y de relación con ideas a veces poco claras, lo cual involucra una labor de interpretación y de retroalimentación con el autor.

Disfruté mucho realizar el diseño editorial para el libro, a pesar de que no tengo formación como diseñadora gráfica. Pude comprobar la importancia de nutrirse del contexto del producto, y comprender el producto, para poder realizar un diseño editorial fiel al contenido del libro: una abstracción del mismo. Quedé satisfecha con la portada, tanto con la conceptualización como con el resultado final. Pude reforzar mis habilidades en InDesign, un programa que había usado poco hasta este PAP.

- **Aprendizajes sociales**

A través de la investigación contextual pude darme cuenta de la importancia que tiene recuperar la historia de lo que es en apariencia poco trascendental, en este caso la microhistoria rural. La ruralidad en México ha desempeñado un papel decisivo para la construcción social y cultural —y por tanto identitaria— de los mexicanos. Se trata de una identidad que, lejos de perderse con la migración del campo a la ciudad, perdura en los otrora habitantes de los pueblos y ranchos, y en sus familias y comunidades de inserción.

Guadalajara no se encuentra sola ni aislada, sino que está entrelazada en un tapiz de una multiplicidad de nodos. Una red de complejidad que se configura en conjunto, en simbiosis, y que nos recuerda que el vicio de la centralidad nos puede impedir ver nuevas perspectivas y formas de comprender el mundo y a nosotros mismos.

Me parece que es necesario que los habitantes de las ciudades recordemos nuestro origen rural como una manera de reconocer su legado y la sabiduría de sus personas, un conocimiento muchas veces infravalorado, tanto por la academia como por los ciudadanos, por su origen humilde y poco educado. Como periodista me parece enriquecedor colaborar en proyectos que contribuyan a visibilizar las perspectivas de personas pocas veces son escuchadas. Me entusiasma pensar que si una mujer u hombre del campo lee este libro pueda sentir que sus experiencias y conocimientos son valiosos y que vale la pena compartirlos.

El siguiente paso en este proyecto, además de continuar editando otros relatos, es buscar su publicación —y en el mejor de los casos también su distribución— para que pueda llegar a las comunidades del norte de Jalisco y sur de Zacatecas, así como a los habitantes de Guadalajara.

- **Aprendizajes éticos**

Pude poner en práctica mi rigor periodístico en un ambiente distinto al que he estudiado y empleado en mis clases y proyectos universitarias. Aunque al comienzo de la corrección de estilo mi tendencia era alterar más la estructura o sintaxis de los textos, al final pude encontrar un término medio: ser lo más fiel posible a lo que quería expresar el autor sin perder de vista la comprensión y el disfrute del lector.

- **Aprendizajes en lo personal**

He notado que después de este proyecto me siento más cercana a las tradiciones, costumbres y personas —así como a sus producciones culturales y comunicacionales—, de los pueblos y ranchos. Logré ampliar, aunque fuera un poco, mi visión del mundo. Me estado más perceptiva a observar las manifestaciones del estigma social respecto a lo que es “de pueblo” o “ranchero”, una visión elitista que pondera una perspectiva de desarrollo que se centra en lo urbano y que por ello se pierde de la riqueza cultural y social de la diversidad.

Sin embargo, después de la investigación contextual me di cuenta de que existe un movimiento de resistencia ante esta perspectiva hegemónica, y que buscar visibilizar otras maneras de ver el mundo: libros, poesía y hasta estudios académicos que revalorizan la inagotable complejidad de la vida rural y sus gentes.

## **5. Conclusiones**

Se logró editar el libro *Relatos de San Pablo*, así como realizar una investigación contextual, centrada en la disciplina de la microhistoria y las producciones de

comunicación propias de la región, lo cual permitió conceptualizar el diseño editorial, redactar la sinopsis y ponderar el espacio cultural y epistémico en el cual se colocaría el libro. Sin embargo, han quedado pendientes algunos textos que siguen en sus primeras etapas, los cuales se pretende incorporar en una segunda edición. También será necesaria una labor de acercamiento a editoriales que podrían estar interesadas en su publicación.

## 6. Bibliografía y fuentes

- Arellano, F., Arenas, J. & Argüelles, R., *et al.* (2001). *Pláticas de mi pueblo*. Guadalajara: Amate Editorial.
- Arreola, J. (2006). *La feria*. Ciudad de México: Joaquín Mortiz.
- Barragán, L. (s. f.). *Enciclopedia de los Municipios y delegaciones de México. Estado de Zacatecas. Monte Escobedo*. Recuperado de: <http://www.inafed.gob.mx/work/enciclopedia/EMM32zacatecas/municipios/32031a.html>
- Braudel, F. (1995). *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II. Volume I*. Oakland: University of California Press.
- Caldera, M. & De la Torre, L. (1994). *Pueblos del viento norte*. Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco.
- Conapo, con base en el INEGI (s. f.). *Censo de Población y Vivienda 2010*. Recuperado de: <http://www.snim.rami.gob.mx/>
- Correa, S. (2012). *Monte Escobedo tierra de mis amores*. Jerez: Imprenta Jerez.
- Estrada, A. (1961). *Rescoldo: Los últimos cristeros*. Ciudad de México: Jus.
- Evans Restrepo, M. (2016). “Lectura comparada de El queso y los gusanos de Carlo Ginzburg y La herencia inmaterial de Giovanni Levi”. *Revista Historia y Sociedad*, (30), 105–129.
- Ginzburg, C. (1994). “Microhistoria, dos o tres cosas que sé de ella”. *Manuscripts. Revista de historia moderna*, (12), 13–42. Recuperado de: <https://www.raco.cat/index.php/Manuscripts/article/download/23233/92461>
- González, L. (1968). *Pueblo en vilo, microhistoria de San José de Gracia*. Ciudad de México: El Colegio de México.

- Gortari, H. (2006). "Nueva España y México: Intendencias, modelos constitucionales y categorías territoriales, 1786–1835". *Scripta Nova*, vol. 10, (218). Recuperado de: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-72.htm>
- INEGI (s. f.). México en cifras. Recuperado de: <http://www.beta.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/>
- Ledesma, M. (1956). *Poesías*. Ciudad de México: Stylo.
- López Velarde, R. (1994). *La suave patria y otros poemas*. Ciudad de México: Alianza: Conaculta.
- Man, R. (2013). "La microhistoria como referente teórico-metodológico. Un recorrido por sus vertientes y debates conceptuales". *Historia Actual Online*, (30), 167–173. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4198158.pdf>
- Miño, M. (2002). "¿Existe la historia regional?". *Historia Mexicana*, vol. 51, (4), 867–897. Recuperado de: <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/1468/1316>
- Montoya, J. (2003). *Auge y ocaso de un modo de vida ranchero en Zacatecas. Guadalupe Márquez de la Rosa, nostalgia por la tradición perdida*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Proceso (16 de diciembre de 2003). "Con Luis González y González se gestó la microhistoria mexicana". Recuperado de: <https://www.proceso.com.mx/258422/con-luis-gonzalez-y-gonzalez-se-gesto-la-microhistoria-mexicana>
- Rodríguez, F. (2000). *Dijera mi compadre...* Ciudad de México: Diana.
- Rulfo, J. (1984). *Pedro Páramo*. Ciudad de México: Seix Barral.
- Sánchez, S. (19 de agosto de 2016). "Museo Comunitario San Pablo, lugar histórico en Monte Escobedo". *NTR Zacatecas*. Recuperado de: <http://ntrzacatecas.com/2016/08/19/museo-comunitario-san-pablo-lugar-historico-en-monte-escobedo/>
- Sedesol (s. f.). "Programa 3x1 para migrantes". Recuperado de: <https://www.gob.mx/sedesol/acciones-y-programas/programa-3x1-para-migrantes>
- Trivellato, F. (2015). "Microstoria/Microhistoire/Microhistory". *French Politics, Culture & Society*, vol. 33, (1), 122–134.
- Valdés, E. (2003). *Historia de Totatiche, tomo II*. Guadalajara: Impresora Mar-Eva.

- Valdés, N. (2011). *Villa Guerrero, Jalisco II. Presente y pasado*. Guadalajara: Promociones Guadalajara.
- Vela, E. (2004). *Relatos de Hojarasca*. Guadalajara: Amate Editorial.
- Yáñez, A. (1968). *Al filo del agua*. Ciudad de México: Porrúa.

## Archivos

Registros parroquiales, 1705–1977. Iglesia Católica (Monte Escobedo, Zacatecas).

Recuperado de:

<https://www.familysearch.org/search/catalog/322623?availability=Family%20History%20Library>

Registros parroquiales, 1718–1961. Iglesia Católica. San Luis Obispo (Colotlán, Jalisco). Recuperado de:

<https://www.familysearch.org/search/catalog/297553?availability=Family%20History%20Library>

Registros parroquiales, 1590–1979. Parroquias Católicas, Jalisco. Recuperado de:

<https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-V59N-823%3A171935001%2C171935002%2C171935003&cc=1>

## 7. Anexos

Anexo 1: Plan de trabajo

| Actividad/Semana                   | AGOSTO |   |   |   |   | SEPTIEMBRE |   |   |   | OCTUBRE |   |   |   | NOVIEMBRE |   |  |  | Recursos |  |
|------------------------------------|--------|---|---|---|---|------------|---|---|---|---------|---|---|---|-----------|---|--|--|----------|--|
|                                    | 3      | 4 | 5 | 1 | 2 | 3          | 4 | 1 | 2 | 3       | 4 | 1 | 2 | 3         | 4 |  |  |          |  |
| Elección de tema                   |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Delimitación del proyecto          |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Investigación contextual           |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Elección de textos                 |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Corrección de estilo               |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Conseguir presupuesto de impresión |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Maquetación textos                 |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Diseño de portada                  |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Impresión de ejemplar              |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Redacción del RPAP                 |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Entrega del RPAP                   |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Entrega libro                      |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |
| Exposición final del PAP           |        |   |   |   |   |            |   |   |   |         |   |   |   |           |   |  |  |          |  |

Edición libro RPAP

## **Anexo 2: Relatos de San Pablo**

### ÍNDICE

1. Semblanza de un rancho
2. Caminos y cartas
3. Techos
4. El cuarto de mi tío Uriel
5. Las secas
6. La tormenta
7. Bajo la sombra de los mezquites
8. Cerdos
9. El Paso y El Huizachal
10. Impaciencia
11. Recogiendo frutas silvestres
12. La Joya del Rincón
13. Ganando unas monedas
14. Los bueyes
15. Rancho de aguas
16. Cargas de leña
17. El baño
18. Tesoros enterrados
19. La ordeña
20. La cueva de los Ladrones
21. Pitayas i
22. Pitayas ii
23. El encuentro de la Virgen
24. La Manga del Orégano y Los Amoles
25. El último día del año
26. Allá
27. Ruinas

#### Semblanza de un rancho

Un viaje a San Pablo, por ahí de la década de los sesenta, habría arrojado imágenes diferentes al visitante estudioso de las pequeñas comunidades: uno diría que era un pueblo de gente dedicada al campo en una agricultura de subsistencia, otro vería una congregación de pequeños y medianos propietarios con pequeños hatos ganaderos, un tercero se afianzaría en la idea de que estaba en un rancho de personas pobres que no tenían ni tierra que cultivar, ni una vaca que ordeñar, y que vivían de jornales ocasionales y de cultivar la tierra ajena. Cada una de esas visiones tendría algo de realidad y se apegaría al ambiente que se vivía entonces en esa microrregión del estado de Zacatecas. Habría que agregar que todos sus habitantes tenían lazos sanguíneos o afectivos más o menos fuertes y que predominaba un ambiente de armonía y cordialidad. Alguien ajeno al rancho podría formarse la mala imagen de una comunidad de holgazanes si el día de su visita viera al montón de viejos bajo el mezquite anexo a la casa de mi apá Rafael, mejor conocido como *Rafail*, o en el cuarto de mi tío Uriel perdiendo el tiempo en pláticas

triviales, en el chisme y la calumnia o, peor tantito, ingiriendo bebidas alcohólicas o jugando a la baraja.

Si nos adentramos un poco en el modo de ser de aquellas gentes, podríamos decir que tenían dos clases de temores. Los miedos comunes a todos los seres humanos, como el temor a la eventualidad de ser mordido por animales venenosos —alacranes, arañas capulinas o víboras— y el miedo a las sequías, que tenía sustento porque representaban la pérdida de las cosechas. Había, sin embargo, otro tipo de temores, injustificados, que solo se explican en un marco de superstición: el miedo a los fantasmas y aparecidos, al chamuco y a los espíritus maléficos, y el miedo a comer aguacate y leche juntos, o menudo y leche, por el riesgo de morir por ello. Además, como si la muerte se contagiara, no se debía ir a un velorio recién bañado, pues se podía morir de lo mismo por lo que había fallecido el difunto. Para ir a lo seguro había que ir mugroso o no muy limpio, lo cual no significaba mucho problema ya que lo que no abundaba en el rancho era agua y buenos hábitos de higiene.

Entre la generación de mi padre, y las anteriores, muchos se plantaban de por vida en su muy pequeña patria, aquella que solo alcanzaban a ver sus ojos. Era común asentarse en aquel reducido espacio y sentirse a gusto en él. Con el paso de los años, otros, apremiados por las circunstancias adversas, se atrevieron a ir hacia Nayarit, la costa de Sinaloa y Sonora, y al norte, léase los Estados Unidos. Los que se quedaron fueron los que yo conocí de niño. Ellos vivían como los robles del terruño, con raíces muy profundas en el subsuelo de aquella tierra que, por otro lado, apenas daba para vivir.

Aquellos parajes solitarios tenían su encanto; vistos con los ojos del recuerdo aún más. Muchas veces caminé horas y horas por aquellas profundas barrancas sin encontrar a ser humano alguno. Allí la soledad era inmensa y de una belleza casi religiosa. Así vivieron aquellos hombres y mujeres, en medio de la naturaleza y entre parientes y amigos que se conocían muy bien y por lo tanto sabían de las fortalezas y debilidades de cada uno. Su vida, la de sus padres y vecinos, estaba a la vista de todos. Qué diferencia a las grandes ciudades de hoy, donde las personas se pierden en el anonimato de las multitudes. Montones de seres humanos, tan cercanos como distantes, tan acompañados en apariencia, pero tan solos en la realidad. Cada quien en su rollo, cada araña por su hebra, cada loco con su tema: juntos, pero no revueltos. Una jungla muy plana y limpia, pero de asfalto duro y frío.

Las gentes de mi rancho eran personas devotas que rogaban a Dios por el agua para que aquella tierra diera frutos, aunque fueran de subsistencia. Como dice el refrán: “A Dios rezando y con el mazo dando”.

La gente se guiaba, y no, por lo religioso, pues su comportamiento era muy ambiguo. Aunque se sabían, yo diría que de forma escasa, los dogmas básicos del catolicismo, poco se ponía en la práctica. La doctrina aprendida en la infancia, como los mandamientos, los sacramentos y la historia sagrada, se olvidaban en la vida adulta, excepto quizá por las mujeres, que eran más rezanderas que los hombres. La lejanía a la cabecera municipal —y por ende a oír misa, a confesarse y a recibir la comunión— era un



gran obstáculo para la práctica religiosa. El resto de los sacramentos, como el bautismo, la confirmación y la primera comunión, etiquetados en ese orden de importancia, se hacían por iniciativa sobre todo de las madres. El matrimonio se consideraba un lazo religioso indisoluble, pero un poco laxo, pues a la hora de los conflictos se acataba más, de nuevo, por las mujeres, que aguantaban muchas situaciones adversas, en parte por este lazo, en parte por la atadura económica a los maridos.

Lo que sí estaba muy presente era el temor a Dios y el miedo al infierno, al purgatorio y a la condenación eterna. En las misas que oí de niño esto se repetía en los sermones —que eran la única parte entendible de las misas, porque el resto era en latín—. Casi no había misa en la que el cura no dijera: “Hermanos, sean buenos y arrepíentense de todos sus pecados si no quieren en la otra vida vivir eternamente entre las llamas del infierno, porque entonces *será el rechinar de dientes* y, aunque rueguen a Dios, para entonces será demasiado tarde”. Palabras más, palabras menos, era la consigna en las homilias de aquellos curas exagerados y de ideas anacrónicas que asustaban al más valiente que les creyera, ya no digamos a los niños. Si una pequeña quemadura en el comal era tan dolorosa, resultaba terrorífico pensar en tener el cuerpo entre llamas para siempre. En ese sentimiento religioso crecí y crecieron también nuestros padres y abuelos.

Era, pues, el temor a Dios y no el amor el que guiaba los pasos del hombre en la Tierra. Un Dios manso para perdonar al que se arrepentía de sus pecados, pero iracundo y vengativo con el remiso. Los sacerdotes en los púlpitos decían que al que moría en pecado mortal, más le valiera no haber nacido. Palabras lapidarias de un enorme peso. Por eso muchas veces la preocupación de los familiares por el moribundo eran menos para que se aliviara que por la salvación de su alma, es decir, evitar la muerte terrena no tenía comparación con evitar la muerte del alma, al morir en pecado mortal. Se ponía más empeño en la confesión, la comunión y la extremaunción del penitente que en el tratamiento de la enfermedad, y allá, tan lejos de los servicios espirituales, era una tribulación enorme para los deudos y lo único que quedaba muchas veces era rezar y rezar, y eso se hacía. Día y noche en los velorios se oía el monótono rezo del rosario, como un ronroneo escuchado de lejos, o como el zumbido de una colmena de abejas que busca nido en desbandada. Después del entierro seguía el novenario de rosarios, porque las misas ni pensarlas, no se podía hacer ni la de cuerpo presente. Las series de misas se hacían solo en los pueblos donde había sacerdote fijo.

Expresiones que ahora han perdido presencia eran muy comunes entonces:

El saludo cotidiano “buenos días”, “buenas tardes” o “buenas noches” siempre iba acompañado del sufijo *le dé Dios*. Se decía, pues: “Buenos días le dé Dios”, “buenas tardes le dé Dios”.

Los buenos deseos se expresaban en nombre de Dios: “Vaya con Dios”, “Dios lo acompañe”, “Dios lo socorra”, “Dios lo ayude”.

Los planes siempre estaban supeditados a Dios: “Si Dios es servido”, “si Dios quiere”, “Dios mediante”, “si Dios me presta vida y salud”, “si es la santa voluntad de Dios”.

Las bienaventuranzas se agradecían a Dios: “Gracias a Dios”, “Bendito sea Dios”, “Bendito sea mi padre Dios”.

Los que morían lo hacían porque era la voluntad de Dios, porque Dios los llamaba o porque Dios lo quería.

En fin, todo giraba, en apariencia, en torno a Dios y a sus sagrados designios. Muchas de estas expresiones aún se escuchan pero algunas han caído en desuso, de la misma manera en la que ha cambiado la homilía y el concepto mismo de Dios, pues le han quitado, poco a poco, esa connotación de ser un Dios malo.

El dinero en ese entonces servía sobre todo para atesorarlo, como el avaro. Muchas veces escuché aquella frase que repetían padres y abuelos: “Tanto tienes, tanto vales; nada tienes, nada vales”. Para dos cosas se buscaba acumular dinero: comprar tierras y prestar a rédito. Con ellas aumentaba el valor del hombre. No se buscaba proporcionarse con el dinero una vida más cómoda; no era un medio, sino un fin. Las gentes del rancho habían pasado por épocas de mucha escasez, en las que faltaba hasta el maíz para hacer tortillas, y tenían miedo de volver a caer en la pobreza. Ese era el motivo oculto de su negativa a gastar para llevar una vida mejor.

El que tenía dinero y prestaba, de la noche a la mañana se hacía famoso, pues la gente asumía que aquel hombre era rico, más rico de lo que en realidad era. Que si prestaba, por decir algo, mil pesos, al rato esa cantidad se multiplicaba al pasar de boca en boca, y así también crecía su fama. Los préstamos eran caros, siempre por arriba de lo permitido por la ley, en una práctica de clara usura. Sin embargo, no se le satanizaba a quien prestaba así, más bien se le reconocía como a una persona servicial que arriesgaba su dinero en un medio donde no abundaba, de tal forma que la dificultad de obtener préstamos hacía de esta casi una actividad honorable.

La compra de tierras era un modo seguro de invertir y además daba mucho prestigio. Alguien podía tener muchas reses pero si no tenía donde agostarlas no valía la gran cosa, ya que el ganado podía morir de flaco, por alguna plaga o ser robado. En cambio la tierra no tenía ese riesgo. El que tenía grandes potreros con ricos pastizales paseaba orgulloso por ellos como Domingo Corrales, aquel famoso hacendado del corrido que en uno de sus versos dice así: “Era hombre de bienes, bastante dinero y muchas tierras de riego, por eso temprano montaba a caballo, perdiéndose en sus terrenos”. Si el rancho era grande, así de grande se sentía el dueño. Al recorrerlo se sentía como pavo real, ya fuera en caballo fino o en mula vieja, que eso no importaba, sino la propiedad llena de vacas y bueyes relucientes de gordos, rumiando bajo la sombra de los árboles.

Las comodidades eran casi iguales para ricos y pobres, excepto quizá en la alimentación. Aquellos tenían leche y sus derivados como fuente de proteínas, mientras que los pobres carecían de ellos, pero el ajuar de las casas era muy parecido.

En los tratos, de gran valor era la palabra dada. Muchos de los negocios o tratos comerciales que se realizaban en aquellos tiempos se hacían de palabra. Decían, con

orgullo, “de palabra de hombre”. En préstamos de dinero a un plazo determinado se firmaban unos pagarés, llamados entonces *letras de cambio*, sin más aval que la firma y la palabra de cumplimiento del deudor. Solo en caso de que el sujeto no fuera muy confiable se pedía la firma de otra persona en garantía. El incumplimiento de la palabra dada era deshonroso: el que no cumplía era un *rajón*, un término muy ofensivo no solo para el que lo recibía, sino también contra las mujeres porque hacía alusión a ellas. El hombre *rajón* era equiparable a una mujer, a la que se le permitía ser *rajona*, y no faltaban las burlas y el escarnio.

Hay mucho que decir del papel de la mujer en aquel microcosmos. En ella recaía la mayor parte del trabajo: cocer el maíz para el nixtamal, molerlo en metate o en molino, hacer las tortillas, preparar la comida, barrer la casa, tender las camas, lavar platos y sartenes, lavar la ropa, planchar, remendar, acarrear agua en hombros desde el arroyo y estar pendiente de los hijos, pero además ordeñar, hacer el queso, dar de comer a las gallinas y, por supuesto, atender al marido. Solo los hombres tenían derecho a la holgazanería. Ellos sí podían perder el tiempo en chorchas inútiles, mientras que las mujeres no tenían punto de reposo. Todavía, para mayor muestra, las mujeres de San Pablo se daban tiempo para bordar y para llevar comida a los potreros en tiempo de siembra. Había familias numerosas donde predominaban los varones, y el marido, en vez de ayudar a su esposa en la preparación de los alimentos, tenía la desfachatez de llevarse a las dos únicas hijas de sembradoras al barbecho, en un acto de verdadera injusticia. Eran aquellas mujeres verdaderas esclavas del trabajo y del hombre y, para acabarla de amolar, muy poco reconocidas, pues el marido era el rey y podía hacer lo que quisiera con la mujer, con los hijos y con los pocos bienes que a duras penas habían conseguido ambos.

Sobre salud y enfermedad habré de decir que no había en San Pablo medicinas ni médicos al alcance, tanto por el aspecto económico como por la distancia. La lejanía de la cabecera municipal hacía difícil que se dieran estos servicios, pues había que recorrer 34 kilómetros de ida y otros tantos de venida para traer medicinas. Por eso cuando la gente enfermaba se recurría a remedios caseros: té de orégano para la indigestión, istafiate para las lombrices, ruda para las afecciones del oído, emplastos de excremento fresco de res para los piojos, cáscaras de cuachalalá para las vías urinarias, entre otros. Cuando estos recursos resultaban inútiles, había que recorrer a caballo la distancia a Monte Escobedo, tres o cuatro horas de trote cansón para llevarle al médico en forma muy general la información del estado del enfermo, y que él adivinara la enfermedad. Si el medicamento era acertado, qué bueno, porque si no se tenía que llevar al enfermo al pueblo o ir por el médico y convencerlo de hacer el viaje hasta el rancho. Pocas veces vi que algún vehículo motorizado fuera al rancho por un enfermo y si el padecimiento por desgracia se agravaba era el camposanto el final de aquel pobre paciente. No pocas mujeres murieron de parto por falta de atención médica, sangrados postparto tratables con facilidad hoy en día. En esos lugares y en ese entonces solo les iba bien a las que estaban mejor dotadas por la naturaleza.

Algunos términos usados por la gente para referirse a esos males eran los siguientes:

Acalambrarse. Enojarse en grado extremo. El individuo se ponía tan colérico que se paralizaba.\*

Acedía. “Acidez o agrura en el estómago”.\*\*

Alferecía. “Enfermedad caracterizada por convulsiones y pérdida del conocimiento, más frecuente en la infancia, e identificada a veces con la epilepsia”. En San Pablo se usaba para referirse a la falta de aire que sufrían las personas enfermas de los bronquios como el asmático o el niño que padecía tos ferina.\*\*

Ansia. Inquietud o desasosiego cuyo síntoma principal era la sensación de falta de aire.\*

A medios chiles. “Medio borracho”, es decir, en la fase alegre de la borrachera. Ya después de esto pasaba a lo que se llamaba *andar pedo* o *hasta las chanclas*\*\*

Andancia. “Enfermedad epidémica leve”. Todo lo que fuera contagioso.\*\*

Basca. Vómito.\*

Buenisano. Persona que goza de cabal salud, es decir, bueno y sano.\*

Cama mala. Cuando la mujer tenía un parto complicado o un aborto.\*

Cama, estar en. Posparto.\*

Chagüiste. Plaga que arruinaba el grano de trigo. De ahí pasó a significar una enfermedad infecciosa y catarral que dejaba al individuo débil y anoréxico. Típico de estos individuos era que andaban cobijados todo el día con cara triste y desganada. *Ya me dio el chagüiste* era sinónimo de *ya me fregué*. Se aplicaba en este sentido a cualquier adversidad que sufría el sujeto.\*

Derrengado. “Muy cansado”. Cuando una persona se sentía débil de las piernas, la cintura y la cadera.\*\*

Desaldillado. El que tenía una hernia en el abdomen.\*

Dolencias. “Indisposición, achaque, enfermedad”. En el rancho, las enfermedades en general. Enfermo era *estar malo* o eufemísticamente *malito* o *malita*. *Estar atrasado* era otro término para denotar falta de salud, aunque también se usaba para describir estado de pobreza o de infortunio en amores.\*\*

Fregado. “Estar en malas condiciones de salud y, sobre todo, de dinero”. Era estar pobre, enfermo o que le ocurriera cualquier desgracia a la persona.\*\*

Fríos. Paludismo.\*

Hoguío. Respiración dificultosa. Sensación de ahogo, opresión en el pecho.\*

Inconar. Una herida se inconaba cuando se infectaba, lo que causaba mucho dolor e inflamación.\*\*

Jiote. “Empeine. Enfermedad del cutis”.\*\*

Jiricua. Despigmentación de la piel. Vitiligo.\*

Mollera caída. Según la gente, la padecían los niños que habían sufrido una caída, pero en realidad esos niños estaban deshidratados y por eso su fontanela estaba deprimida. Para curarlo había gente supuestamente experta en levantar la mollera.\*

Nube. Opacidad del cristalino que obstaculiza la visión. Catarata.\*

Pispilaco. Es el güero que tiene además los ojos bailones. Güero con nistagmo.\*

Riumas. Dolores de articulaciones y huesos. Reumatismo.\*

Soltura. Diarrea o chorro en el niño pequeño.\*

Tapado. Individuo con una obstrucción intestinal que le impide por completo defecar.\*

Tilico o tilica. “Flaco, enclenque”. Delicada y chillona por cualquier causa. En Los Cardos vivían unas mujeres que por ese comportamiento las apodaban las Tilicas.\*\*

Torzón. En San Pablo se llamaba torzón a los dolores de estómago. En España, “enteritis de las caballerías”.\*

Tosigiento. El que tiene tos pertinaz.\*

Tullido. “Que ha perdido el movimiento del cuerpo o de alguno de sus miembros”.\*\*

Turnio. “Dicho de los ojos o de la mirada: Estrábicos o torcidos”. Bizco.\*\*

Casi solo para los adultos eran estos males. Mucha era la angustia de enfermarse por no contar con el auxilio necesario y oportuno. Los niños por supuesto que no éramos inmunes, pero en un ambiente sano, los fuertes la librábamos. La libertad en que crecimos era envidiable y la tranquilidad que gozábamos se unía a la alegría propia del niño, y no era necesario más.

Este era el panorama general en el que se desenvolvía la gente de mi rancho, un lugar olvidado en los mapas, pero que fue un ejemplo del México rural de la segunda mitad del siglo xx.

\*Vocablo cuya acepción no está en el Diccionario de la Lengua Española (dle) de la Real Academia Española (rae).

\*\*Vocablo que está, con la misma acepción, en el dle. El entrecomillado en las definiciones es de esa fuente.

## Caminos y cartas

El mundo de mis abuelos era muy pequeño, se circunscribía a tres o cuatro pueblos — cabeceras municipales— y a un montón de rancherías grandes y pequeñas. Muy pocas veces salían más allá del humo de sus chimeneas. Sus vidas, a veces muy largas, transcurrían en aquellos lugares apartados de los pueblos y ciudades. Ellos hacían sus traslados a lomo de burro por los llamados caminos de herradura o a pie, el que no tenía.

En la Nueva España existían además los caminos reales, más anchos que los de herradura, por donde circulaban carretas y carruajes de diligencias. Sin embargo, según cálculos hechos en el siglo xix por José R. Benítez y presentados por Luis Jáuregui en su libro *Los transportes, siglos xvi al xx*, el setenta por ciento de los caminos oficiales eran de herradura, por donde transitaban miles de arrieros que llevaban mercancías a todos los rincones del país, mercancías transportadas a lomo de burro o de mula.

Eran caminos de herradura y no caminos reales los que conectaban los pueblos y ranchos de toda la región norte de Jalisco y sur de Zacatecas, y por ahí transitaban nuestros antepasados. Estos caminos llevaban a Los Cardos, Bartolo, Berrendos, Los Pinos, La Estancia de García, Jocotic, El Gato, El Epazote y María de la Torre, pero también a Agua Zarca, Huejuquilla, Santa Teresa, Gómez, El Capulín de los Ruiz y Laguna Grande. Incluso llevaban, cuando estos lugares estaban habitados, a ranchos pequeños en la barranca de San Pablo, como Las Guayabas, Los Escorpiones, Los Carretones y Las Vacas.

Todos esos caminos, aunque pequeños, eran rutas respetadas por la gente. Había derecho de paso sin ninguna limitación, por lo cual toda propiedad circulada que fuera atravesada por un camino de herradura tenía la obligación de tener puertas o callejones para la libre circulación de los paseantes y mercaderes. Mi padre me contaba que cuando escaseaba el maíz se tenía que ir hasta Aguascalientes en un viaje que duraba dos semanas. Don Francisco Montoya, un bisnieto vía materna de don Blas del Real, me platicó que don Juan del Real, hijo de don Blas, era un arriero con grandes hatajos de mulas y burros, cuya ruta era desde San Pablo hasta San Blas, Nayarit, pasando por Huajimic.

Ser arriero fue una ocupación muy usual durante muchos años. En nuestra región, desde los inicios de la Colonia hasta, por lo menos, las primeras décadas del siglo xx.

Todavía a finales de los años sesenta, cuando me fui a estudiar a Colotlán, toda la zona norte de Jalisco y sur de Zacatecas tenía puras carreteras de terracería. Esto nos da una idea de cómo estaban las comunicaciones en las rancherías de todos esos municipios, que eran San Martín de Bolaños, Chimaltitán, Bolaños, Villa Guerrero, Totatiche, Colotlán, Santa María de los Ángeles, Huejúcar, Mezquitic y Huejuquilla el Alto, pertenecientes al estado de Jalisco; del estado de Zacatecas estaban Mezquital del Oro, García de la Cadena, Teúl de González Ortega, Tepechitlán, Tlaltenango, Momax y Monte Escobedo, mi pueblo, donde estaba San Pablo.

Experimenté muchas veces en mis años de estudiante lo que significaba hacer rodeos para poder llegar a la capital de Jalisco. Ir a Guadalajara desde San Martín de Bolaños o Huejuquilla el Alto era un viaje largo, polvoso y cansado porque hasta Tepetongo había pura terracería y luego era necesario rodear hasta el cruce de Malpaso. Algo parecido era para los pueblos más al sur de Zacatecas, como Tlaltenango y sus vecinos, que preferían hacer el rodeo mencionado a exponerse a cruzar la barranca de San Cristóbal en aquella carretera rudimentaria que había sido pavimentada, pero solo en el papel de muchos presupuestos federales.

También me tocaron las polvaredas de aquellos caminos una vez que Salvador Salcedo me invitó a Tlaltenango en su troca de reparto frutero y legumbrero. En la carretera dejábamos tras de nosotros una lluvia de polvo que cuando el viento soplaba hacia nuestro lado nos nublaba la vista. Me acuerdo que hicimos, si mal no recuerdo, como tres horas en un tramo que ahora se recorre en treinta minutos. Llegamos enterregados, cansados de tanto brincoteo y con hambre, a pesar de haber tragado mucha tierra. Esta ruta ya pavimentada se hizo realidad hasta el año de 1986, cuando por fin el gobierno se apiadó de aquellos habitantes olvidados.

San Pablo, donde casi el único medio de transporte eran burros, mulas, machos y caballos, está localizado a unos 34 kilómetros al sur de la cabecera municipal, en colindancia con el estado de Jalisco. Una brecha vecinal conectaba a la carretera Monte Escobedo-Huejúcar, pero la subida del rancho solo podían hacerla vehículos de alto rodado. Por eso en mi niñez solo vi camionetas tipo *pick-up*, jeeps o trocas grandes que iban a recoger orégano. De una de estas últimas me acuerdo muy bien, porque un montón de chiquillos imprudentes nos arrimábamos como mosquero al vehículo en movimiento, colgándonos peligrosamente de donde podíamos, mientras el motor de la troca roncaba como animal herido batallando para subir hacia lo parejo por aquella colina pedregosa. El chofer se bajaba a espantarnos, pero más tardaba en coger el volante que nosotros en volver a colgarnos. Entonces, colérico, nos amenazaba, pero ni así le hacíamos caso, al final que ya en lo parejo agarraba velocidad y nos dejaba atrás; solo así se libraba de nosotros. Ese chofer, de nombre Rosario, era un hombre de unos cincuenta años, moreno, de pelo chino y ojos claros, al que le faltaban tres dedos en una mano, resultado de un accidente carretero. Muchos viajes hizo don Rosario a San Pablo y las últimas veces ya nos dejaba subir a su troca; yo creo que lo enfadamos o lo amansamos. Lo que hacía era subir la colina más despacio, y creo que eso lo tranquilizaba por pensar que nuestro riesgo era menor. Es curioso, pero cuando ya no nos regañaba lo perseguíamos menos: solo un pequeño tramo, cuando mucho al inicio de la subida. No cabe duda de que para nosotros era como un juego verlo enojado. Años después me enteré de que don Chayo había muerto en un accidente carretero cerca de Jerez.

El problema no era solo salir del rancho, porque ya estando en Monte Escobedo era una monserga ir a Jerez o a Zacatecas. Mi madre platicaba su experiencia de un viaje que tuvo que hacer más allá de Monte Escobedo. Por principio de cuentas casi toda la gente venía mareada con el olor de la gasolina, para lo cual el único remedio que tenían era

chupar un limón. En la llamada Cuesta de Santa Inés, que es la subida de Huejúcar a San Rafael, todos los pasajeros tuvieron que bajarse del camión y empujarlo. Bueno, a lo mejor este hecho tuvo para ellos una ganancia secundaria, ya que respirar aire puro les pudo haber aliviado de las molestias del mareo. Era el pésimo camino, pero también el mugre camión, pues la compañía Línea Verde mandaba a esta zona puros autobuses chatarra.

Nuestro rancho está más o menos a la mitad entre Monte Escobedo y Temastián, Jalisco, pero para ir a La Otra Banda —como llamábamos al otro lado del río, donde ya es otro estado— se tiene que atravesar la barranca. Bajar hasta El Paso de la Iglesia y subir por El Cordón, hasta la Mesa de Copete, era largo y cansado, sin contar con que en tiempo de lluvias el río crecido te impedía el paso. La bajada era muy placentera porque la vegetación del camino al río era de una singular belleza en esa época del año, pero aquel caudal daba miedo porque arrastraba todo lo que encontraba a su paso y, si te atrevías a cruzarlo sin estar seguro de tu fuerza y destreza, podías sufrir la misma suerte. Lo atravesábamos a lomo de remuda y todo el cuerpo del animal se sumergía en el agua, excepto la cabeza. Si lograbas cruzarlo tenías que continuar el resto del viaje con la ropa mojada.

Para ir a Monte Escobedo había, de preferencia, que levantarse temprano para llegar al pueblo en horas de oficina. Tres horas de ida y tres de regreso, más el tiempo de estancia en el pueblo; eso era cosa de todo el santo día, y eso si contabas con una buena remuda, que no era fácil porque lo que predominaba eran mulas de trote cansón, caballos matalotones y machos mañosos. Si tu cabalgadura era como las anteriores, de seguro que regresabas al rancho con la luz de la luna, cuando había, o, en caso contrario, en tinieblas. Si ibas a Colotlán era obligado quedarte en un mesón porque regresar el mismo día era demasiado, tanto para ti como para la remuda. A mi madre le gustaba ir a este pueblo a lo que llamaban el remiendo, es decir, comprar telas para hacer ropa. Allí había mejores precios y más variedad de telas, pero regresaba muy cansada después de seis horas de viaje por aquellos caminos infames.

De todos modos, Monte Escobedo era el sitio obligado para trámites oficiales, como pago de contribuciones, matrimonios civiles, registro de nacimientos y otros. De hecho la gente iba casi únicamente a hacer estas diligencias; a las fiestas del Cinco de Mayo iba solo gente joven y muy de vez en cuando.

Esta lejanía y la falta de carreteras, pero también de vehículos motorizados, nos mantenía aislados, por lo que muchas veces los registros de nacimiento se hacían a destiempo. Si el nacimiento coincidía con que algún familiar o vecino fuera al pueblo, el registro se hacía en forma oportuna. Si no, el infante tenía que esperar, a veces mucho tiempo. En mi caso, seis meses, en el de mi hermano Rafael, dos años. El extremo fue el de mi hermana Eustolia; a sus diecisiete años, cuando fueron por su acta de nacimiento para que se pudiera casar, se dieron cuenta de que no estaba registrada. Esto nos causaba contrariedades: a Rafael le enojaba ser gemelo de Sara, sin serlo; a mí me causaba mucha confusión llenar las solicitudes escolares que pedían la fecha de nacimiento hasta



que me acostumbre a separar las dos fechas, la real o biológica para las fiestas de cumpleaños, que de todos modos en mi infancia nunca celebraba, y la oficial para mi vida pública. A Eustolia me imagino que le causó primero sorpresa y luego disgusto no estar registrada, aunque nunca se lo he preguntado. Lo que sí ha manifestado es que esto al final le benefició, porque pudo elegir registrarse como María Eustolia y, al emigrar a los Estados Unidos, donde el primer nombre es el de más uso, ahora es llamada María; salió ganando, porque nunca le gustó llamarse Eustolia.

Las comunicaciones no eran mejor que los transportes. Por supuesto que no había televisión ni teléfono, y no habíamos aprendido a comunicarnos con señales de humo. El primer radio, traído de Estados Unidos por braceros, apareció en el rancho por ahí a principios de la década de los sesenta. Era un aparato rojo muy pesado de la marca General Electric, que causó sensación por novedoso y mágico. ¿Cómo era posible que de aquel artefacto salieran voces y sonidos? La gente toda se reunía alrededor de él a escuchar radionovelas, como las aventuras de Chucho el Roto y de Kalimán, y los jóvenes escuchábamos emocionados las transmisiones del béisbol de la Liga Mexicana, cuando uno de los equipos protagónicos de aquellos años eran los Sultanes de Monterrey, y su estrella Héctor Espino.

Antes de la aparición de la radio el único medio de comunicación era la correspondencia. La valija del correo —que era una especie de morral de cuero con una correa para colgarse de la cabeza de la silla de montar— iba y venía de vez en cuando de Monte Escobedo con cartas de hijos ausentes y de enamorados. Toda la gente estaba dispuesta a llevarla consigo cuando iba al pueblo porque era en beneficio colectivo y propio. En las oficinas de correo de Monte Escobedo la valija era cerrada con un candado, cuya otra llave estaba en posesión del comisario del rancho, que en mi niñez era mi padre. Él se encargaba de entregar las cartas y de recibir las contestaciones.

Para todos, aquella valija era motivo de alegría y esperanza. La comunicación por carta tenía un aspecto muy romántico, al recibirla era el momento de ir a leer en la soledad del rincón favorito y ahí llorar o suspirar. El correo electrónico y las llamadas redes sociales nunca igualarán a aquella bonita costumbre de nuestros antepasados. Qué tristeza que este medio de comunión haya casi desaparecido.

La verdad que sí era difícil salir de aquel rincón del mundo, al que la gente le decía “la cola del diablo”. También el apego de nuestros padres y abuelos al terruño lo dificultaba. Mi padre se lamentaba de que casi recién casado tuvo la oportunidad de progresar en Aguascalientes, pero no lo pudo hacer. Yo le pregunté el porqué y él me contestó que había sido el miedo a dejar la tierra de sus padres y hermanos. Los únicos que emigraban en aquellos años eran los que se iban de braceros a Estados Unidos, pero era un programa temporalero para ayudar a los norteamericanos a levantar las cosechas. Cuando el programa terminó, en 1964, algunas gentes apremiadas por la necesidad de trabajo se fueron a la costa nayarita o a Guadalajara.

Así estuvimos, aturrados y apretujados. En esa época todas las casas estaban habitadas y un titipuchal de chiquillos nos juntábamos en el Patio de la Santa Cruz a gastar el

tiempo en juegos de la infancia. En los setenta el crecimiento de las familias y la falta de oportunidades empujó a la gente, sobre todo a los jóvenes, a salir del rancho en una gran oleada migratoria, sobre todo hacia los Estados Unidos.

### Techos

Casi todas las casas de San Pablo eran de adobe, de paredes anchas y de techos altos, lo que las hacía un poco menos calurosas en verano. En la construcción de los techos se usaban vigas de madera sobre las que se colocaban trozos de madera llamados tabletas. Encima de esta tableta, que se colocaba en un enrejado cerrado, se echaba una capa de barro que no era más que una mezcla de tierra y agua. En la parte superior y expuesta a la intemperie se ponía tierra barrosa más o menos impermeable, traída de La Loma. Pero esta tierra se tenía que reponer seguido, cada año o dos, porque las lluvias se la llevaban.

La primera fase de este trabajo de echar tierra a los techos consistía en ir a escarbarla a pico y pala. La tierra era dura y costaba trabajo juntarla; era un dale y dale hasta terminar con un buen montón. El golpe del talache rebotaba en las manos y dolía porque no lograba hundirse en la tierra, sobre todo cuando estaba mal afilado, que era casi siempre. Después de sudar la gota gorda, con las manos adoloridas y con dos o tres ampollas, rompíamos los terrones grandes para que cupieran en los costales en los que los transportábamos a lomo de burro hasta la casa.

En una ocasión mi papá no tenía talache y fue un día antes con mi apá Rafail a pedirle prestado el suyo. “Papá, présteme su talache, vamos a echarle tierra a la capilla”. Mi apá Rafail contestó iracundo: “Yo no presto mi talache, compren uno, a poco piensan que me lo dieron, las cosas cuestan dinero, qué fácil, para todo nomás mi talache”. “Papá, papá, está bien no me lo preste pero no se enoje que le hace daño”, le contestó mi padre. Al rato ai estamos con un talache viejo y chato que mi padre consiguió no sé dónde. Como cuchillito de palo, dale y dale sobre aquel duro suelo. El trabajo de todos modos se hacía, aunque con más dificultad para nosotros. Mi abuelo ni siquiera porque se trataba de proteger la casa de Dios quiso prestar su sagrado talache.

La segunda fase era encostalar la tierra, cargarla en los burros, llevarla a la casa y subirla a la azotea.

El sol de mayo en mi tierra es abrasador, quema el cielo y los pastizales. A los árboles los deja como esqueletos viejos y grises que parece que ya no tienen vida. La tierra está dormida en ese calor polvoso y cenizo. Lo único verde son los mezquites que empiezan a florecer. En este mes era cuando a mi padre se le ocurría echar tierra a las casas.

Paso a paso, por el camino de La Loma al rancho, íbamos con los burros cargados de tierra y nosotros detrás, pian pianito, aguantando el indino sol sobre nuestras espaldas. Un manto caliginoso hacía ver las casas pequeñas y la cumbre de El Llano, que delimitaba el horizonte, lejano. Breñales desnudos y el arroyo seco nos acompañaban. Había un pesado silencio y solo de vez en cuando un viento suave y ligero hacía pequeños remolinos en la tierra suelta del camino, refrescando un poco el ambiente.

Sudorosos y acalorizados, llegábamos a la casa a donde teníamos que subir los costales de tierra sobre los hombros, escalón por escalón de una escalera endeble que temblaba a cada paso, como asustada por el peso. Muchas veces el costal se ladeaba un poco en la subida y le caía a uno la tierra en el sudoroso cuello. Por fin llegábamos a la orilla del techo, donde mi padre esperaba para recibirnos el costal y desparramar su contenido sobre la azotea. Qué diferente bajar sin aquel peso, la escalera temblaba menos y nosotros también.

Una vez terminado el viaje había que ir de nuevo a La Loma por más tierra, hasta que la azotea de toda la casa estuviera cubierta y así pudiera resistir las lluvias del próximo verano. “Papá, ya está bien así”, le decíamos, queriendo ahorrarnos el último viaje porque estábamos cansados. “No”, decía don Filiberto, “se ocupa por lo menos otro viaje”. Ese “por lo menos” sonaba a amenaza de otro viaje adicional y mejor nos callábamos. Pero era el último. Yo creo que mi padre nos decía eso para que no siguiéramos insistiendo, y lograba bien su propósito.

Después de esta tarea agotadora, un buen baño nos reconfortaba el cuerpo. Si aún había tiempo, en Las Canoitas o, ya de perdida, si se nos hacía muy tarde, a jicarazos en la casa estaba bien. Al fin que la juventud se imponía y al rato el cansancio desaparecía como por arte de magia.

#### El cuarto de mi tío Uriel

La casa de mi tío Uriel estaba en el perímetro del patio de la Santa Cruz y su changarro, referido por nosotros como cuarto, en el frente de su vivienda. Era la tienda del rancho, donde no faltaban las Coca-Colas. Durante muchos años mi padre no perdonaba las pláticas matutinas con mi tío Uriel, uno de los hermanos que más quería y con el que llevaba una relación muy fraterna que, para mala fortuna de los dos, terminó de forma repentina cuando la discordia se interpuso en sus vidas. Los chismes, las envidias y los celos no conducen a nada bueno.

Adicional a estos refrescos negros, lo que tampoco faltaba en el cuarto de mi tío eran los huevos de gallina porque las amas de casa compraban con ellos sal, azúcar y jabón, entre otras cosas.

En el cuarto de mi tío Uriel era común que la gente pidiera una Coca-Cola y dos huevos, que mezclaban en un vaso para tomárselos. Eso me daba mi padre en una temporada en la que le agarró la preocupación por verme flaco y descolorido. A mí me daba mucho asco cuando aquel menjurje negro y baboso pasaba por mi garganta, además de que me quedaba un resabio desagradable en la boca y el paladar. Por eso no me acercaba a la tienda por las mañanas y cada vez que podía me escondía; al cabo que si mi padre no me veía ni se acordaba de mi flacura. Otra forma más primitiva de comer huevos crudos era hacerles un orificio y desde ahí sorberlos; luego la gente se quitaba el mal sabor de boca con unos granos de sal. Yo me quedaba boquiabierto cuando veía a mi tío Roque del Real tomarlos de esa manera.

Cómo no acordarme de las golosinas que vendía mi tío Uriel en su changarro, dulces de varias formas, colores y sabores, como garapiñados, colaciones, barrilitos, mentolados, alfajor y chicles Adams individuales, que eran de una goma más suave que los que venden ahora o, bueno, yo antes tenía mejor diente. Había chicles de varios sabores: canela, yerbabuena, naranja, limón y orozuz; este último nos gustaba mucho, yo creo que por ser un ingrediente desconocido que despertaba nuestra curiosidad. Los chicles se vendían a dos pastillas por cinco centavos, así que con una moneda de veinte centavos comprabas ocho.

Las galletas también eran variadas: marías, abetunadas, jarochas, con merengue, sin faltar por supuesto las galletas de animalitos, que no eran las más ricas pero sí las más baratas —tres por cinco centavos, doce por un veinte, que era la cantidad que le pedía a mi padre y que a veces me daba y a veces no—.

Por supuesto que se vendía también cerveza, de la marca Corona. Esta fue la primera cerveza que yo tomé, siendo apenas un mozalbete de unos doce o trece años. Como no había refrigerador se bebía a temperatura ambiente, y en mayo, que hacía un calor infernal, esa cerveza tibia tenía muy mal sabor. Las mujeres decían que sabía a miados de burro y, aunque de seguro nunca los habían saboreado, estaban convencidas de que no tenían un sabor muy agradable. Aun así la cerveza se acababa en un dos por tres y ya entonados o, como se decía, a medios chiles, la borrachera se seguía con tequila traído a lomo de burro en barricas de madera desde la región de Tequila, Jalisco —Arenal, Amatitán, Huitzila, El Salvador y Tequila—.

¡Ah, qué borracheras! Los hombres a los que les gustaba el alcohol, que por cierto eran la mayoría, se ponían hasta las chanclas y a veces armaban unas trifulcas de mil demonios. Pleitos de borrachos que nunca llegaron a nada grave, cuando menos en mi tiempo, porque después hubo incluso muertos. Había, pues, solo ofensas, amenazas y gritos cuyas únicas consecuencias inmediatas eran que nos llenaban de miedo a los niños y a las mujeres. Al día siguiente, sin contar la vergüenza por haber ofendido al vecino y al pariente, las injurias se perdonaban y se olvidaban pronto, en la aceptación de que eran cosas de borrachera. Allá no se aplicaba aquel dicho popular que reza que los niños y los borrachos dicen siempre la verdad.

“Pancho Villa sí era valiente”, decía mi tío Uriel cuando andaba alegre por los efectos del alcohol. Y es que quizá en el fondo él quería ser como aquel, y sabía que no lo era. También se acordaba de otros héroes revolucionarios, como Gabino Barrera, Benjamín Argumedo y Agustín Jaime. Como el repertorio era grande, había tela de donde cortar. Mi tío se emocionaba mucho al evocar a aquellos hombres y se le llenaban los ojos de lágrimas.

La tiendita se surtía desde Monte Escobedo, primero a lomo de burros. Después Daniel Ulloa le llevaba mercancía más o menos cada mes en una camioneta de tres toneladas y luego, cuando mi tío compró su troca, él mismo iba al Monte a hacer las compras.

Mi tío también vendía jabón, azúcar, harina y, en los primeros días después del surtido, chiles verdes, jitomates, cebollas y algunas frutas como plátanos, manzanas y naranjas.

En el cuarto de mi tío Uriel se juntaban los hombres a la plática y al chismorreo, donde se hacía broma y burla de presentes y ausentes, y se jugaba a la baraja. Así se mataban las interminables horas de aquellas secas, calurosas y polvosas previas al inicio de las lluvias y las siembras. Era agradable ver el cuarto abierto, porque cuando estaba cerrado el ambiente se tornaba muy aburrido.

Divisaba mi tío Uriel a Evodio Olague en el patio de la Santa Cruz, cargando sus chiquigüites, y le gritaba desde el cuarto: “¡Ey, Voyo, vente a jugar!”, y Evodio se comportaba como el pato que dice “No me echen al agua porque me ahogo”, y muy obediente acudía al llamado de mi tío. Ya que llegaba al cuarto, mi tío sacaba la baraja y entonces Evodio decía: “Pero oye, Uriel, yo no traigo dinero”, y mi tío le contestaba: “Te compro tus chiquigüites”. Evodio no resistía la tentación de poder ganarle a mi tío unos pesos y le entraba al juego, porque además desde su llegada se escuchaba el *psst* del destape de la primera Corona, otra tentación difícil de aguantar para Evodio. Al rato el pobre Evodio se quedaba, como se dice, sin miel y sin jícara, es decir, sin dinero y sin su mercancía, y además medio entonado y picado, con ganas de seguirla. Entonces mi tío le abría otra cerveza y ya cuando lo veía cabizbajo y triste por la pérdida de sus chiquigüites le decía: “Llévate tus chiquigüites, Voyo”. Muchas veces le hizo así, de tal forma que Evodio ya sabía más o menos cuál iba a ser el desenlace y yo creo que también por eso aceptaba aquel juego bonachón de mi tío, que al final de cuentas lo único que quería era divertirse un poco.

Don Pablito Cerros era un viejito indígena, chaparrito, panzón y prieto, al que le gustaba la cerveza casi como respirar. Era lo que se denominaba en esos lugares, por eufemismo, “un buen hombre”, es decir, al que por estar un poco tonto no lo alcanzaba la maldad. Quizá por eso hablaba medio mocho, aunque tal vez no había aprendido bien el español o era algo tartamudo.

Contaban que una vez don Blas García mató puerco y le invitó a don Pablito carne y chicharrones, quien como ya andaba a medios chiles por dos o tres cervezas que se había tomado, se negó a comer diciendo: “A mí no cane chino, a mí neme un catone ne chevecha pa tomámelo con mis amigos en la veta (huerta)”. Él quería cerveza, no comida, aun cuando de aquella comida no había diario.

Llegaba don Pablito al cuarto de mi tío Uriel y este de inmediato le destapaba una cerveza y le decía: “Don Pablito, todas las cervezas que usted se tome de maromita son gratis”. De maromita, también llamada gorgoreada, significaba tomarse todo el contenido de la botella sin despegar los labios, de un jalón. Don Pablito se empinaba la botella y cuando ya iba por el último tercio se miraba con la cara abotagada por la falta de respiración. Mi hermano Gonzalo dice que lo que más recuerda es ver a don Pablito saborear las últimas gotas que de lejos caían en su boca, en parte por la satisfacción de haber cumplido el reto al que era sometido. Desde luego que la motivación más grande era que con eso él se ganaba otra cerveza. Mi tío Uriel le palmeaba la espalda a don Pablito Cerros y le decía:

“¡Ah, este hombre sí sabe tomar!”, y a don Pablito se le iluminaba la cara de alegría. Acto seguido mi tío le abría otra cerveza y otra hasta que lo emborrachaba, cosa que ocurría con facilidad porque don Pablito no estaba tan bien nutrido que digamos y de seguro muchas veces traía la panza de farol.

No sé si para fortuna de don Pablito o no, pero la cerveza no era un producto perdurable en el cuarto de mi tío Uriel y por eso aquellas borracheras no podían ser tan frecuentes.

Bromas un poco inocentes las que le hacía mi tío Uriel a mi tío don Melecio del Real, hermano de mi abuelo. “Oiga, tío, voy a proponer que el Camino Real vaya por media manga del Frentón”. Esa propuesta no era más que una tontería, pero mi tío don Melecio, un hombre muy formal y serio, montaba en cólera y contestaba: “¡Ah, Uriel!, como usted se la pasa todo el tiempo de huevón, nomás está inventando puras pendejadas”. Otro día le decía: “Oiga, tío, ¿por qué no me vende su corral?”. Igual de enojado don Melecio contestaba: “Bueno, bueno, Uriel, ¿está usted loco o qué? Si le vendo mi corral ¿quiere que yo salga de mi casa como un cuete?”.

Así era mi tío Uriel y su cuarto. Así recuerdo a aquel hombre un poco rezongón y rebelde con sus padres, a los que les decía: “A mí si me han de heredar algo, dénmelo ahorita, ya de muertos ni modo que se lo dejen a los Olagues, yo para agradecerse los dénmelo ya”. Algo tenía de razón mi tío, pero la gente se lo tomaba a mal.

Mi tío Uriel me regaló muchos dulces y galletas cuando me veía cerca de su cuarto con las ganas pintadas en el rostro y sin un cinco en la bolsa. Un día yo iba por el patio de la Santa Cruz, rumbo a Colotlán a seguir mi secundaria, y me llamó desde su cuarto; sacó un billete de cincuenta pesos y me lo dio. Fue ese un gran detalle que siempre llevo en mi corazón.

Cada vez que voy a San Pablo cierro los ojos y veo a mi tío Uriel detrás del mostrador, medio entonado, cantando el corrido de Benito Canales o el de Agustín Jaime en medio de gritos jubilosos, con sus ojos llenos de lágrimas. Mi tío Uriel fue muy especial, bueno, no lo fue, lo sigue siendo en el recuerdo porque el cariño no lo borra la muerte, solo el olvido.

### Las secas

Las secas era una época difícil en mi rancho porque el agua que caía en temporada de lluvias no se almacenaba; la gente solo tenía pequeños pozos o estanques en los potreros que se agotaban en los primeros meses del año. Con el paso de los días la ausencia de agua convertía los campos en sitios resecos en donde quedaba la tierra como viuda: con nostalgia y sin fruto. La temporada de sequía abarcaba ocho meses del año, desde mediados de octubre hasta finales de junio, cuando las lluvias mojaban bien la tierra y, hasta entonces, los arroyos y las pequeñas represas empezaban a almacenar agua.

Sin agua del cielo, ni de ninguna otra fuente, los abrevaderos terminaban sus reservas allá por Semana Santa, lo que significaba alrededor de dos meses más de batallar con el

ganado, que necesitaba ayuda para sortear la temporada de escasez si es que no permanecía en la barranca de Buenavista todo el periodo de sequía y tomaba agua del río Colotlán, conocido en esa sección como el río del Paso de la Iglesia, que no se secaba nunca.

Con las reservas de los tanques de los potreros sin agua, el único recurso disponible eran la presa, exclusiva para los animales, y el manantial de La Pila del Salto. Estos se convertían en un tesoro, sobre todo la última, porque de ahí se surtía el rancho para las necesidades básicas: lavar la ropa, bañarse, dar de beber a los animales domésticos y, desde luego, abastecer nuestros cántaros de agua fresca y limpia para beber.

No eran muchos los animales domésticos que teníamos a nuestro servicio: uno o dos equinos y una vaca para la leche del niño chiquito, pero sí eran muchos contando todos los animales de los vecinos, por lo que la tarjea se medio vaciaba durante el día. Era casi un milagro ver este contenedor casi vacío al oscurecer y, a la mañana siguiente, rebosante de aquel preciado líquido; la noche había bastado para que se llenara de nuevo. Así de abundante era aquel manantial de La Pila del Salto, que no se acababa ni en los años de intensa sequía.

A veces la parte final de esta sequía era en verdad desoladora. Las reses deambulaban por los potreros comiendo lo que podían encontrar, que era muy poco. Muchas de ellas en sus propios huesos; parecían fantasmas en medio de aquella tierra yerma y seca.

Por eso la llegada de las lluvias causaba alegría y esperanza, y cobraba un valor especial aquel olor a tierra mojada. Si el temporal era bueno se terminaba la zozobra y la angustia, pero cuando el agua escaseaba el campesino sufría. “No quiere llover, compadre, las milpas se están marchitando”, era una frase triste para todos. La llamada calma de agosto, o canícula, era una amenaza real porque si faltaba el agua en pleno crecimiento del elote, este se detenía hasta el extremo de perderse la cosecha. Era una bendición cuando la calma era de corta duración. En este inter se sembraba frijol, un cultivo que requiere poca agua.

El mediero, campesino que trabajaba en tierra ajena, era quien batallaba más con los malos temporales. Tenía comprometida la mitad de la cosecha próxima con el patrón, quien le proporcionaba además lo que llamaban la habilitación —una ayuda de subsistencia a cuenta de la cosecha— y a veces el pago de la renta de un buey. Después de darle al patrón su mitad correspondiente y pagar todas las deudas, el pobre labriego se quedaba nada más mirando cómo se llevaba todo o casi todo el maíz para su troja. No era sino una repetición de las haciendas porfirianas, una injusticia repetitiva en la que el campesino que cultivaba la tierra era objeto de un robo legalizado.

Con el paso de los años se empezó a usar fertilizante y las lluvias escasas causaban más desasosiego porque no solo se podían perder las cosechas, sino que aparte quedaría la deuda del abono que se compraba caro a compañías solapadas por las autoridades, o al mismo gobierno sinvergüenza que hacía negocio con los pobres campesinos.

Aparte de la falta de agua había otras amenazas, como, por ejemplo, las tormentas con granizo, pero sobre todo cuando la milpa estaba jiloteando. Más raro era que los barbechos se empantanaran y las milpas quedaran pequeñas y amarillas, sin elote o con moloncos, que casi solo servían para el ganado.

Esta agricultura de subsistencia y el crecimiento de las familias fueron algunas de las causas por las cuales la gente empezó a abandonar poco a poco el rancho, en búsqueda de mejores horizontes.

Hoy San Pablo es un rancho de casas convertidas, la mayoría, en tapias, ruinas de un pasado reciente. Mi rancho se parece un poco al Comala de Juan Rulfo, en donde los habitantes han muerto y pululan por las casas y las calles en gemidos y lamentos. Damiana Cisneros, Susana San Juan, pero también Fulgor Sedano y el mismo Pedro Páramo han de andar por los callejones de San Pablo con nombres diferentes; Blas, Nicolás y Luciano del Real, o a lo mejor Casimira Ávalos, Sóstenes Antuna y Valentina del Real, todos habitantes de un rancho que casi solo es historia, pero historia olvidada.

#### La tormenta

Los campesinos de mi rancho tenían pocos motivos para ver la vida color de rosa. Eran temerosos de la vida, no tanto en el sentido de las causas finales, que ese temor lo tiene todo ser humano, sino de las causas terrenales en aquel ambiente de incertidumbre donde el *modus vivendi* era la tierra, que daba sus frutos dependiendo de las veleidades de la atmósfera; en buena medida su fortuna dependía del cielo. Por eso desde niños habían aprendido de sus mayores a mirar al cielo. Cada nube que aparecía en las alturas era una esperanza, más aún cuando ya hacía muchos días que no llovía y las milpas empezaban a marchitarse. El campesino se gastaba buena parte de su vida doblado sobre la tierra y otra parte mirando al firmamento.

Aparte de la ilusión de que lloviera, tenían que pedirle a Dios que la lluvia fuera suficiente y oportuna, ni escasa ni excesiva, y que no se acompañara de granizo o de fuertes vientos porque esto acababa con las milpas. Era una tristeza ver un día las milpas gallardas mirando al cielo y, después de la tormenta, verlas tiradas sobre los surcos, como guerreros caídos. Igual de triste era verlas como trapos deshilachados por efecto del granizo.

Cuando eso pasaba se perdía todo, o casi todo, y quedaban deudas. Lo peor era tener que tocar puertas para conseguir maíz y estar dispuesto a recibir negativas. Quien tenía una vaca o un marrano sorteaba el problema con menos dificultad, pero al que contaba tan solo con su jornal no le quedaba otra más que pedir la medida de maíz y frijol. A casi nadie se le negaban, pero aquel que tenía fama de mala paga en ocasiones se veía obligado a emigrar del rancho en busca del pan y la sal.

Las peregrinaciones de la Inmaculada Concepción por los ranchos tenían la misma finalidad que las mandas, limosnas y sacrificios al Señor de los Rayos de Temastián y a la



Virgen de Guadalupe, en Villa Guerrero. Era, pues, la plegaria a Dios, a la virgencita y a todos los santos por un buen temporal.

Qué fuerza tan monumental de la naturaleza eran aquellas tormentas. Donde quiera que se viva despierta inquietud y a veces zozobra, pero más aún en el campo. El rayo y el viento son sus habituales compañeros y cada uno tiene un impacto impredecible.

Muchas veces gozamos y sufrimos aquellas embestidas de la naturaleza en pleno campo: en la barranca de Buenavista, en Las Abujas o en el potrero de Los Robles. En algunas ocasiones aquellas lluvias torrenciales nos sorprendían por la noche, rumbo a casa. El relámpago iluminaba por instantes el camino y delineaba la nube negra en el cielo, dejándonos encandilados, pero no era esta luz la que nos atemorizaba, sino el rayo, porque cuando un ser humano era el blanco de su descomunal fuerza, no vivía para contarle. El estruendo del trueno se oía como el bramido de un miura al ataque. Muchas veces había visto vimos grandes árboles desgajados desde el tronco en herida mortal, lo que nos había infundía miedo. Su rugido se oía con más fuerza en la barranca de Buenavista porque el eco rebotaba en los peñascos, haciendo estremecer al campesino más valiente.

Un día andaba sembrando en El Barro, junto con mis hermanos Gonzalo y Víctor Manuel, cuando nos agarró la tormenta. Al verla venir, allá por la barranca de Los Cardos, no pensamos que trajera tanta fuerza, pero pronto los vientos anunciaron algo nada bueno... no quedaba más que esperar.

El estallido parecía asustar también al viento, porque sacudía las ramas de los árboles con inusitada violencia, moviéndolas hasta casi tocar el suelo. Había un ruido tan fuerte que lastimaba el oído y agitaba el corazón.

Teníamos, para cubrirnos del aguacero, un ajuar pesado hecho de forma artesanal con palma entretejida, que le llamaban china. Estos impermeables nada más cubrían la parte superior del cuerpo y ya mojados pesaban mucho; además, al poco rato el agua se filtraba, tal vez porque nuestras chinas ya estaban gastadas por el uso.

Empezó la tormenta. Agua a cántaros y viento fuerte que silbaba como enloquecido. Pero eso no era lo más feo, sino los rayos que empezaron a caer a diestra y siniestra. Nosotros nos guarecimos bajo un viejo mezquite que estaba en la cabecera del barbecho. El viento furioso nos levantaba las chinas, nos golpeaba la cara y nos arrojaba chubascos por todo el cuerpo. Estábamos asustados, era la primera vez que una tormenta de tal magnitud nos sorprendía en el campo. De repente los rayos caían muy cerca del mezquite donde estábamos; no sabíamos que los árboles son imán para ellos.

Después de una media hora la tormenta cesó por completo. Estábamos contentos, no nos había pasado nada; el remojón poco importaba. El agua corría por arroyos y zanjones en curiosas turbulencias. Después del susto nos dio hambre, pero las gordas estaban empapadas. Mojados, con hambre y con los guaraches llenos de lodo regresamos al rancho. Por el camino comenzó a escampar; el sol opacado salió poco a poco de entre las

nubes y luego aumentó la intensidad de su luz, que se dibujó allá por la barranca de Los Cardos en un hermoso arcoíris. Qué bello es el sol, pero más aún cuando se tiene frío, como en aquella tarde que sus rayos calentaron nuestro cuerpo mojado.

Cuando la tormenta se presenciaba desde el patio de nuestras casas, las cosas eran diferentes. Primero porque un techo nos protegía del vendaval y segundo porque estábamos acompañados por nuestros padres. Causaba cierto temor reverencial ver las nubes allá por la barranca de Enfrente cuando formaban una gran muralla negra que se iba acercando poco a poco al rancho. Desde lejos se divisaba una gran cortina negra que como una cascada inmensa bajaba del cielo, como si las nubes se estuvieran desgajando sobre los cerros de la barranca. Parecía que el agua culebreaba en muchas columnas hacia abajo, queriendo alcanzar la tierra; de ahí que la gente llamara culebras a esas tormentas, también por lo peligrosas que eran.

Y, lo mismo que en el campo, llegaba el chubasco, el silbido del viento y los rayos. Los adultos se preocupaban porque aquella agua en torbellino causaba más perjuicio que beneficio para las milpas, y a los niños nos atemorizaba ver la cara de aflicción de nuestros padres. Por eso se practicaban varios métodos para dizque disminuir la fuerza del meteoro; uno era arrojar puños de sal al viento, otro consistía en aventar cacharros de fierro al patio, otro más era cortar con un filoso cuchillo cebollero el cuerpo de la culebra, como si se tratara de un animal de carne y hueso, y el último método era rezar. Por supuesto que todo era inútil; cuando la tormenta llegaba caían toneladas de agua, si traía granizo lo mismo, si el viento era huracanado tumbaba las milpas y los árboles. Todos esos modos no eran más que ilusiones y buenos deseos, tan solo un consuelo. Esfuerzos de la gente para disfrazar el miedo. Creo que de todos esos métodos lo único que valía la pena era rezar, porque cuando menos la gente se tranquilizaba al confiar en que la divinidad aplacaría la tormenta; tenía en ellos un efecto liberador y purificador, igual que una catarsis. Si el meteoro amainaba, Dios había escuchado los ruegos, que si no, de todos modos era la voluntad de Él, que al cabo nadie sabía sus designios.

Después del chubasco nos íbamos a ver el arroyo crecido y la cascada en La Pila del Salto, que en enormes borbotones brincaba entre las peñas allá en lo alto y luego se tumbaba en un gran chorro turbulento y peligroso. En el ambiente se respiraba una conjunción de agua y tierra. El aire húmedo llenaba tus pulmones en una sensación de vitalidad plena y placentera.

Al rato en los callejones continuaba la diversión con las pequeñas corrientes con las que hacíamos represas que luego rompíamos simulando en nuestra fantasía infantil la corriente del arroyo que acabábamos de ver.

Ese es el recuerdo de la tormenta que guardo en la memoria. Yo pensaba que al irme de San Pablo aquello estaría por completo olvidado. No fue así. Cuando regreso parece que es la primera vez que estoy ahí pero cada rincón es un nuevo nido de imágenes que rebotan en mi memoria. A veces uno cree que se ha ido de lugares a los que aún no ha llegado del todo.

## Bajo las sombras de los mezquites

Árboles de sombras centenarias bajo cuya protección se han cobijado de los rayos del sol muchas gentes. Sus ramas llenas de verdes retoños adornan el escenario en primavera, cuando todo en San Pablo es seco y polvoriento. Sus flores olorosas anuncian el fruto venidero, esas vainas que han de crecer y madurar en breve para disfrutarse a finales del verano y principios del otoño.

En San Pablo el periodo de sequía es de un calor intenso y la sombra de los mezquites era muy reconfortante. Me acuerdo muy bien de que bajo sus ramajes jugué muchas veces en compañía del Güero Manuel. Los mezquites de la huerta de mi padrino Guadalupe esparcían abundante y fresca sombra sobre el callejón. Para nosotros no pasaba el tiempo. Tan absortos estábamos en nuestros juegos que no escuchábamos el canto de la torcaza ni el chirriar de las chicharras. Esos insectos acicateados por el sol ejecutaban un concierto ruidoso que nosotros escuchábamos a la sordina; no era el sonido ensordecedor ordinario sino solo un eco lejano, a pesar de que aquellos bichos estaban cerca de nosotros, en las ramas de los árboles.

¿En qué consistían nuestros juegos? Eran creativos y variados: moldeábamos diversos objetos en barro, hacíamos carreteritas por donde circulaban troquitas de lámina y construíamos potreros que llenábamos de toritos y chivitas. Éramos, pues, ricos ganaderos que competían con don Rafael Díaz o con don Agustín de Ávila. Muy entretenidos estábamos en el espacio y el tiempo de aquel lugar, bajo el sol ignorado de aquel cielo azul inmenso.

En la sombra de esos mezquites forjé sueños e ilusiones, imaginación desbordada de un niño que quiere ser grande. Seguro no fue el único lugar en donde germinaron esos sueños, pero sí es donde lo recuerdo con más nitidez.

En el patio de la casa de mi padrino Lupe, el papá del Güero Manuel, había un enorme mezquite en el que hacíamos columpios con una riata y un leño. Éramos medio temerarios al columpiarnos alcanzando velocidad y alturas atrevidas para nuestra edad. Experimentábamos emoción y miedo como de mariposas volando en nuestra panza al movimiento de sube y baja. Para ganar velocidad nos parábamos en el leño del columpio y con piernas y brazos nos impulsábamos poco a poco hasta elevarnos. Aunque muchas veces alcanzamos alturas peligrosas, desde donde una caída hubiera sido de consecuencias impredecibles, nunca pasó nada.

Otro mezquite memorable es el que se encontraba unos pasos arriba de la casa de mi papá Rafail. Allí mis tíos y otros se ponían a platicar horas y horas bajo su sombra. Unos sentados y otros acostados sobre aquellas grandes piedras, se la pasaban rumiando el tiempo en espera de la hora de la comida. Sus pláticas versaban sobre la cotidianidad de la vida, novedades, chismes, chistes y tijereo. Un día se veía a mi tío Uriel y a mi padre y al otro día a don Zenaido Raigosa y a mi papá Rafail. A veces se juntaban todos ellos, que aunque el mezquite no era tan grande cada quien se acomodaba en su sombra.

Cuando no estaban los adultos éramos los chavales los que nos congregábamos ahí. Abel Suárez, Rosendo García, Elías Raigosa y Rafael, mi hermano. Luego los de la otra camada, Obistano Sánchez, Antonio Suárez, Guillermo García y Eliseo Raigosa. Muchos más fueron los que al paso de los años estuvieron ahí. Es muy probable que hasta don Blas del Real haya platicado con sus hermanos Nicolás, Luciano y Francisco Román bajo la sombra de aquel mezquite. Se puede decir que nadie que viviera en el rancho pudo escapar de haber disfrutado aquella sombra.

Podría mencionar más mezquites como los del Corredero, bajo cuyas sombras nos poníamos a descansar cuando veníamos fatigados de traer tierra de La Loma para los techos de las casas.

Si cierro los ojos puedo percibir el aroma de sus flores, pero también puedo sentir en mi cuerpo sudoroso la caricia de su sombra en aquel sofocante mes de mayo. Así recuerdo a los mezquites y su sombra en el San Pablo de mis amores.

### Cerdos

Casi todos los vecinos del rancho criaban puerco. Hasta las personas más pobres hacían el esfuerzo, en el entendido de que un marranito que se engorda se convierte a futuro en un ahorro. Quizá de ahí viene la costumbre ancestral de guardar monedas en una alcancía con figura de cochinito.

Cuando los cerdos estaban en crecimiento se les alimentaba con desperdicios de la cocina o con moloncos —maíz pequeño que no se desarrolla bien—, por lo que el costo de su crecimiento era poco. Ya para cebarlos se les daba maíz mañana, tarde y noche, hasta que la gordura les impedía caminar.

A los cerdos les gustaba el excremento humano. A más de tres los habrá tumbado un cerdo mientras realizaba sus necesidades fisiológicas, y esto podía ocurrir en cualquier corral o callejón porque los marranos andaban sueltos y había fecalismo al aire libre. Solo en la casa de mi padrino Guadalupe había un lugar ex profeso para desahogar el vientre porque el gringo de la mina había improvisado un pequeño cuarto de adobe que daba al callejón, donde colocó un retrete de madera, es decir, una tabla con un hoyo. A este *water closet* sin agua nosotros lo llamábamos “común”. Debajo de este baño los cochinos de mi padre y otros se daban festines diarios.

Los marranos de don Salvador Huerta eran los más flacos del vecindario y era muy ordinario verlos deambular por los callejones en busca de alimento. Me acuerdo en especial de una cerda tan flaca que parecía un esqueleto andante. Iba por todo el rancho con una bola de marranitos hambrientos detrás de ella. Daba lástima el pobre animal porque, aparte de lo flaca y hambrienta, los chiquillos la apedreaban. A cuál más malosos y sádicos. A mi primo, hijo de mi tío Uriel, yo le decía: “Ya déjala, qué no ves que apenas puede con sus huesos”. Por supuesto que no me hacía caso, quién era yo para darle órdenes. A los pocos días el animal apareció muerto en el arroyo.

Cuando los cerdos de engorda estaban lo que se decía rendidos, que era cuando ya se movían con extrema dificultad por gordos, estaban listos para la venta. Entonces venían al rancho los compradores, que la gente llamaba puerqueros, y hacían la detección de ladilla o grano, que era como se le conocía al cisticerco, un parásito que causa hidrocefalia y epilepsia, conocida por la gente como ataques.

Si al revisarles la lengua se detectaba el parásito, se rechazaba la compra, y el dueño del puerco freía toda la carne, que, como nadie compraba, se regalaba a los vecinos. Vaya regalo. Mucha era la necesidad y también la imprudencia para consumir aquella carne llena de granos blancos entreverados en las fibras musculares. Daba mucho asco, pero así nos la comíamos. El método de someter la carne a altas temperaturas en el caso hirviente sirvió de algo o de mucho para evitar enfermedades, aunque no las evitó del todo, pues me acuerdo de dos personas que sufrieron ataques e hidrocefalia, tal vez a causa de comer aquella carne contaminada.

Tanto para pesar a los puercos como para revisarlos se hacía un escándalo de los mil diablos. Los pobres puerquitos se deshacían en gruñidos de miedo y dolor, ya que para revisarlos se les sujetaba y se les tiraba al suelo, y luego con una reja de fierro se les abría el hocico para revisarles la lengua. Si estaba limpia pasaba la prueba para la venta, para lo cual se pesaba en una báscula portátil, llamada romana. Se colocaban amarras a la panza del animal y luego en vilo se levantaba para colgarlo a la báscula.

El método para el sacrificio era muy cruel, o al menos a mí me lo parecía. Con un cuchillo bien afilado se les daba la estocada mortal en el entrepecho y, como ocurre en las corridas de toros, a veces el matancero no atinaba al corazón en la primera cuchillada y se tenía que hacer dos o tres veces. Cada arremetida era sin duda una prolongación de la agonía del animal. Se hacía un sangrerío que regaba el patio en lo que se colocaba algún recipiente para recolectar aquel preciado líquido que guisado era un rico alimento. En Guadalajara le dicen a ese platillo rellena, allá le decíamos simplemente sangre, mientras que los españoles, que por cierto lo aprecian mucho, le llaman morcilla.

Todo se aprovechaba en la matanza de estos animales: con el cuero se hacían chicharrones, de los llamados duritos, con la cabeza se preparaban unos ricos tamales y con las vísceras se hacía un platillo que se llamaba asadura. Bueno, hasta la cola del cerdo se echaba al caso de los chicharrones. La matanza era una fiesta para uno de niño. Quién de sus nietos no se acuerda de esas convivencias con mi apá Rafail. A lo mejor a los más chicos ya no les tocó, pero la mayoría tenemos un grato recuerdo de ello.

Cuando se mataba para consumo familiar, se acostumbraba hacer regalos a los parientes y vecinos. Era lo que la gente llamaba bocaditos, que consistían en un pedazo de carne y unos chicharrones. Cuando se mataba para vender, casi siempre todo quedaba apartado. A mi tía Esther le gustaba hacer tamales y apartaba con tiempo la cabeza. La asadura la pedía otra persona, la manteca un kilo para acá y otro para allá, y de la carne no se diga, así que todo se acababa en un santiamén. La manteca muchas veces se prestaba con el compromiso de pagarla cuando el marranito del compadre o el vecino estuviera listo para el sacrificio.

Se apreciaba más la manteca del cerdo que el resto, por la sencilla razón de que con ella se cocinaban los alimentos. Creo que obtenerla era la principal finalidad de la engorda, aunque la carne no dejaba de ser un banquete al paladar porque no había diario. Por eso el animal se cebaba al máximo, así se le sacaba el mayor provecho.

Era hasta gracioso ver aquellos cerdos que apenas se podían mover de tan obesos. Cachetones y regordetes, dormían entre la tierra y el lodo con su típico ronroneo grave y monótono.

### El Paso y El Huizachal

El sitio del arroyo de San Pablo que estaba más cerca de nuestra casa era El Paso, llamado así porque por ahí cruzábamos el arroyo para ir a El Huizachal. Es por eso que de ese lugar tengo muchos recuerdos. Algunas veces fuimos a esperar el torrente de agua loca que bajaba del potrero después de la tormenta. Cuando corríamos a veces le ganábamos la carrera al agua. Al llegar el arroyo todavía corría mansamente y la emoción nos embargaba al ver la punta de lanza del agua que, chocando a borbotones entre las peñas, corría presurosa y llenaba con su caudal el camino a El Huizachal, lo que hacía en esos momentos muy peligroso su cruce. Ahí nos quedábamos un rato viendo cómo la corriente arrastraba todo objeto que se atravesara en su camino, desde hojas y ramas de árboles hasta animales muertos.

Durante los primeros meses de secas muchas veces llevé los animales a abreviar a esa parte del arroyo. Mis pies caminaban junto con los de las vacas, burros y mulas, confundiéndose con ellos. Pero cuando se acababa el agua, ya en la primavera, tenía que llevarlos unos metros más arriba, hasta la tarjea. Si uno veía el arroyo desde la cumbre parecía más la silueta de un camino viejo y olvidado donde el agua brillaba por su ausencia. En sus alrededores solo había arbustos pelones o secos, zacatones cenizos y tepetates calientes bajo el sol abrasador de mayo, que incitaba a descansar bajo la escasa sombra de algún pitayo o garambullo. También podían verse algunas flores de jacalasucho y colorines, estos últimos de color rojo y típica figura de espada.

En tiempo de lluvia el panorama cambiaba poco a poco. Con las primeras precipitaciones la tierra, ávida como esponja, se tragaba toda el agua. A medida que continuaba el temporal, durante el verano y parte del otoño, empezaba a correr constante el agua sobre el cauce que había estado dormido. La tierra agradecida recibía el agua y la transformaba, con la ayuda del sol, en un manto verde.

A unos cuantos metros del arroyo estaba un pocito, de menos de medio metro de diámetro y hecho por la naturaleza en medio de la piedra, que mi madre lavaba y restregaba con abundante agua y jabón para de ahí llevar agua en tiempo de lluvias, en vez de ir hasta La Pila del Salto. El agua de este pequeño estanque era limpia y pura, y la usábamos para beber.

Mi alma se sitúa al lado de la imagen de mi madre y la veo en aquel pocito llenando con un vaso sus baldes, para luego, con su mancuerna al hombro, regresar a casa paso a paso, con la caricia del viento de la tarde sobre su sereno rostro.

Alguna vez, mientras mi madre lavaba en un charco anexo, yo la acompañé mirando la ladera. Otras veces me sentaba en uno de aquellos tepetates, a los que previamente les echaba agua para quitarles lo caliente, y cerraba los ojos para escuchar el viento, el ronroneo de la corriente y las chicharras. Al abrir los ojos veía a las torcazas batiendo el aire con sus alas, como queriendo desprenderse de la modorra de la calurosa tarde.

Contaban que en una ocasión en ese charco de El Paso una pudorosa anciana se bañaba tranquila a jicarazos. En eso, por el camino de la tarjea pasó un hombre y la santa señora, que podría haber pasado inadvertida, gritó despavorida: “¡Señor, señor, por el amor de Dios no vaya usted a voltear para acá que me estoy bañando!”. Aquel individuo, que ni se había fijado en ella, al oír el grito volteó en forma automática hacia la anciana, que no cabía de vergüenza. Si aquella señora no hubiera anunciado su presencia solo Dios habría visto su desnudez; bueno, en realidad solo Dios la vio, porque la anciana estaba bañándose en camisón, pero era tanta la pudicia de aquella gente que eso era el equivalente a ahora sorprender a alguien en pelotas. Nosotros bromeábamos con aquella anécdota, y al estar cambiándonos de ropa decíamos: “Fulanito, no vayas a voltear para acá que me estoy cambiando”. Y el otro respondía: “Sí, ¿verdad?, como la viejita de El Paso. Yo no pensaba voltear pero ya que te anuncias a ver qué veo”. Luego resultó que la susodicha anciana no era otra que mi bisabuela Severa Ávalos, mamá Severita, o al menos eso dice mi hermano Gonzalo, a mí que me esculquen.

Del otro lado del arroyo estaba El Huizachal de mi apá Rafail, como lo llamábamos para diferenciarlo de otro huizachal anexo, propiedad de don Eliseo Gamboa. Yo fui muchas veces a traer la vaca que ordeñábamos en las secas, porque el abuelito nos daba permiso para que pastara ahí. El nombre de huizachal lo tenía bien ganado porque en efecto aquel predio estaba lleno de huizaches que se llenaban de retoños en abril y mayo, y luego de flores amarillas que adornaban y perfumaban el ambiente. Alrededor de claros de hormiguero había breña tupida de matas de orégano y garruños, pero sobre todo huizaches.

Una vez, cuando tenía unos siete u ocho años, tuve la necesidad de meterme al breñal tupido a buscar una vaca. Andaba con miedo a los escorpiones porque unos días antes mi hermano Rafael y yo habíamos matado en la barranca uno de esos lagartos venenosos. Bueno, digo que “matamos”, pero como las moscas que andan en la cabeza de los bueyes y que dicen “andamos arando”, porque en realidad fue mi hermano el que hizo toda la faena; yo le ayudé con mi cara de espanto y con una que otra pedrada errática que nunca dio en el blanco. Decían que los escorpiones lanzaban a distancia su saliva venenosa y la forma de evitarla era escupiendo. ¡Vaya tontería!, pero yo me la creía. Por eso andaba yo aquella tarde escupiendo a diestra y siniestra en prevención del posible salivazo de un escorpión, que en realidad solo habitaba en las zonas boscosas de la barranca. De tanto escupir mi boca estaba más seca que el desierto de Sonora, pero yo

seguía escupiendo en obvias razones de contrarrestar el miedo. Tan ensimismado andaba que sin pensar me metí entre la espesa huizachera y a punto estuve de cruzarme entre dos huizaches donde, atravesada plácidamente, estaba descansando una víbora de color verde. En caso de que el instinto de conservación no me hubiera advertido del peligro, me hubiera puesto la víbora de collar, porque estaba precisamente a esa altura de mi cuerpo. Aterrorizado, retrocedí unos pasos. Con el ruido la criatura se dio por enterada y al instante se arrastró velozmente, desapareciendo en un santiamén entre la breña. Era raro que estuviera tan distraída, es probable que fuera la hora de su siesta.

De inmediato regresé a la casa, olvidándome no solo de la vaca sino hasta de cómo me llamaba. Yo les tenía terror a las serpientes, no importaba la especie ni si su veneno era letal o no. Nada de eso importaba, que cualquiera de esos bichos rastreros me hacía temblar de pies a cabeza como un poseído del diablo.

Pasaron los días y se me olvidó la escupidera a medida que superé aquel miedo personificado en los escorpiones, pero que solo Dios sabía cuál era el verdadero origen.

### Impaciencia

La paciencia no era una virtud que se practicara en nuestra casa ni en otras familias. Yo crecí escuchando frases que la desacreditaban. Calmudo, lento, arguenuado o pachorrudo eran los despectivos que calificaban a la gente paciente.

“¡Qué pachorruda es Fulanita!”, decía la gente, o “¡Muévete, que pareces monigote de tan lento!”. Lo contrario era aplaudido, aunque se hicieran las cosas al troche moche. La persona era admirada por rápida, lo mal hecho era secundario y sin importancia.

Mi padre y algunos otros admiraban la rapidez con que mi hermano Rafael terminaba de arar en La Joya del Rincón. “¡Ah qué barbaridad, Failo, ¿cómo que ya acabó?”, dijo mi tío Luis Miguel del Real un día que nos encontró como a las dos de la tarde en el arroyo de Buenavista, ya de regreso al rancho. Mi tío pensó que no habíamos podido trabajar porque estaba anegado el barbecho por las lluvias de la noche anterior, pues no podía creer que ya hubiésemos terminado. Era cierto que aquel trabajo requería todo el día, pero mi hermano azuzaba las mulas, las correteaba a vuelta y vuelta como desesperado por terminar temprano. Parecía que se le estaban quemando los frijoles allá en la cocina del rancho y que había que ir a apagarlos.

¿Qué ganaba mi hermano con ese acelere, aparte del reconocimiento? Yo diría que muy poco, porque, igual que las remudas, nosotros acabábamos cansados a pesar de nuestra juventud y luego al día siguiente ya no había nada que hacer, así que resultaba que había sido una correteada inútil.

Lo más negativo del asunto era la filosofía con la que se tomaba el trabajo, y creo que ahí estaba el quid de la cuestión: como el trabajo era algo desagradable había que terminarlo pronto, sin disfrutar lo que hacíamos. Qué bueno hubiera sido trabajar con tranquilidad y cuando el cansancio y el sol nos agobiara poder descansar un rato bajo la sombra de aquellos encinos viejos que estaban en la cabecera del barbecho. De la misma manera



hubiera sido hermoso detenerse un momento con el único propósito de mirar con detenimiento aquellos majestuosos peñascos que enmarcaban el lugar, con su ladera cubierta de vegetación verde y las aves sobrevolando aquel cielo azul. Luego, al mediodía, poner la lumbre para calentar los tacos que mi madre con tanto amor nos había preparado... no que los comíamos fríos para no perder tiempo.

El hombre con prisa no tiene tiempo ni tranquilidad para contemplar muchas cosas bellas que solo se pueden disfrutar en la quietud y el silencio. La paciencia lo ayuda a uno a valorar los actos en la complicidad del tiempo lento. Para qué tanta prisa si al final de todo lo que sobraba en San Pablo era tiempo, sobre todo al terminar las labores agrícolas. Las horas pasaban, me acuerdo, con pasmosa lentitud cuando no había nada que hacer. La gente decía "El tiempo es oro", pero para desperdiciarlo en la pereza desgana de los meses de secas, que eran los más del año. Era muy común encontrarse a los hombres acostados sobre aquella piedra que estaba bajo la sombra del mezquite cabe a la casa de mi apá Rafail. "¿Qué estás haciendo, Fulanito?". "Aquí, matando el tiempo", contestaban. En realidad era el tiempo el que nos estaba aniquilando porque lo desperdiciábamos de esa manera, como si fuésemos a ser eternos. La verdad es que el tiempo es vida solo cuando se disfruta a plenitud en la actividad elegida, sin pensar en el futuro ni en el pasado, solo en el aquí y ahora. Las grandes obras se hicieron con paciencia, en muchos años, por eso están bien hechas y con el paso de los años se valoran más.

Cómo me hubiera gustado que mi padre me hubiera enseñado con paciencia a sembrar, a echar la semilla en el surco no con rapidez, sino con amor; que me hubiera dicho "Mira, hijo, esta semilla que ahora depositamos en la tierra, con el poder del sol y el agua se convertirá en una hermosa milpa y luego en una rica mazorca que será nuestro alimento". Pero, bueno, eso sería pedir mucho. Me hubiera conformado con que los que me enseñaron a cultivar la tierra lo hubieran hecho con paciencia y un poco de alegría, porque en lugar de eso había regañones, ninguneos, humillaciones y hasta azotes, y el pretexto para este maltrato era que el sembrador no hacía su trabajo con la rapidez que el yuntero quería, ni con la eficacia que su enojo precisaba. Esa amargura por el trabajo habría de ser una lección de vida muy negativa para mí. El trabajo, desde la perspectiva judeocristiana, era un castigo. "¡Ah, qué hermoso sería que continuáramos en el paraíso terrenal!", pensaba yo, cuando ofendido y humillado por mi padre tenía que trabajar. Adán era el culpable de todas mis desgracias.

Esa fue la filosofía del trabajo de la que yo abrevé. Fue un obstáculo en el desempeño de mi trabajo y me oscureció un poco la existencia años más tarde, cuando la responsabilidad y la carga de trabajo en el hospital me hacía dudar incluso de mi vocación. Cargué toda mi vida laboral ese fardo, hasta mi jubilación, y me privé de amar con toda el alma lo que hacía. Y es que no se puede alejar el hombre tan fácilmente de su destino. Fue mi responsabilidad haber tirado esa carga en el camino, ya de adulto, pero no pude.

Aunque nunca fue tan grave que me impidiera tener momentos gratos y satisfactorios, no era la mejor forma de encarar el trabajo y lamento que no fueran la paciencia y el amor las

premisas. No puedo culpar a nadie de ello porque es seguro que a mi padre tampoco se lo enseñaron. Por eso tampoco mi hermano Rafael, mi segundo maestro en el trabajo, lo aprendió. La impaciencia se queda tan arraigada en uno como un tatuaje en la piel, y se manifestaba incluso en el habla rápida y atropellada que teníamos hombres y mujeres en el rancho, y que, unos más que otros, conservamos todavía. Algunas veces, cuando el hospital estaba más o menos tranquilo, mis compañeros me encontraban acelerado sin necesidad y me lo hacían notar. Hasta entonces paraba yo mi trote. Incluso ahora, en mi jubilación, sigo con esa tendencia.

La paciencia tiene el poder de hacernos saborear cada instante de nuestra existencia. Tal vez sea cierta aquella frase que dice que al final de la paciencia está el cielo.

### Recogiendo frutas silvestres

Éramos unos niños inquietos, con la necesidad de golosinas y de aventura. Con paso alegre y excitación contenida íbamos Vintila, Francisca y yo a buscar sirgüelillas, frutillas que germinaban en unas plantas como matorrales. No eran muchos los lugares donde crecían estas matas, pero en El Potrero Viejo, allá casi por la margen del peñasco, estaban aquellos matojos llenos de aquel fruto parecido a la ciruela, solo que más pequeña; de hecho creo que por eso se le llamaba sirgüelilla, deformación de ciruelilla. Era en verano cuando maduraban aquellos frutos amarillos, ovalados, de un sabor agridulce que después de arrojar el hueso se deshacían en la boca.

La aventura era parte del juego, así que la alegría empezaba desde la expectación de la búsqueda, continuaba con el hallazgo y culminaba en la degustación. Qué contentos nos poníamos cuando encontrábamos aquí y allá matas que amarillaban desde lejos. Un tesoro del color del oro, la caminata había valido la pena.

Si se pudiera retroceder en el tiempo es seguro que vería la cara feliz de dos niñas en la dejadez propia de la infancia. La aventura estaba consumada, la emoción se reflejaba en los ojos infantiles ávidos de luz y color ante aquellas matas. Afanosos andábamos de mata en mata llenándonos los bolsillos, las manos y la boca. Nos sentíamos muy contentos porque no siempre se tenía la suerte de esa bonanza.

Aquello pudiera parecer muy simple a los ojos de un niño de ciudad que está más ligado a la televisión y al internet. Para nosotros fue muy grato haber vivido más en contacto con la naturaleza.

Al terminar la recolección nos acercábamos a la orilla del peñasco, donde acostados nos asomábamos a aquel profundo precipicio. El viento ululaba débil entre los robles de la orilla y allí bajo su sombra nos sentábamos a descansar un rato y luego, ya metiéndose el sol, regresábamos a casa. Algunas veces nos sorprendió la lluvia sin llevar protección alguna, pero la mayoría de los regresos eran tranquilos en la apacible frescura de la tarde.

Como el niño que en preparación para la vida hace marchar a sus soldaditos de plomo, en nuestra imaginación éramos exploradores de la tierra y la dulzura del fruto era nuestra recompensa. No teníamos más ambiciones que el optimismo y la alegría por la vida.

En el arroyo del Rancho de la Virgen buscábamos guayabitas. Unas veces era Obistano Sánchez mi compañero, otras Manuel del Real, el Güero. Algunas veces que no había acompañante me iba solo. Era el tiempo de rastrojos secos, de pastos quemados por el sol y de huilotas en los despojos de las milpas. En el final del otoño la tierra ya estaba seca y los árboles sin hojas. El más débil vientecillo hacía caer al suelo aquellas hojas amarillentas que pasaban a formar parte del humus que da nutrimento a la tierra para continuar el ciclo de la vida.

Después de desilusionarnos por búsquedas infructuosas nos ponía muy contentos encontrar un guayabo lleno de aquellos frutos olorosos. Era la recompensa por el esfuerzo y la tenacidad. El sol de mediodía bañaba el ambiente y los insectos revoloteaban alrededor de las guayabitas atraídos por el olor del fruto. Se movían con tanta gracia en un ritual armonioso, era la danza de la naturaleza.

La recolección era casi frenética, el disfrute inmediato y sin cuidado. Qué importaba que estuvieran habitadas, un gusano más o un gusano menos no le quitaba sabor ni aroma, se tomaba como parte del paquete. Además, no era un gusano feo, sino un gusanito guayabero. Cuando yo iba solo vivía una aventura especial, era para mí toda la fiesta sin tener que compartir el hallazgo. Éramos yo, mi pensamiento, el sol y el cielo azul. Después de llenar mi estómago me quedaba un buen rato bajo la sombra del guayabo y a veces me dormía.

En esos lugares viví alguna vez la amargura de la felicidad y la tristeza por el inicio de los cambios hormonales de la adolescencia. Mucha es la soledad que acompaña al ser humano en esta etapa de la vida, cuando se lucha por la independencia y se empieza a temer por el futuro.

En compañía de mi mamá, mis hermanos Sara y Rafael y mis tíos Imelda y Serafín, íbamos de repente al potrero de Los Arroyos a juntar manzanillas, un fruto silvestre que en otros lados se conoce como pingüica. Es esta una frutilla semillona y enana, de sabor agridulce y color naranja, que brota de un arbusto pequeño que crece en lugares semiáridos y está maduro por allá por los meses de enero y febrero.

Una vez que juntábamos una buena cantidad nos sentábamos a descansar bajo la sombra de un roble y ahí compartíamos el itacate, que consistía en tacos sudados de frijoles y papa y agua natural que tomábamos directamente de una cantinflora que pasaba de boca en boca, cuál vaso ni qué nada, o tomabas así o te aguantabas la sed. Eran paseos sencillos pero propositivos en los que no faltaban anécdotas que causaban risa, como la caída sin consecuencias de alguien o el susto que nos habían ocasionado las avispas que tenían su nido entre los árboles de manzanilla. La vida se mostraba generosa en el afecto sincero de la convivencia armoniosa y pacífica. Al atardecer, acompañados de un sol cansado, llegábamos al rancho con muy buen ánimo por nuestra cosecha.

Nunca le pregunté a mi papá qué emociones le despertaba ver aquellos nopales llenos de tunas maduras, porque a don Filiberto le gustaban mucho las tunas. No, me quedo corto, no le gustaban, le encantaban. Por eso a esta fiesta de la vista y el gusto sí nos

acompañaba. La caravana la conformábamos mi mamá, mis hermanos Sara, Eustolia y Rafael, mi tía Imelda y mi tío Alfonso y, claro, mi padre por delante.

En el Rancho de la Virgen había nopaleras por todos lados. Aquellas ruinas, otrora llenas de gente, estaban llenas de cactus. Lo que fue en un tiempo corral de burros y vacas era ahora pencas y espinas al viento. Lo que fuera ayer casas que cobijaban a sus habitantes de la lluvia y el sol eran ahora solares llenos de nopales.

En el mismo lugar de corte eran consumidas las tunas, después de barrerlas con un manojo de yerbas como escoba improvisada, para quitarles las espinas. Para cargar menos peso las que llevábamos a casa ahí mismo las pelábamos.

Si cierro los ojos veo la cara de satisfacción de mi padre comiendo tuna tras tuna y a mi mamá alegre con su vestido de amplias enaguas, su sombrero de palma y sus mejillas sonrosadas saboreando aquellas tunas rojas agridulces. Momentos de memorable familiaridad, cuyo recuerdo como pocos está muy presente y nítido, será porque fue muy gratificante. No es para menos, si fue tiempo de relax acompañado de seres queridos.

De eso hace ya muchos años. En ese ínter he andado por el mundo acumulando el polvo de los caminos, soy agua de muchos ríos y sol de muchos ocasos. Algunos que me acompañaron aquel día ya se fueron a descansar al sueño eterno y acordarme de eso me causa tristeza, principalmente por la ausencia de mis padres.

De esos lugares he venido a trotar por otros senderos, donde el mundo ya no es el mismo. Será que el sol ha perdido fuerza o que mi cuerpo ya no se calienta igual. Lo que pasa sencillamente es que me estoy volviendo viejo y no estoy entendiendo que nada ni nadie me puede devolver lo que ya se fue. El recuerdo puede ser un recurso útil, pero usado con sabiduría para poder revivirlo sin resabio y, por supuesto, que no estorbe para vivir la gran aventura del presente. El pasado no debe ser un puente carcomido, sino uno fuerte y resistente para que continúe existiendo mientras no lleguen las sombras.

### La Joya del Rincón

Buenavista era el nombre que le dábamos a aquella gran barranca que incluía los predios de El Surco, La Sabanilla, La Mesa de los Bueyes y El Arroyo de San Pablo, y los ranchitos de El Colomo, Los Carretones, Santa Fe, Las Guayabas, Los Escorpiones, Las Tapias y Buenavista. En este último ranchito, al noroeste, estaba un terreno de sembradío llamado La Joya del Rincón.

Mi padre tenía lo que llamaban un derecho de agostadero, o parte comunitaria, en Buenavista, que incluía La Joya del Rincón, donde sembrábamos, en tiempo de lluvias, maíz, frijol y calabazas. En las secas nos daba derecho a pastar cierto número de animales que, por acuerdo general, solo podía ser ganado bovino. Por eso a la barranca de Buenavista íbamos todo el año. Cada temporada tenía sus atractivos; en las secas las pitayas y en el periodo de lluvias la exuberancia de la vegetación.

El acceso por camino de herradura solo es posible por el potrero de Las Sirgüelillas; a pie además se puede bajar por aquella resquebrajadura del peñasco llamada La Ventanilla del Zapote, hasta La Mesa de los Bueyes. La bajada a caballo es una cuesta empinada y sinuosa por la que se descendía con cuidado y despacio. Sigue un espacio medio parejo, donde hay unas grandes peñas y el camino se bifurca; a la izquierda se va a Las Guayabas y a la derecha a los barbechos de Buenavista. Si se sigue este último camino se baja al arroyo, que viene del potrero de Los Arroyos, y al subir casi en línea recta está La Joya del Rincón.

La cumbre de la barranca es un lugar casi mágico donde la vista se extasía por la magnificencia del panorama de tonalidades diferentes, de donde sobresalen los peñascos, guardianes de aquella gran hondonada, con el río ondeante allá en el fondo como un gran hilo de plata.

Los peñascos de esta barranca son un atractivo natural encantador, por eso muchas veces parábamos un rato bajo la sombra de aquellos robles que vivían a la orilla del viento; si cerrabas los ojos escuchabas el murmullo que producía en las hojas de los árboles. Allí la tierra parecía que se había quebrado y dejado grandes hundimientos donde el viento tenía más espacio para correr y jugar, donde parecía estar más alegre, lo que hacía su caricia más delicada y placentera.

Cuando vas bajando tienes a tu derecha el peñasco del potrero de Los Arroyos y a la izquierda, arroyo de por medio, el otro peñasco, el del Potrero Nuevo. Este arroyo fue, y sigue siendo para mí, un lugar enigmático porque aquella ladera pedregosa y selvática hacía casi imposible su acceso. En aquella pendiente había maleza y grandes árboles como papelillos, pochotes y fresnos, pero también pedruscos y grandes rocas. Me intrigaba desde entonces, porque nunca fui, cómo sería el cauce del arroyo, su caída desde el potrero de Las Sirgüelillas y el probable gran charco donde en tiempo de lluvias de seguro se precipitaba furiosa una gran cascada. Igual curiosidad me daba el lugar en cuanto a que fuera refugio natural de muchos animales: zorros, coyotes, gatos monteses, tejones, tlacuaches, serpientes y una gran variedad de insectos. Quizá también fuera hábitat de felinos menores como pumas, que en ocasiones devoraban reses y que los ganaderos decían que eran leones. De seguro que era, y sigue siendo, santuario de águilas, halcones, cuervos, gavilanes y de una gran variedad de aves menores, sin faltar las primorosas guacamayas militares, que veíamos sobrevolar la barranca. Para mi desconsuelo, toda mi curiosidad ha quedado, y quizá quede para siempre, tan solo en un deseo no cumplido.

En época de lluvias las semillas que habían estado quietas el resto del año germinaban y la cuesta se llenaba de flores multicolores. Era, pues, la naturaleza que se manifestaba en todo su esplendor, y yo, bajando en el lomo de aquel macho, me sentía parte de aquel mundo, como un retoño adicional a todos los existentes en aquel entorno vital y armonioso.

Tengo recuerdos de aquel lugar porque las visitas eran muchas: sembrar, escardar y asegunder eran los primeros tres trabajos de la milpa; después despuntar, pizar y

acarrear la cosecha hasta el rancho. Esto último implicaba muchas vueltas más, que aunadas a las cinco anteriores da una idea aproximada de las veces que fui, solo en tiempo de aguas y cosechas. Recuerdo que a veces las mulas brutas tiraban la carga dos y hasta tres veces. Un costal aquí, el otro por allá. Y el animal se había adelantado o estaba atorada entre el breñal. Las teníamos que cargar de nuevo. Cuando reanudábamos el camino nos encontrábamos adelante algunos burros echados, cansados de la espera con aquel peso encima; algunos podían levantarse con todo y carga, ayudándoles un poco, pero los más viejos no podían y teníamos que quitarles los costales y luego, ya parados, cargarlos de nuevo. Eran unas friegas, tanto para nosotros como para los animales.

La Joya del Rincón está ubicada en un recoveco o rincón rodeado de peñascos, en una pequeña hondonada que recibe de sus laderas muchos nutrientes producto de la descomposición de hojas y ramajes secos, lo cual contribuía a mantener fecunda la tierra sin necesidad de abono o fertilizante. Las milpas crecían con mucha vitalidad, que se evidenciaba en el color verdinegro de tallos y hojas; los elotes eran grandes con granos bien desarrollados, el frijol enredador subía por el tallo de las cañas y las ladeaba por el peso de las vainas, y las calabazas crecían grandes y llenas de semillas que después comíamos tostadas con sal. Sin duda este barbecho era tierra pródiga. Qué diferente fecundidad la de los potreros de labor de San Pablo, en donde la yerba crecía de milagro en una tierra endurecida, desgastada y quemada por el sol. Bien decía mi padre, años después, que La Joya del Rincón nos había quitado el hambre. En parte el decir de mi papá estaba teñido de nostalgia, porque aparte de la fertilidad de aquel barbecho él se acordaba de tiempos felices, todavía al lado de mi madre.

Muchas anécdotas ocurrieron ahí, algunas de mucho impacto y difíciles de olvidar, como cuando me sorprendió una víbora cascabel en medio de la milpa, cuando tenía unos once años. Yo andaba casangueando y no la había visto; al acercarme demasiado al animal, este se sintió amenazado y emitió un bufido para mí, la voz de alarma para retirarme unos pasos hacia atrás, asustado. Con los ojos desorbitados vi cómo aquel enorme reptil me miraba expectante, a una distancia de dos o tres metros. Yo agarré una piedra y, al amenazarla con ella, la víbora soltó otro bufido y corrió. La piedra que le iba a tirar pegó en mi frente porque con el susto del último bufido moví la mano hacia atrás y me descalabré. Por fortuna no pasó del susto y de la pequeña herida. Pobre de mí si aquel cascabel me hubiera inyectado su veneno. No estaría contándoles esta historia. Todo esto ocurrió en un santiamén. Instantes en la vida cuando la permanencia en ella depende de un delgado hilo.

Tampoco olvidaré aquella noche en que mi padre quiso que nos quedáramos a pernoctar ahí. Una opción era irnos a la casita comunitaria del rancho de Buenavista, que aunque rústica y vacía nos habría protegido de las inclemencias del tiempo, pero después de un día agotador estábamos cansados para caminar un buen rato hasta ella. Una lluvia pertinaz nos acompañó toda la noche y no nos dejó seca ni la lengua. Ahí sobre aquella dura roca permanecimos dormitando hasta el amanecer. Bajamos de nuestro refugio

ateridos de frío, con las coyunturas tiesas y el estómago vacío, que se conformó con gordas frías y mojadas.

Hay otros recuerdos más tristes, como aquella mañana en que yo sembraba entre las yuntas de mi padre y de mi hermano Rafael. Mi padre andaba de malas y empezó a regañarme de mala manera porque según él estaba sembrando muy mal. Yo, callado, traté de apaciguar aquel genio, concentrándome en hacer mejor mi trabajo para complacerlo. Pero no se puede mejorar un trabajo cuando se está lleno de miedo. Una leve protesta fue la excusa para hacer explotar a mi padre. Mejor hubiera sido para mí seguir callado, porque mi progenitor dejó su yunta, se dirigió a la cabecera del barbecho y tomó la sogá chavinda, riata dura que se usa en charrería, que estaba más dura de lo habitual por el rocío de la mañana, y con ella me golpeó. Me dolieron los sogazos, no lo niego, pero más me dolió haber recibido un castigo que no merecía. Mi padre hizo aquello por mi mala técnica como sembrador, pero no era eso. Yo creo que ni él sabía por qué.

Hay acontecimientos en la vida de los que uno no quiere acordarse y este fue uno de ellos. Yo lo tenía en el arcón de los olvidos hasta que un día mi hermana Pancha, quien fue testigo presencial, me lo recordó. Es más fácil olvidar eventos desagradables porque son dolorosos; lo bueno es que también vienen a la memoria cosas gratas que contrarrestan lo triste, porque en la balanza final puedo decir con certeza que pesaron más los momentos felices vividos en La Joya del Rincón.

#### Ganando unas monedas

Arbusto pequeño de flores blancas que retoña en el verano en terrenos semiáridos. Un condimento de olor *sui generis* que a distancia inunda las fosas nasales. Así es el orégano.

En el verano de 1960 yo tenía ocho años cuando en San Pablo se dio la noticia de que iban a comprar orégano. Fue una gran noticia por dos razones, una es que para los chicos no había modo alguno de ganar unas monedas en el rancho y la otra es que el orégano abundaba en los alrededores. Era cosa de dar unos cuantos pasos a La Manga del Orégano o al Huizachal de mi abuelo para llenarse la vista y los bolsillos de aquella preciosa yerba. Juntar orégano era para los chiquillos una gran oportunidad de comprar golosinas y para los adultos de ayudarse un poco en sus necesidades.

Cuando las lluvias habían sido tempranas y generosas la planta crecía y sus retoños era grandes y hermosos. Qué contento me ponía cuando me encontraba una majada llena de matas con retoños exuberantes; era un tesoro al alcance de mis manos. Es difícil de explicar en palabras la excitación que me provocaba aquel hallazgo. Con manos trémulas cortaba aquellos tallos que me parecía que en vez de hojas estaban llenos de monedas. Y es que orégano representaba las golosinas, era el poder de compra con dinero ganado con mis manos, ya no era necesario pedirle al papa un veinte y verse en la pena de que te lo negara. En aquel mundo material donde se alababa tanto el tener, incluso más que el ser, esto era de una importancia extraordinaria, casi como decir compro luego existo. Por eso el orégano le dio en aquellos años independencia y valor a mi existencia, un valor que

yo no tenía o que lo tenía en un nivel bajo. Puede parecer un poco exagerado, pero fue lo que experimenté entonces.

Esas fueron las primeras monedas que gané. No importaba que a veces el sol veraniego se clavara en la espalda como una brasa, como tampoco importaban los rasguños o el peso del terció que se tenía que llevar a veces hasta el patio de la casa porque el ánimo era grande. Ver el montón de aquella yerba en el patio de la casa o en un espacio improvisado en el campo era muy emocionante. Uno, dos y hasta tres viajes echábamos desde La Manga del Orégano, que era el lugar más cercano, luego lo poníamos a secar y si llovía lo metíamos a la cocina de abajo, que siempre estaba desocupada. En lugares alejados a veces nos animábamos a dejarlo secar ahí mismo donde lo cortábamos. En dos o tres días, dependiendo de la intensidad del sol, íbamos a trillararlo para llevar la pura hoja en costales de ixtle. Este último procedimiento tenía el riesgo de que, si llovía, el orégano se ennegrecía y se perdía su valor como condimento. A veces hacíamos trampa y lo colocábamos en el fondo del costal, de manera que cuando lo revisaran no se percataran del fraude. Ya pesado lo vaciábamos en el fondo de la bodega, fuera de la vista del comprador. Que te descubrieran tenía dos consecuencias: por un lado la vergüenza por el ilícito y por el otro la negativa a volverte a comprar. La verdad daba pena ver aquel orégano prieto que contaminaba al bueno; esto era lo que más temía el comprador.

Quince, treinta, cincuenta y hasta cien pesos llegué a recibir en pago al trabajo y el esfuerzo; era un dineral para mi estatura y mis necesidades, me sentía rico. Al principio me compré golosinas hasta que me harté, pero luego me alcanzó para un pantalón, camisa y guaraches. La última temporada pude comprar una becerrita en trescientos pesos que se convirtió en una vaca muy tardía en dar crías y mala para la leche. Al último mi papá me hizo topillo con ella, nunca vi fruto alguno de esa compra. Mis raspones ya se habían curado, las asoleadas ya se me habían olvidado y mi vaca se murió desbarrancada en El Paso de la Iglesia. El único becerro que tuvo lo vendió mi padre y dijo que lo había invertido en mis estudios. A lo mejor ni la vaca se murió en la barranca ni mi papá se gastó el dinero en mí, por eso siempre he creído que mi padre me hizo topillo.

La barranca de Enfrente es una región semiárida donde se ven en fila cerros arrugados que hacen parecer más grandes las distancias. En esos cerros abundaba el orégano, solo que había que meterse a aquellos sitios inhóspitos, casi virginales, donde el silencio era tan intenso que solamente era interrumpido por las chicharras al calor del sol de la tarde, cuando llamaban la lluvia con su ruido ensordecedor.

A esa barranca fui alguna vez con Manuel el Güero a cortar orégano, en un arroyo profundo del cerro de El Plato. En un claro entre el breñal hicimos un patio y dejamos ahí nuestra planta a secar. Tres días después lo fuimos a recoger: seis costales reñchidos de olorosa yerba, seis bultos bien prensados, seis tesoros.

Muchos otros fueron los lugares visitados, a veces solo y a veces con la palomilla: Pancha, la Chata, Rafael y otros. El lugar: Los Amoles, El Huizachal, El Rancho de la Virgen, La Loma o La Manga del Orégano. Por la ubicuidad de la planta era seguro



encontrarla en cualquiera de los puntos cardinales. De aquellos potreros regresábamos con el orégano en la espalda o con uno o dos costales ya listos para la venta. Qué felicidad era volver a casa con nuestra preciosa carga tras el sol que se ocultaba dejando la tarde gris y luego la noche oscura. Qué importaba el cansancio y la fatiga, que la noche se encargaría de reparar nuestras fuerzas y el sueño acrecentaría nuestra dicha.

### Los bueyes

Apenas se percibía su movimiento, parecía que caminaban en cámara lenta en los labrantíos del potrero de Los Robles. Eran bueyes cansinos, bien domesticados y adaptados al tiro del arado.

De los bueyes que me acuerdo es de los de mi apá Rafail porque tenía muchos. Yo llegué a contar hasta cuarenta en el corral de su casa, cuando los juntaba al inicio de la temporada de lluvias, época en que acudían de las rancherías cercanas a rentarlos para la siembra. Venían del rancho de Los Cardos, de la hacienda de El Epazote, de la Estancia de García, del rancho de Bartolo, de Huejuquilla y de otros lados. En casi toda la región los bueyes de mi abuelo eran fuerza de trabajo para sembrar. Ahí en San Pablo otras gentes también tenían bueyes para renta, y una de ellas era mi padre, que tenía unos quince o veinte animales. Los demás eran vecinos, como don Zenaido Raigosa, don Felipe Montoya y don Manuel Sánchez. Otros tenían bueyes casi nada más para su trabajo.

Bien que recuerdo el ambiente del corral de mi apá Rafail: cuernos, pezuñas y pelajes con figuras de diferentes formas y tonos. Los había negros, barrocos, bermejillos, joscillos, pintos y colorados; con grandes cornamentas y con cuernos pequeños, unos dirigidos hacia atrás, otros apuntando al cielo y otros hacia el frente; con joroba como el cebú o sin ella como al que le llamábamos corriente; de tamaño variado, desde el pequeño de 300 kilos hasta el majestuoso cebú de más de 500. En esta bueyada se mezclaban toros y toretes para la amansa, los cuales se mostraban inquietos y asustadizos.

A mí me gustaba ver aquel corral lleno de bovinos con mirada perdida, rumiando en la reverberación del sol veraniego; algunos de ellos cuando estaban echados parecían estatuas que emergían de en medio de la tierra. Las moscas se posaban con impunidad en aquellos lomos espaciosos y fuertes, formando masas negroides espantadas a intervalos por las oscilaciones de la cola del animal. De lejos esta era la única señal de que aquella bestia tenía vida. Si te acercabas podías ver sus ojos legañosos, que se abrían y se cerraban, y el rítmico movimiento de sus quijadas en la rumiación.

Animales indispensables para la agricultura en aquellos ya remotos tiempos, con un destino desde el nacimiento, pues apenas eran unos becerros mamonos se les destetaba de su madre y luego, ya toretes, se les destinaba a la amansa y, al final de esa temporada, se les castraba; se decía que enteros aguantaban mejor la friega de la primera yunta. Mi padre era el cirujano que hacía esas operaciones pues era el único en el rancho que las sabía hacer; no sé cuándo, ni de quién ni dónde lo había aprendido.

Cuando se capaban estos animales, con sus testículos, que los pobladores llamaban criadillas, se hacía un rico guisado.

El año de amansa era un tormento para el toro. El pobre animal, con el cuerpo sudoroso, retorció su testa tratando de liberarse del yugo, daba reculones y pateaba el suelo; se defecaba y se orinaba, pero todo era inútil porque estaba bien sujeto, atrás tenía la piqueta del labrador, que lo obligaba a tirar hacia adelante, y al lado el jalón del otro buey, acompañante de su desgracia. Así eran los primeros días. Después había de seguir al buey manso que le ponían de ejemplo y luego, al final de la siembra, veías al animal antaño bronco jalando mansamente. Al año siguiente, ya capón, lo veías a la hora del sesteo rumiando tranquilo junto a su par en posición casi paralela, como si aún trajeran el yugo. En los primeros días de amansa los toretes acababan con el trasero lacerado de los piquetes, algunos de ellos dados con saña por un labrador cruel y colérico. Como la domesticación era una labor ardua no se pagaba renta ese año y, si el toro resultaba bueno en la yunta, era del amansador para la siguiente temporada, pero ahora sí con paga normal de renta.

La rutina de las yuntas consistía en uncir los bueyes a las primeras horas de la mañana, de preferencia al alba para que, cuando el sol despuntara en el horizonte, ya estuvieran el labriego y el sembrador en acción, aquel abriendo el surco y este depositando la semilla. Mediodía era la hora de sestear, para evitar en lo posible la hora más calurosa y para esperar a la hermana o la esposa con la canasta de comida caliente. Después de comer no caía nada mal un descanso bajo la sombra de algún huizache, mientras los bueyes bebían agua y pastoreaban un rato. Enseguida había que uncirlos de nuevo para la segunda jornada del día, hasta que se metía el sol.

Era usual ver las yuntas aquí y allá en aquel potrero de Los Robles, lleno de milpas, ahora convertido tristemente en un huizachal solitario. Aquellas estampas hombre-bestia, en medio de la tierra gris del principio de las siembras, son solo recuerdos. Figuras emblemáticas de una época primitiva en el cultivo de la tierra y que ahora vemos solo en forma esporádica, como vestigio histórico, en algunos lugares de México.

Los bueyes de mi apá Rafail ya están solo en mi memoria. Las milpas que con su trabajo hacían crecer, también. Los binomios hombre-bestia, lluvia-sol, hacían posible los milpares que jiloteaban en septiembre; tiernos pelos de elote brotaban de aquellas mazorcas en ciernes. Era milagroso que brotara aquella planta en una tierra tan pisada y endurecida, una tierra quemada por aquel candente sol de primavera. Por ello a todos los que sembrábamos nos daba orgullo ver aquellas plantas ondear al viento y al rato poder disfrutar de un elote o de una tacachota, que era una tortilla de maíz tierno endulzada con azúcar. Los mexicanos somos los hombres del maíz: tostadas, tacos, pozole, pinole, esquite, ponteduro y atole. Amén de que la tortilla ha sido y es la acompañante de casi todas las comidas.

Ya cuando la tarde estaba muriendo nos reuníamos en la Cruz de los Callejones o en el patio de la Santa Cruz para la chorchita sobre el temporal, lo avanzado de la siembra o el crecimiento de las milpas. Mientras tanto, los bueyes descansaban en sus respectivos

corrales, mascando aquellos rastrojos viejos con lo que se les alimentaba al inicio de la siembra; ya cuando había pasto verde en los potreros se les dejaba en ellos para que pastaran libremente.

Tengo muy presente en mi memoria el olor a sebo de las jarcias y el barzón, así como también el olor a tierra mojada en las primeras lluvias. Terminado el ciclo, los bueyes de mi apá Rafail y otros regresaban a San Pablo. Estragados y flacos los llevábamos al Potrero Viejo para que se repusieran un poco.

### Rancho de aguas

Algunos vecinos de San Pablo se desplazaban en el periodo de lluvias a lo que se conocía como rancho de aguas, para estar más cerca de los barbechos y así aventajar en las labores de la agricultura, como la siembra, el repaso y la segunda. Terminados estos procesos, regresaban a San Pablo, aunque algunos lo hacían hasta que se terminaba el agua bebible en los alrededores de aquel ranchito.

En realidad eran unos cuantos los que tenían rancho de aguas: don Manuel Sánchez y don Zenaido Raigosa se iban a Los Robles, don Felipe Montoya a Las Vacas, mi apá Rafail a La Yedra y nosotros a Las Abujas.

Nuestra familia permanecía en el rancho de aguas alrededor de tres meses, junio, julio y agosto, y regresaba a San Pablo cuando empezaba a haber elotes.

Recordar el inicio de aquellos traslados no deja de causarme cierta gracia. Desde la víspera de la partida teníamos que aprevenirnos con los utensilios indispensables, los que metíamos en costales de ixtle para ser cargados al día siguiente en los burros. Era una tarea que hacían mi madre y hermanas mayores. Debí de ser algo difícil para ellas seleccionar, entre la pobreza de objetos que teníamos a nuestro servicio, los que estaban más viejos y deteriorados para llevar a Las Abujas, o sea, escoger lo más peor entre lo peor.

Parecidos a los húngaros, cargábamos con unos cuantos trebejos: petates, colchonetas, ollas, apastes, baldes, vasos, platos y un molino para moler el nixtamal. También llevábamos maíz, frijol, manteca, harina, pastas, chile de teñir y especias. Nuestra indumentaria consistía en huaraches de tres puntadas, también llamados de holcapoya — para cuidar los que teníamos de mejor calidad, hechos en Colotlán o Monte Escobedo—, sombreros viejos y los pantalones más desgastados y descoloridos que teníamos. Casi puras garras, pues, porque los menos peores los dejábamos para engalanarnos los fines de semana, o, como decíamos en lenguaje coloquial, para dominguear, pues ese día nos poníamos nuestra mejor ropita, o la menos peor, para ir de paseo a San Pablo. Ilusiones de muchacho, porque no era más que ir de un rancho a otro a ver las mismas piedras y las mismas caras.

Nuestra vivienda en Las Abujas constaba de tres habitaciones pequeñas: la cocina y otras dos para dormir y para guardar los aperos de labranza. Las tres piezas eran de piedra sobre piedra, enjarradas solo en su interior con una pequeña capa de barro, los techos de

tierra y también el piso. Estas paredes y techos apenas nos cubrían de las inclemencias atmosféricas, porque muchas noches, cuando la tormenta se convertía en vendaval, las goteras no nos dejaban dormir.

La casita todavía sigue en pie, aunque medio en ruinas. Desde ahí se divisan los peñascos de la barranca de El Mite, ya que está en el borde superior de la ladera. Si se baja por el arroyuelo hasta el borde mismo del precipicio, se puede admirar la magnificencia de la barranca, con aquellos riscos tan cercanos que parecen platicar amistosos entre ellos. Desde ahí los dos enmarcan un panorama de frondosos árboles y vegetación exuberante que, como alfombra verde, se extiende hasta el río. Arrimado al borde de la roca se puede disfrutar del suave y fresco viento que como una caricia se deja sentir en el rostro, y al mismo tiempo ver el agua cristalina que baja lenta por el cauce del arroyo y que luego se precipita sin miedo al vacío. A lo lejos el río se ve como un hilo de plata que espera a estas aguas, para juntas recorrer el camino hasta el mar. Ahí nuestra imaginación infantil se desbocaba. Imaginaba en aquella selva virgen la existencia de animales peligrosos como leones, tigres y lobos. Nos alegraba pensar que estábamos a salvo por aquella barrera natural. Sobra decir que de todos modos no corríamos ningún peligro, porque aquellos animales solo estaban en nuestra mente. Si acaso había animales, eran inofensivos para el hombre: zorros, coyotes, gatos monteses, techalotes y aves.

Por la tarde del día de nuestra llegada nos medio instalábamos, ya que al día siguiente debíamos estar listos para empezar la siembra. Comenzábamos casi siempre en el barbecho de Las Abujas, que era el más cercano a la casa. Luego seguíamos en el barbecho de La Media Anega, para terminar en El Barro. Levantábamos dos yuntas de maíz —cada yunta era una anega, es decir, 55.5 litros de semilla sembrada— y una superficie pequeña de frijol. Me acuerdo que los primeros días el campo lucía gris, pero a medida que pasaba el tiempo el panorama se volvía verde. Veíamos los brotes tiernos emerger como magia de la tierra y luego, poco a poco, las flores tempraneras que acompañaban al olor a tierra mojada.

Al terminar las labores cotidianas regresábamos paso a paso al hogar, a compartir el pan y la sal alrededor de la pequeña chimenea de barro. Aquella convivencia era como un remanso de paz para el cansancio, porque alimentábamos nuestro cuerpo con tortillas y frijoles, y nuestro espíritu con la armonía y hermandad que se respiraba en aquel ambiente familiar en medio del campo. Desde luego que no todo era color de rosa, que había roces y desavenencias, pero nunca fueron de importancia tal para opacar todo lo bueno que se vivió en ese bello ranchito de aguas. Por ejemplo, la cena que era muy sencilla, pero la disfrutábamos porque, como le decía don Quijote a Sancho Panza, “el mejor condimento del alimento, es el hambre” y nosotros la teníamos de sobra. Por eso aquellas tortillas recién salidas del comal, aderezadas con queso o jocoque, o bien un simple taco de frijoles, eran auténticos manjares.

Que el trabajo era duro, no cabe duda, pero no todo era trabajo. Había días tranquilos en los que nos podíamos divertir. Por ejemplo, cuando se suspendían las faenas por causa

de tormentas que anegaban las sembraduras y que nos permitían tardes de esparcimiento.

Había dos entretenimientos que a mí me gustaban mucho. Uno era ir al barro, ahí por el zanjón de El Potrero Viejo, y con él moldear figuras. En ello nos pasábamos las tardes sin sentir el paso del tiempo, porque era un juego muy creativo confeccionar figuras que nuestra imaginación forjaba: vacas, toros, burros, caballos, jinetes y sillas de montar, los hombres, y muñecas, cacerolas, metates, cucharas, las mujeres. Luego los poníamos a secar al sol para jugar con ellos los días siguientes.

La otra diversión era ir de paseo por El Potrero Viejo en busca de sirgüelillas que crecían en matas rastreras cerca del peñasco. No siempre las encontrábamos, porque a veces las ardillas se nos adelantaban, así que el día en que al acercarnos a las matas las veíamos amarillear, llenas del preciado fruto, nuestra alegría era total. Desde el mismo hallazgo hasta saborearlas era un deleite sin igual, y la aventura se convertía automáticamente en un éxito. La felicidad que experimentábamos no era para menos por dos motivos: uno era la avidez de golosinas, muy propia de los niños, ya que estas frutillas suplían muy bien los dulces y los chocolates; la otra razón era que encontrar aquellos frutos en ese predio donde lo que abundaba eran robles y huizaches se convertía en un fenómeno mágico. Qué rico recordar aquel sabor agridulce que estimulaba nuestras glándulas salivales. Un sabor y un olor muy especial y único, como el que tiene cada fruta en su estado natural. A veces encontrábamos tantas que había para llenar el estómago y para llevar a casa. Cuando así pasaba, llenábamos las bolsas del pantalón y contentos regresábamos a compartir el fruto con los papás y demás hermanos.

Si no hallábamos sirgüelillas, nos consolábamos comiendo jocoyole, aquella pequeña planta que abundaba en los llanos, y El Potrero Viejo no era la excepción. Cierto que no era lo mismo, pero su sabor agrio nos quitaba la resequedad de la boca y, bueno, también nos gustaba la salivación que provocaba comerlo. Ya en casa, con unos granos de sal se saboreaba mejor.

Mis hermanas Pancha y la Chata eran mis acompañantes, porque mi hermana Tola solía estar con mi amá Locha, y se han de acordar muy bien que nos acercábamos al borde de aquel enorme precipicio y nos asomábamos con emoción y miedo. Una sensación extraña que nos aceleraba el ritmo cardíaco y la respiración, aun cuando lo hacíamos con todo cuidado y tirados en el suelo como lagartijas. Cuando estabas tan cerca del abismo que podías ver el fondo de la barranca, un viento suave rosaba tu cara como un anticipo de lo que podría ser una caída libre. Sería por eso o por quién sabe por qué, pero el caso es que se percibía una atracción, como un pequeño imán que te invitaba a acercarte un poco más, un poco más. Por supuesto que lo hacíamos solo en el pensamiento y eso bastaba para aterrorizarnos. Ya nos imaginábamos cayendo hasta el fondo sin lograr llevar vivos al suelo. Cuando le platicábamos a mi amá Locha esta aventura, sobre todo la atracción sobrenatural que nos incitaba a acercarnos al abismo, ella decía: “Era el diablo, hijitos, era el diablo”.

Otro lugar que visitábamos era una gran abertura que también estaba al borde del risco. Nos asomábamos y solo veíamos negrura, pegábamos la oreja al suelo y solo escuchábamos el silencio. Igual de miedo nos daba tanto acercarnos como asomarnos, porque decía la gente que aquel hoyo tenía como fondo el mismo infierno y que si teníamos el infortunio de caer en él, iríamos directo y sin escalas a la guarida de Satanás. La gente le llamaba abras a estas resquebrajaduras de la tierra, una palabra que me imaginé siempre que era salida del folclor lingüístico regional y que hacía alusión al hecho de que la tierra en ese lugar estaba abierta, aunque después descubrí que su origen no es de San Pablo.

Llegaba el domingo, el día en que nos íbamos del rancho chico al rancho grande. Nos alegraba el encuentro con los primos que habíamos dejado de ver y, cuando ya andábamos de enamorados, ir al encuentro de la noviecita linda o, por lo menos, la que empezaba a ser la dueña de nuestros pensamientos y de nuestro corazón. Si la chica ya era nuestra novia, pero ni ella lo sabía, entonces por lo menos íbamos con la palomilla de muchachos a bañarnos al arroyo o a la presa. Ahí, al calor de la tarde, acostados como iguanas sobre los tepetates calientes, platicábamos con el primo sobre aquellas pretensiones amorosas, lo cual cuando menos servía de catarsis o, en el mejor de los casos, aquel confidente nos incitaba a la acción o se nos ofrecía como recadero o alcahuete.

Una de las cosas que me causaban mucha curiosidad y admiración eran los cambios que había sufrido el rancho en nuestra ausencia. Por efecto de las lluvias, los corrales, las huertas y los callejones estaban adornados de matas verdes: quelites, verdolagas, toloache, maravillas, matas de toritos y de chivitas, etcétera, etcétera. Ahí donde en las secas había estiércol y tierra empolvada, emergía la vida. No solo los matorrales crecían, también los mezquites, los zapotes, las higueras, los ocholes y los colorines del arroyo. Pero algo más sustancioso era la nopalera a donde, después del baño, íbamos a disfrutar aquellas tunas rojas, dulces y jugosas que hacían las delicias de chicos y grandes. Eran estas las famosas tunas de Castilla.

Ya por la tarde, antes del anochecer, se acababa el domingo y teníamos que regresar al rancho de aguas para el día siguiente iniciar otra semana de friega. Pero íbamos reconfortados por el buen tiempo que habíamos pasado y nuestro espíritu se había nutrido con la convivencia con los amigos y primos, con la novia o candidata a serlo y con el descanso y el baño en el arroyo, de donde nos llevábamos el aroma del oloroso orégano y, en la retina, la fantástica imagen de la blanca y reluciente flor de jacalasucho.

#### Cargas de leña

Como una de las muchas tareas poco agradables en el rancho estaba la de ir por leña. Rafael y yo éramos los jornaleros, mi padre nada más ordenaba; era el jefe de familia, así tenía que ser. Los oficios de leñador, cargador y arriero eran trabajos rudos y no me gustaban, pero eran ocupaciones esporádicas que formaban parte del quehacer del campesino.

Los burros la pasaban peor que nosotros. Eran invitados a la preparación del banquete, pero no a la boda. El sufrimiento de los burros no se limitaba a que fueran usados como bestias de carga, ese era su destino, sino que además eran maltratados y mal alimentados. Flacos y con pasmadas en el lomo, sufrían la pesada carga. La insensibilidad de los dueños al dolor de estos animales era cotidiana y arraigada en todos los del rancho. A la vista de la llaga del jumento le dábamos la espalda, así como al horrible mosquero rondándole la herida. No importaba que sanara o no, que si se ocupaba al día siguiente nadie se tentaba el corazón para ponerle el suadero sobre aquel lomo herido.

La importancia de la leña era obvia pues era el combustible para cocinar. Si se traía del potrero de Los Arroyos era roble o encino, pero se podía conseguir huizache en todos los alrededores del rancho, como en la barranca de Enfrente, en Los Amoles o en El Huizachal. La leña era gratis y había en muchas partes, pero aun así en muchas casas escaseaba. No todos los jefes de familia eran responsables.

Hacerla de leñador ocupaba casi todo el día. En mi casa se iniciaba en la mañana, con la traída de los burros de la manga del Frentón. Había que ajuarearlos y luego almorzar muy bien.

Para ir a Los Arroyos la ruta era La Carretera, El Llanito, la manga del Callejón Ancho y el potrero de Las Sirgüelillas. Una corta desviación a la derecha para llegar al potrero. Eran tiempos de secas, el arroyo estaba sin agua, las piedras quemadas por el sol, el paraje lóbrego y desolado; solo estábamos nosotros. En Los Arroyos los únicos árboles verdes eran los robles y entre aquella fronda lo único que se escuchaba era el silencio interrumpido por el golpe del hacha sobre el árbol. En el ínterin se podía escuchar el ruido de las hojas arrastradas por el suave viento de la tarde. La tierra estaba desnuda y desperdigados uno que otro matojo requemado por el sol. Aunque sabíamos por experiencia que los robles reverdecen en esa época del año, ver aquellos robles frondosos en medio del páramo pedregoso no dejaba de maravillarnos.

Ahí vino a mi memoria que en ese mismo lugar fue asesinado a mansalva don Francisco del Real Ávalos, hermano de mi apá Rafail, como continuación de las dificultades entre los Suárez y los del Real.

Teníamos que adentrarnos en el potrero en búsqueda de árboles secos. Encontrar un árbol grande y bueno era una suerte, porque de ahí sacábamos toda la carga. A veces grandes troncos caídos no servían porque estaban podridos o carcomidos por comején y polilla. Si el hacha rebotaba al impacto con el palo era señal segura de que habíamos encontrado un buen tronco; acto seguido lo cortábamos en trozos de unos 80 centímetros para poder transportarlos.

Cuando encontrábamos pronto un buen árbol, el regreso a casa era a las dos o tres de la tarde. Cuando no ocurría así, el arribo era ya metiéndose el sol.

Alguna vez hicimos leña de árboles verdes y en ese caso el trabajo era mucho más fácil, pero no había justificación para esto habiendo tanto árbol seco. Derribar un árbol adulto que había tardado diez o quince años en crecer sería considerado hoy en día un acto de inconsciencia ecológica, cuando no un crimen. En ese entonces ya existía la advertencia de que era un delito forestal, pero como no había vigilancia a nadie le importaba y nunca hubo inculpados.

Esta leña verde hacía batallar mucho a las mujeres en la cocina y las hacía enojar, con sobrada razón. Era soplar y soplar, humareda y ardor de ojos y aquella leña maldita no ardía. Además, ninguna casa en San Pablo tenía ventanas, y las cocinas solo tenían un pequeño tiro por el que no alcanzaba a salir todo el humo. Era muy injusto que las mujeres, que siempre tenían mucho trabajo, tuvieran además que soportar esto. Los hombres, con el deber cumplido en apariencia, se iban a huevonear por allá al patio de la Santa Cruz, mientras a ellas ya se les había acabado el aliento de tanta sopladera. Como decían por allá, esas eran chingaderas. Tengo tan presente aquellas escenas que me parece estar viendo a mis hermanas Sara y Amanda con la cara enrojecida por el esfuerzo y el ceño fruncido.

Durante algunos años mi padre le pagó a Fermín Olague para que cortara leña verde, pero en esas ocasiones se dejaba unos dos meses en el potrero y ya seca la llevábamos a casa.

Para hacer la carga se hacía un tercio a cada lado del burro y luego otro arriba, como coronándola. Se hacían fuertes amarres para tener un regreso tranquilo a casa. Llevábamos de cuatro a cinco burros bien cargados, con lo cual tendríamos leña para muchos días. Eso nos daba cierta tranquilidad, aunque no tanta como hubiéramos querido porque cuando estaba próxima a acabarse mi padre se mortificaba y regañaba a las mujeres por no cuidar la leña, por gastonas, pues. Para nosotros era el aviso anticipado de que se acercaba otra jornada a Los Arroyos y eso era para nada un paseo de enamorados.

Se acababa la leña y no en todos los hogares se volvía a surtir a tiempo, por lo que algunas mujeres tenían que ir a juntar barañas a los alrededores del rancho mientras sus maridos o sus hijos andaban por ahí perdiendo el tiempo.

Después de la jornada llegábamos cansados y con hambre, pues los tacos fríos que habíamos comido habían servido solo como un detente o, como se dice hoy, un *snack*.

A la distancia de aquellos días me veo bajar al rancho con los burros cargados de leña, descargarla, apilarla y al rato saborear una tortilla cocinada con aquella leña.

Todas esas imágenes que una vez estuvieron plasmadas con precisión en mi retina se van haciendo brumosas con el paso de los años, pero han ganado valor porque están teñidas por la melancolía de un tiempo que se ha ido como el agua entre las manos. Ya no está el disgusto por el trabajo sino el recuerdo de las vivencias, que reaparecen en el alma de un viejo enamorado de su pasado.



Todo este relato se agranda un poco porque ahora en San Pablo los pocos vecinos que quedan usan gas butano. Entonces lo dicho aquí es historia pura y esas reminiscencias de las cargas de leña están más que nunca cargadas de nostalgia.

### El baño

En ningún casa, que yo recuerde, había un lugar exclusivo para bañarse, un lugar único, privado y oculto de posibles mirones. Eso quiere decir que la gente le daba poca importancia a este hábito de confort y salud. Así pues las cosas, las mujeres se bañaban en cualquier lugar improvisado de la casa y le pedían a una hermana que la hiciera de vigilante. La otra alternativa era bañarse en el arroyo en prendas de camisón y con premura por el temor de ser vista por alguien de paso, sin intención o con ella.

La Pila Redonda es un lugar abierto, con la ladera de El Huizachal por un lado y el camino a la tarjea por el otro. Ese era un lugar de baño en tiempo de aguas. Otro era Las Canoitas, que está en medio de dos laderas medio boscosas y del camino que va a La Pila del Salto. Está más o menos oculto, cuando menos a los que pasan sin intención de fisgonear, por lo cual es inexplicable que fuera casi exclusivo para los hombres. Por eso, la mayoría de las mujeres prefería acarrear el agua y bañarse en su casa.

Lo anterior quizá explica la extrañeza del primo Manuel Sánchez cuando le dije que me había enseñado a nadar en La Pila Redonda. “Pero oye, Filiberto, ¿cómo que tú te bañabas en La Pila Redonda si ese era el charco donde se bañaban las mujeres?”. Pero yo recuerdo que la mayoría de las veces el charco estaba solo.

En el tiempo de aguas, cuando los arroyos rebosaban de agua limpia, la gente joven se bañaba más o menos cada ocho días; los viejitos y los infantes, como se podían resfriar con más facilidad, lo hacían de vez en cuando. Los chiquillos de seis años en delante que nos bañábamos en el arroyo lo hacíamos como los animalitos que forzosamente tenían que cruzar un charco. El jabón que usaban ellos era el mismo que usábamos nosotros, así que con el puro remojón imaginen lo limpio que quedábamos, de seguro que el olor a perro mojado era la constante después de ese baño, pero eso era lo de menos, lo que a nosotros nos importaba era la diversión del chapoteo y el relajo que armábamos. Tampoco nos importaba que la gente que pasaba por el camino nos viera en pelotas, no le hace que fueran mujeres las que se echaran un taco de ojo. Aunque, ya hablando en serio, las mujeres nunca han tenido esas malas costumbres. En cambio ellas sí tenían que cuidarse de los mirones, por eso, o no se bañaban en el arroyo o lo hacían con una camisa o camisón largo.

El baño en tiempo de secas era otro cantar, y en el invierno no se diga, porque en esa época bañarse era una hazaña. En esa temporada del año todos los niños éramos cinta negra sin ser karatecas: el grado lo obteníamos por la mugre acumulada de días o semanas, lo que no solo significaba pies y tobillos prietos, sino también costras y, en casos extremos, hasta tecatas de tierra en nuestras lindas patitas. Y, bueno, algo había de justificación para que llegáramos a esos extremos de desaseo. Si tomamos en cuenta que el rancho está a una altura de 1740 metros sobre el nivel del mar podemos

imaginarnos lo helada que estaba el agua del arroyo. Solo calentándola se podía disminuir el riesgo de un resfriado, así que acarreábamos el agua en mancuernas hasta la casa para calentarla en el fogón y así bañarnos con un poco de comodidad.

En Las Canoitas había agua todo el año, proveniente de un maravilloso manantial que está a unos cuantos pasos. En ese lugar, expuestos al viento, los más valientes nos bañábamos con agua fría a las tres o cuatro de la tarde, cuando el sol estaba en su máxima intensidad. Aunque lo más común era ver a un grupo de muchachos en una tarde de invierno, vísperas de Navidad, bajo aquella gran higuera con una gran tina —como las que usaban las mujeres para lavar en el arroyo— puesta al fuego en espera de que el agua estuviera caliente para bañarse. Que se bañaba uno a jicarazos era un decir, porque lo que usábamos para echarnos agua eran latas de sardina o vasos de peltre.

Muy poca veces había jabón de baño, de ese que la gente llamaba “jabón de olor” y que era muy apreciado. Hasta había una frase en una canción ranchera que lo mencionaba como metáfora de la belleza de una muchacha: “Ya estarás jabón de olor, ni que perfumaras tanto”. Cuando aparecía por ahí un jabón de esos, era de la marca Palmolive, una pastilla de color verde que a mí me hacía sentir bello. La mayoría de las veces era el jabón de barra, que utilizaban nuestras madres para el lavado de la ropa, el que usábamos para nuestro cuerpo; creo que a fin de cuentas ese jabón nos quitaba mejor las costras de mugre y las tecatatas de tierra.

¿Toallas para secarse? No, por supuesto que no había. Se secaba uno a brincos como los chivos. Esa prenda era casi desconocida en el rancho, cuando menos para los que estábamos enclaustrados ahí, como los niños. Ya el que había salido al norte, allá las habían usado o cuando menos visto. En la casa había una o dos de medio uso, por no decir viejitas y despintadas, que se guardaban para ocasiones especiales, como cuando nos visitaba el cura de María de la Torre, que siempre llegaba a nuestra casa, o cuando mi padre invitaba a almorzar a Gustavo Carlos en alguna visita que hacía al rancho. Este sujeto era objeto casi de veneración por la mayoría de la gente del rancho y nadie se animaba a ofrecerle una tortilla más que mi padre. Tenía fama de rico ganadero, pero en realidad no lo era en ese tiempo, quizá su padre sí y no tanto, lo que pasaba es que ellos vivían mejor que nosotros y como decía la gente “se daban paquete”: el pelao andaba en buen caballo, bien ajuareado y siempre bien vestido, y además era un viejo apuesto, así que todos estos motivos eran suficientes para que la gente se achicara frente a él. Aun así creo que se le tenía una deferencia muy superior a la que merecía.

Los cuidados que se daban al cabello eran los mismos que se daban al resto del cuerpo. ¿Champú? Ni soñado, pues su imagen no había aparecido nunca ante nuestros ojos y, como no se conocía, ni falta nos hacía. Sería mejor imitar a San Francisco, que decía: “Deseo poco y lo poco que deseo, lo deseo poco”.

¿Cremas para la cara o el cuerpo? Si acaso había algo, era la famosa Pomada de la Campana, que los adolescentes usaban con frecuencia porque decían que era buena para las espinillas. Yo no sé si para que se quitaran o para que salieran más, pues con lo grasosa que era se podía pensar que actuaba más aumentándolas que disminuyéndolas.

Esta pomada venía empaquetada en unas cajitas de metal redondas y pequeñas, de manera que se podían cargar en el bolsillo. La pasta era blanca nacarada y de un olor desagradable. A los chiquillos ni falta nos hacía, ya que muy pocas veces nos veíamos las caras porque casi no había espejos y, aparte, a esa edad nos importaba un comino nuestra apariencia. Nosotros nos veíamos en los charcos de los arroyos, como el Narciso de Oscar Wilde se veía en la fuente de su jardín.

Ya más grandes y a imitación de lo que habíamos visto en nuestros hermanos y hermanas, y desde luego por la necesidad, ahora sí, de vernos bien, nos agenciamos de aquellos pequeños espejos que llamábamos lunas, que podían cargarse en la bolsa del pantalón. Qué bien nos servía este artefacto para revisar nuestra cara antes de ir con la novia o antes del baile o la kermés.

En San Pablo bañarse se convertía muchas veces en una monserga, sin contar que tardabas más en hacerlo que en volverte a enmugrar. Tierra y polvo por todos lados en las secas, barro y lodo en tiempo de lluvias. Total, que era un trabajo casi inútil y muy pesado para las mujeres, que con tanto sacrificio lavaban y planchaban la ropa para que al día siguiente apareciera aquella línea de mugre en cuellos y puños.

Cuando la capa de mugre se transformaba en una verdadera costra, cosa no tan infrecuente, la gente: “Yo no me baño porque la cáscara guarda al palo”. Y sí, había gente que no lo tomaba tan en broma, porque se bañaba casi de vez en nunca, ni siquiera, como se decía cuando algo ocurría muy rara vez, cada venida de obispo. Para qué decir nombres, sabemos quiénes eran ellos y si los mencionara la lista se haría extensiva a casi todos los viejitos del rancho. De esas personas se decía entre bromas y veras:

—Fulanito se baña cada miércoles.

—¿Cómo, a poco sí?

—Sí, pero cada Miércoles de Ceniza.

#### Tesoros enterrados

Hablar de tesoros es abrir las puertas de la fantasía y de la imaginación, sobre todo si se es niño y relativamente pobre. Tienes ganas de dulces y no hay dinero, quieres un pantalón nuevo y solo en sueños, quieres ir a la fiesta de Temastlán y no se puede porque no tienes ropa de verse, y así por el estilo. En esas circunstancias te emocionas si te vienen con el cuento de que hay tesoros escondidos en cuevas oscuras y peligrosas o en los patios y paredes de casas viejas. Te ves de repente dueño de un montón de dinero para comprar todas esas cosas que has deseado y que no has podido tener.

Quién de niño no ha escuchado con fascinación historias de grandes riquezas en monedas de oro y plata, resguardadas por brujos y hechiceros malvados. Tesoros que tienen una maldición por ser producto del robo o de asesinatos de gente inocente e indefensa, como viudas, niños o ancianos, y que por eso es muy difícil sacarlos de las cuevas o desenterrarlos.

Hay muchas leyendas y supersticiones al respecto. El tesoro se puede convertir en carbón cuando surge la envidia entre los que lo encontraron o, al pretender sacarlo, la puerta de la cueva se cierra y no se vuelve a abrir hasta que el tesoro vuelve a su lugar. Te puedes envenenar con el gas que el tesoro acumuló por estar tanto tiempo enterrado y, si al final logras sacarlo, no puedes disfrutarlo hasta que cumplas con los requisitos que un alma en pena te pide para poder salir del purgatorio: socorrer a los pobres, edificar una iglesia o enterrar en el camposanto a aquel difunto que en el monte duerme el sueño eterno, al que le quitó la vida.

El argumento, quizá un poco falaz, de que hubiera tesoros escondidos, es que en aquellos tiempos no había bancos y la gente no encontraba una forma más segura para su dinero que enterrarlo.

Mi padre decía que eran puras mentiras porque, si bien era cierto que no había bancos, tampoco había dinero. La gente estaba muy pobre y los que tenían dinero se lo llevaban a las ciudades. Eso fue lo que al menos mi padre vio, pero ¿qué tal las generaciones antes que él? En tiempos de la Revolución Mexicana y de la Guerra Cristera hubo mucho bandidaje, aunque, que eso obligara a los ricos o a los ladrones a guardar su dinero de aquella forma, está dudoso.

En San Pablo las personas más viejas se referían a estos tesoros como *relaciones*, y yo los escuchaba alelado contar sus leyendas. Me iba a la casa y esa noche soñaba con montones de monedas de oro entre mis manos que brillaban intensamente a la luz del sol y que yo con avidez guardaba en las bolsas del pantalón hasta que rebosaban y se caían al suelo y eso me causaba inquietud porque yo quería llevármelas todas. Al fin me decidía a irme y no podía porque ya no encontraba la salida y estaba en un lugar muy oscuro e insalubre que olía mal. Luego escuchaba una voz que me decía: “La única forma de salir de aquí es que dejes todas las monedas en su sitio, de otro modo nunca encontrarás la salida”. Y me encontraba en un gran dilema: ¿Cómo dejar así de fácil aquel tesoro que ya era mío? Pero el terror se apoderaba de mí al pensar que jamás saldría de aquel lugar y empezaba a sudar y a acelerárseme el corazón, y despertaba.

El hombre siempre ha soñado con la riqueza fácil. Por eso todo mundo habla de tesoros y hay adivinadores de la buena fortuna, que auguran riquezas al que los consulta y que lo único que hacen es abusar de la ignorancia y la ambición de muchos. También por eso abundan los juegos de azar, que son un gran negocio.

Hay dos relatos de tesoros que tengo aún en la memoria. Uno se refiere a don Blas del Real y el otro a mi apá Rafail, quien era mi abuelo paterno. Otro más, en que un pariente estuvo a un pelo de rana de volverse rico, fue de mi conocimiento hace poco. Los contaré en detalle y por separado, empezando por el cuento más antiguo.

Don Blas del Real, nuestro ancestro, tronco de un gran árbol genealógico, fue un hombre rico, cuando menos en sus últimos años de vida. En San Pablo se contaban dos versiones orales muy diferentes del modo en que este hombre había conseguido su fortuna.

Una contaba que don Blas, cuando llegó al rancho, era un hombre pobre que trabajó entre otras cosas de mezclero en aquellos años en que los gachupines hicieron La Presa cuando San Pablo era apenas una estancia de ganado, propiedad de un tal Xavier Mier y Terán, un hacendado que tenía su residencia en Jerez y que también era dueño de la hacienda de El Epazote. Al finalizar la Guerra de Independencia algunos españoles, huyendo de la trifulca, se fueron a España y nunca regresaron. Al parecer ese fue el caso de don Xavier, quien a su partida a la madre patria dejó a don Blas como administrador o encargado de sus bienes en San Pablo, ya que este había demostrado sobrada capacidad para tal encomienda. Al no regresar el dueño, don Blas se quedó con todas aquellas propiedades. Esta versión es poco creíble, pues no es tan fácil que alguien se desprenda así de una fortuna y, además, no existen testimonios documentales de que esto haya ocurrido de esa manera.

La otra versión es totalmente diferente, y era la que contaban con emoción nuestros abuelos. En esta hablaban de un don Blas arriero de profesión que, en uno de sus viajes a La Otra Banda, se encontró una relación.

Decían que don Blas fue a comprar maíz y frijol a Juanacatic, un poblado cercano a El Salitre, hoy Villa Guerrero. De regreso, en un lugar llamado El Cordón, se encontró con un vecino de San Pablo que le informó que el río estaba muy crecido, que a él le había costado trabajo cruzarlo y eso que venía solo; con los burros cargados y de noche sería muy peligroso.

Decidió acampar en aquel lugar, desde donde se veía el rancho en aquella tarde agónica. Descargó sus recuas y después de mordisquear unas gordas frías —eso sí, con un buen trago de pulque— se quedó dormido. Su descanso no fue tranquilo, pues soñó que le habían robado sus mercancías, y entre dormido y despierto escuchó una voz que surgía de la nada, pero que se quejaba de ser un alma en pena que no podía descansar en paz por haber dejado en aquel recoveco del camino un tesoro.

Don Blas abrió por fin los ojos y vio allá, junto a unas grandes peñas que estaban a unos cien metros, unas luces fosforescentes que salían de la tierra, se elevaban al cielo y desaparecían sin dejar huella. Se levantó de su lecho de tierra y encaminó sus pasos al lugar de donde provenían aquellas extrañas señales luminosas. Se fue acercando poco a poco, pues a cada movimiento de sus pies lo detenía el miedo, pero luego la ambición lo empujaba a seguir. Cuando estuvo al pie de aquellas piedras no encontró nada, excepto alguna lagartija que corrió asustada a esconderse del intruso, por lo que regresó a su improvisado lecho y, después de corroborar que ahí estaban todos sus burros y mercancías, se quedó, ahora sí, profundamente dormido.

En la mañana, ya con la luz del sol, nuestro personaje pensó que todo había sido producto de un sueño intranquilo, pero, más que nada por curiosidad, dejó marcado el sitio con un montón de piedras en forma de cruz. Cargó sus burros y continuó sin ningún contratiempo su viaje hasta el rancho.

Con el trajín de la vida diaria el asunto quedó olvidado. Solo después de algunos días, cuando venía de noche del ranchito de Los Robles, le pareció ver desde la cumbre de La Manga del Frentón señales lumínicas parecidas a las que había visto antes, que aparecían y desaparecían como por arte de magia. Las luces correspondían al mismo lugar en donde había dormido aquella noche, pero don Blas atribuyó el hecho a un fenómeno eléctrico atmosférico. “De seguro por ahí se está formando una tormenta”, pensó, y no le dio importancia al asunto.

Pasó el tiempo y don Blas tuvo que ir de nuevo a La Otra Banda a comprar maíz y algunas herramientas de labranza, como talaches, palas, barras y azadones. A propósito se quedó a dormir en El Cordón, junto a aquel montón de piedras que había dejado como señal.

Al oscurecer, don Blas empezó a escarbar en aquel sitio, pero sin resultado, por lo que a la medianoche, cansado y sudoroso, se sentó a un lado del paredón que había formado y se quedó dormido. De nuevo escuchó en el sueño aquella voz cascajosa que le decía: “Vengo de nuevo a implorarte que saques este tesoro, estás en el lugar preciso, no te desanimes”.

Don Blas se retorció en el sueño y despertó bruscamente por efecto de la pesadilla, sudoroso y con el corazón desbocado. Se levantó y al hacerlo vio una pequeña rendija donde había estado recargado. Había algo. Se agachó y con sus manos quitó aquella tierra suelta y sí. ¡Allí estaba el tesoro! No podía creer lo que veía, había encontrado la relación: muchos cántaros de barro repletos de monedas de oro y plata. Cargó con su tesoro esa misma noche y se encaminó al rancho. Decían que eran quince burros cargados de oro lo que encontró don Blas aquella noche. Esa fue, según decían los abuelos, el origen de la fortuna de don Blas.

A mí me fascinaba este relato, que más parecía cuento chino producto de la fantasía de la gente, y me lo creía. Ahora que puedo analizar aquello pienso que no había sustento para sostenerlo, porque una fortuna de tales dimensiones no se vio reflejada en los descendientes de don Blas, que eran pobres. Que el mismo don Blas y sus hijos se hayan acabado esa fortuna pudiera caber en la historia, pero de eso nadie hablaba. Lo que sí era evidente, porque yo lo vi, es que sus bisnietos, mis abuelos, eran pobres, pues poseían solo alguna yunta de tierra y sus manos para trabajarla. De hecho cuentan que mi bisabuelo Nicolás tuvo un tiempo necesidad de contratarse como jornalero en la hacienda de El Epazote.

Ninguna de las dos versiones de la riqueza de don Blas parecen verosímiles. Lo que sí parece ser cierto es que amasó una regular fortuna, porque de su peculio acondicionó la capilla para el culto a la Virgen del Refugio y construyó para sus hijos muchas de las casas que aún están en pie en San Pablo. Además, en Los Robles, que era el rancho de aguas de mi tía Esther, construyó una troja grande para almacenar el maíz que cosechaba en abundancia en aquellos llanos. Estas construcciones han aguantado el paso de los años y a pesar de eso, y del descuido, permanecen en pie, muestra de que fueron bien hechas. Un hombre pobre no hubiera podido construir tantas casas.

Hay otra leyenda de otro tesoro que don Blas desenterró en el potrero de La Herrereña, cercano al rancho de El Salto, igual de fantasioso e increíble que el anterior. De este no hablo en detalle porque casi es lo mismo en cuanto a la supuesta cantidad de dinero encontrada por este hombre que al parecer estaba bendito y lo seguía la diosa fortuna por dondequiera que iba.

El otro relato que de niño escuché en labios de mi apá Rafail trataba de una relación que un amigo de mi abuelito le había dejado como herencia, al confiarle en detalle el lugar donde estaba escondido. Mi apá Rafail nunca creyó ese cuento y lo platicaba en una actitud de incredulidad total. Este es el segundo cuento.

Mi apá Rafail tenía un amigo en la hacienda de El Epazote que se llamaba Pablo González, quien fungía como caporal de los Macías, viejos ricachones de Colotlán. Mi abuelo y don Pablo habían sido compañeros de viaje en sus años de juventud, cuando juntos fueron varias veces a la zona de Tequila, Jalisco, a la compra de mezcal que traían a lomo de burro por aquellas profundas barrancas de la Sierra Madre Occidental.

Con el tiempo, don Pablo se acomodó primero como vaquero en El Epazote y luego como caporal, mientras que mi abuelo continuó trayendo tequila y trabajando la tierra en San Pablo. Así pasaron los años y los dos amigos se hicieron viejos. Don Pablo se casó pero no tuvo hijos y mi abuelo fue el tronco de una gran familia.

Un día llegó un propio a San Pablo a avisarle a mi abuelito que su amigo Pablo se moría y que quería verle antes de su partida. No había tiempo que perder, si es que quería encontrarlo con vida, así que nada más comieron y a eso de las cuatro de la tarde mi abuelito emprendió el camino acompañado del mensajero. Llegaron a la hacienda al atardecer y encontraron a don Pablo en agonía, pero aún en sus cinco sentidos, por lo que, después de los saludos mínimos necesarios y sin pérdida de tiempo, don Pablo le dijo a mi abuelito lo siguiente:

—Mira, Rafail. Tú sabes muy bien que estoy solo en este mundo, que no tuve hijos, que mi mujer murió hace apenas un año y no tengo herederos. Tú eres mi mejor amigo y en prueba de esa amistad de toda la vida te quiero dejar una relación, que está escondida en una cueva de la barranca de El Mite, por ahí cerca de El Salto. Las señas para encontrar la relación son dos víboras pintadas en el peñasco. Para poder entendernos haz de cuenta que están paradas y con la cabeza una enfrente de otra. En la parte de abajo que se corresponde a la cola de las víboras está la entrada a la cueva, donde apenas cabe un fulano y que casi siempre está tapiada de yerbajos, y no se ve a lo lejos. Dirás que estoy loco al no haber ido a sacar la relación, pero pos es que cuando a mí me dijeron de la relación yo ya no podía caminar bien, mucho menos bajar el despeñadero, y no encontré a alguien joven y de confianza. Luego me acordé de ti que aunque ya también eres viejo pero menos que yo, y además tienes hijos que te pueden ayudar. Mira, Rafail, ese amigo que escondió la relación anduvo en la Refolufia y lo mataron. Un día yo estaba sentado en una banca del jardín de Jerez y un viejano muy ñengo se me acercó y me sacó plática. Después de un rato me dijo que estaba muy agüitado porque su vida había sido muy violenta habiendo cometido muchos robos y asesinatos, y quería recompensar aquello

para que Dios lo perdonara. Por su edad él ya no podía hacerlo y por eso me platicó lo de la relación. El viejo se fue y yo me fui a la cantina a echarme un trago y me encontré un amigo. Le conté el cuento y se sorprendió mucho con el nombre del viejo, porque había sido un bandido muy famoso en la región, pero que hacía muchos años que lo habían matado. Entonces aquella tarde estuve, Rafail, hablando con una ánima en pena. Después he escuchado en las noches su voz pidiéndome que le haga la caridad de sacar el tesoro para que con parte de ese dinero se haga una capilla y se dé caridad a los pobres pos solo ansina su alma encontrará la paz. Y como yo no pude hacerlo te procuré a ti, que eres mi mejor amigo.

Mi abuelo le aseguró a don Pablo que buscaría el tesoro, pero no cumplió su promesa porque nunca creyó en la existencia de tal tesoro. A mi papá Rafail le daba risa cuando platicaba aquello. Decía que eran puras fantasías de su amigo, causadas por su avanzada edad y por la enfermedad que lo había llevado a la muerte.

Platicando con un amigo de estas leyendas de tesoros que nos contaban cuando éramos niños, él se entusiasmó y me contó esta otra historia.

Mi amigo vivía en un ranchito cercano a María de la Torre donde sembraba como mediero. Un día a él y a su esposa se les hizo de noche en el barbecho, y al regreso a su casa vieron arder el pilar de la puerta del corral. Una y otra vez en medio de la oscuridad aquellas luces se elevaban al cielo y desaparecían, y cuando se acercaron se extinguieron. En esa casa asustaban, pues él había escuchado por las noches gritos de terror, ruidos de arrastre de cadenas, alaridos y lamentos, fenómenos que se supone ocurren en sitios donde hay dinero enterrado. Como el fenómeno luminoso se repitió, un día se decidió a escarbar y así lo hizo casi toda la noche. Lo único que encontró fue una hilera de adobes abajo del pilar, que no quitó por temor a tumbarlo y que su patrón lo corriera o lo metiera a la cárcel. Medio tapó el agujero y se olvidó de momento de aquel asunto. Una semana después, que regresaba de unos días de paseo en San Pablo, encontró el pilar caído y un gran hoyo donde habían estado aquellos ladrillos. Al poco tiempo, un vecino pobre empezó a comprar propiedades y ganado, convirtiéndose en rico de la noche a la mañana. Él había desenterrado el tesoro. Mi amigo se quedó triste, nomás mirando. Había tenido el tesoro en sus manos y lo había dejado ir.

Hijo de padre pobre, hijo pobre. Pero, aparte de pobre, mi amigo había sido apaleado y humillado por un padre violento que incluso un día lo siguió, cuchillo en mano, para matarlo por haberse atrevido a defender a su madre de una golpiza. Un año antes había sucedido lo mismo en un barbecho. En las dos ocasiones mi amigo logró evitar la tragedia corriendo como gamo. El miedo lo hacía volar. Quién hubiera creído que aquel padre que aparentaba una mansedumbre propia del caballo fuera capaz de aquellos desatinos. ¿Acaso así lo había educado su propio padre? Mi amigo heredó el carácter manso y dulce de su madre, y la brutalidad paterna no lo hizo perder su bonhomía.

Estas circunstancias de pobreza son uno de los factores por los que la gente inventa historias de tesoros enterrados. Tesoros encantados que solo pueden ser aprovechados por un destinatario en específico. Relaciones custodiadas por el chamuco, personificado



por feroces perros. Relatos que son, la mayoría, leyendas populares, aunque alguno que otro en realidad se haya hecho rico de esa forma.

Es la pobreza, pues, origen de estos cuentos fantásticos, donde la imaginación no tiene límites. Me tocó ver en aquellos años niños desnutridos por falta de aporte proteico, que al final murieron víctimas de infecciones banales. Esta pobreza es la que hace soñar. Cuando yo escuchaba aquellos relatos en boca de los ancianos, su voz adquiría una entonación especial y en sus ojos se advertía un brillo lúdico y vivaz. Seguramente estaban soñando despiertos.

### La ordeña

Algunas actividades de la vida del rancho no eran tan desagradables ni demandaban tanto esfuerzo, y la ordeña era una de ellas. La temporada de ordeña duraba alrededor de mes y medio, de mediados de agosto a finales de septiembre. Se elegían estos meses porque para entonces las vacas ya se habían repuesto un poco de los estragos de las secas y los becerritos, que nacían por mayo y junio, ya estaban más grandes; además, para agosto ya habíamos terminado la siembra y teníamos tiempo para otras actividades. En el resto del año solo ordeñábamos una o dos vacas que teníamos más cerca de la casa, en el corral y en La Manga del Orégano, para consumo familiar.

Mi padre, como la mayoría de los campesinos, se levantaba casi al canto del gallo. Este animal ha sido el despertador natural de la gente de campo y aunque en las ciudades es otro el modo de levantarse, se tiene la costumbre de decir, cuando alguien llega tarde al trabajo, que se le durmió el gallo. También el canto del gallo se ha asociado a las serenatas que los enamorados llevan a sus damas. Estas referencias son lo único que queda del canto del gallo en las urbes.

Un poco después del canto del gallo, oscurita la mañana, nos encaminábamos al potrero de Los Amoles por las vacas. Caminando entre huizaches y garruños transcurrían los primeros minutos de la mañana. A medida que la luz se hacía, se disfrutaba más del paisaje. El rocío que había caído en la madrugada te mojaba los guaraches y el pantalón hasta el nivel de las rodillas, porque el pastizal verde y llorón estaba ya crecido; era a finales de agosto y para esas fechas ya habían caído muchas gotas del cielo. Mención especial merecen las espesas nieblas mañaneras que te hacían ver los huizaches como grandes fantasmas.

Apenas iba saliendo el sol, allá por la barranca de Los Cardos, cuando ya llevábamos las vacas por el callejón de El Garabatillo. Llegar al corral y empezar el trajín de la ordeña significaban una y la misma cosa: vacas broncas asustadas que no permitían ni acercarse. Cuando las querías ordeñar tenías que lazarlas y atarlas al bramadero; entre patadas, sogazos y malayas —palabras groseras— lograbas pialar la vaca, es decir, atarla de las patas traseras y la cola. Todo eso, y el casi ahorcamiento del pobre animal, permitía que la ordeñadora se acercara. Una consecuencia lógica era que la producción de leche de estas vacas era para ponerse a llorar por lo escasa. Cómo podríamos pensar que aquel animal violentado y asustado diera leche; lo que daba era mucho trabajo y si la

conciencia hubiera estado presente en nosotros nos habría dado lástima el mal trato que le dábamos. La resistencia de esas vacas a ser ordeñadas era natural pues eran animales acostumbrados a andar en el potrero en manada y ese ajeteo era nuevo para ellas. Eso no lo entendíamos. Lo bueno era que solo las vacas nuevas se comportaban así, y ya con los años se iban amansando poco a poco, hasta la domesticación total. La mayoría, ya acostumbradas, se dejaban ordeñar sin aspavientos.

Obteníamos de treinta a cuarenta litros de leche en nuestros mejores tiempos, cuando se ordeñaban de quince a veinte vacas. De esa forma había leche no solo para tomar sino también para hacer queso, requesón y jocoque. Terminábamos con los guaraches mojados y llenos de caca de vaca, y con las manos un poco lastimadas de tanto jaloneo de riatas y sogas.

Tener leche y sus productos era una suerte porque aparte de ser ricos eran una buena fuente de proteínas. Con ellos se preparaban delicias culinarias como atole nalgón, gorditas de cuajada y arroz con leche; la calabaza y el camote no se disfrutaba bien si no era en un rico talinole. Pero el principal derivado de la leche era el queso que se elaboraba en dos formas, fresco y seco. El primero se preparaba únicamente en tiempo de ordeña —que era como desde mediados de agosto y durante un mes— para consumo inmediato, y el otro se colocaba en prensas y ya seco se almacenaba en zarzos para utilizarse en tiempo de secas. Con el queso se hacían tacos, quesadillas y se aderezaban platillos como enchiladas, chilaquiles, sopas y frijoles.

Después del almuerzo era bueno pasear la comida; en la huerta teníamos una nopalera y me ponía a cortar tunas o me entretenía con las gallinas viéndolas cómo picoteaban entre la tierra buscando nisticuiles, con la pollada tras ellas. A veces mi madre me mandaba a echarles maíz; era muy divertido ver el montón de gallos, gallinas y pollos pica y pica levantando los granos, hasta que dejaban el suelo limpio. Bien dice el dicho que de grano en grano llena la gallina el buche. En esas andancias a veces se encontraba un nido con hasta quince huevos, algunos de ellos ya podridos, los que la gente llamaba hueros, que cuando se abrían apestaban horrible. Qué agradable sorpresa encontrar aquellos huevos con los que mi mamá no contaba porque agarraba cuatro o cinco para ir a comprar golosinas al cuarto de mi tío Uriel. Como esto era un robo a mamá, se parecía un poco a la tatema de elotes que mis primos y yo robábamos de la milpa de don Salvador Huerta, lo que lo hacía aún más emocionante.

La mañana de ordeña terminaba para los varones cuando dejábamos las vacas en el potrero. Para las mujeres aquel trajín no acababa porque tenían que hacer el queso; injusta distribución del trabajo porque mientras ellas se sobaban el lomo nosotros nos íbamos por los callejones a jugar con los primos o a bañarnos en el arroyo. ¡Qué felices éramos!

#### La cueva de los Ladrones

En la ladera del arroyo que está al lado de El Llano hay una cueva sobre la que la gente contaba historias de tesoros guardados por ladrones en tiempos revolucionarios.

Hablaban de que era una cueva larga que llegaba hasta medio potrero. Pláticas que, por exageradas y fantásticas, excitaban la curiosidad de los chicos.

Haya sido porque soñábamos tesoros o por el interés que había despertado en nosotros explorar aquella cavidad subterránea, un día cuatro chiquillos, Guillermo García, mis primos Obistano Sánchez y Rafael del Real, al que le decíamos Rafailillo, y yo, subimos por aquella ladera, hasta la boca de la cueva. Todos teníamos unos ocho años de edad, menos Rafailillo, que tenía seis. Empezamos a meternos primero sin dificultad porque la entrada era grande, pero unos metros adelante se estrechaba a tal grado que llegamos a un sitio donde para avanzar era necesario arrastrarnos como lagartijas. Nos empezó a dar mucho miedo.

De ahí se regresó asustado Rafailillo. Los demás continuamos a pesar de la aprensión de que nos pudiera picar un animal o suceder otro incidente imprevisto. A medida que nos introducíamos más en aquel orificio estrecho, la luz se iba apagando hasta que quedamos en la oscuridad total. Respiramos un ambiente húmedo en donde el silencio era abrumador. Solo escuchábamos el latido acelerado de nuestro corazón y el aire al entrar y salir de nuestros pulmones. Tercos y ya un poco temerarios, avanzamos unos metros más, hasta que llegamos a un espacio abovedado, donde cabíamos sentados los tres. Cuando en la oscuridad la retina no registra ya imagen alguna, el miedo pone ojos en todo el cuerpo. Tocando con las manos aquellas húmedas paredes, pudimos darnos cuenta de que la cueva continuaba, pero ya era demasiado imprudente seguir más allá. El peligro era inminente y el poco oxígeno que había en aquella rendija se estaba agotando. Empezábamos a sentir opresión en el pecho, y aunque los bichos con los que nos habíamos topado no eran agresivos ni venenosos, eso no garantizaba que no nos encontráramos con otros que podrían ser incluso mortales.

El regreso fue menos difícil porque ya teníamos la seguridad de poder hacerlo y estábamos ansiosos de ver la luz. Habíamos descubierto que aquella hendidura en la tierra, más que cueva, era una rajadura estrecha, húmeda y maloliente.

Salimos con algunos raspones y encandilados por aquel sol esplendoroso que nos impidió por un instante ver aquella hermosa ladera verde. No había sido mucho el desgaste físico, pero me sentía cansado. De seguro lo que más pesó fueron las descargas de adrenalina por la emoción de la aventura.

Mi hermano Rafael me regañó cuando le platicué lo que habíamos hecho. Según su punto de vista fue peligroso habernos metido a aquella cueva, que bien pudo estar llena de serpientes ponzoñosas. Una mordedura hubiera sido mortal y aquella cueva nuestra tumba. Anduve pensativo y ansioso todo el día y tardé un poco en conciliar el sueño, pero al fin me dormí. Esa noche tuve dos pesadillas. En la primera me vi en el fondo de un pozo lleno de serpientes venenosas, que enseñaban sus filosos colmillos al abrir las fauces; aunque yo estaba muerto mi angustia era terrible y quería escapar, pero no encontraba la salida. De repente vi un túnel, pero no podía correr porque estaba atado por una especie de liana pegajosa que me inmovilizaba. Desperté muy asustado, pero a la vez aliviado porque solo había sido un mal sueño.

Al poco rato me volví a dormir y otro sueño pesado invadió mi cerebro. Ahora me estaba bañando en La Pila Redonda, que no tenía agua sino un líquido rojo espeso y oscuro como la sangre. Una mano invisible me zambullía y me soltaba hasta que casi desfallecía, y eso se repetía una y otra vez. Me desperté ahogándome en un sofoco de pánico que se fue disipando al despertar por completo. No me volví a dormir; eran demasiadas emociones y, además, ya comenzaba a amanecer.

Nunca les pregunté a mis compañeros cómo había sido su experiencia, pero tampoco les conté la noche de pesadillas que había pasado. No fueran a burlarse de mí y tacharme de cobarde. Ese día juré no volver a meterme en cuevas y mucho menos en aquella cueva de los Ladrones.

### Las pitayas i

Tiempo caliente y gris es mayo, mes de las pitayas. El sol cegador de esta época hace florecer en los cerros y laderas de la barranca a esos cactus espinosos cuyas flores se han de transformar en un colorido fruto. Es el sol, que como calienta los huesos del hombre calienta la tierra, el que hace posible su fertilidad. El agua que almacenan los pitayos cada temporada de lluvias es suficiente para que permanezcan verdes todo el año. En las laderas secas, entre árboles casi sin hojas, estos cactus maravillosos hacen crecer su fruto día a día, con precisión biológica, para que en mayo se abra y muestre al mundo sus colores. En cuanto llega el nuevo temporal, como a mediados de junio, las pitayas se acaban.

Donde solo se ven piedras y tierra suelta se levanta el tronco verde del pitayo, que se alimenta de las profundidades de la tierra y hace subir la savia hasta su punta más alta. Ahí es a donde debe dirigir el pitayero su gancho para bajar las hermosas y dulces pitayas, porque es donde el calor del sol las madura a la perfección.

Qué bien caía al paladar aquella fruta agridulce en las primeras horas de la mañana, cuando el estómago estaba vacío. Tarde se nos hacía que la pitaya fuera depositada en el suelo para quitarle las espinas y engullirla al instante.

Era un gusto ver desde lejos los árboles coloreando desde el rojo y el violeta hasta el amarillo y el blanco. Recuerdo que en una primavera bajamos solo a disfrutar de aquella fruta por una semana. Creo que fue en 1959, cuando yo tenía unos siete u ocho años. Íbamos toda la familia, excepto mi papá, que se había quedado a cuidar las vacas flacas que asistíamos en el corral hasta la temporada de lluvias. Éramos mi madre y mis hermanos Rafael, Sara, Amanda, Eustolia, Francisca, Vintila y Margarita, esta última de brazos. Mis hermanos Gonzalo y Víctor Manuel aún no habían nacido. También fueron con nosotros mi tío Alfonso, Abel Suárez y las hermanas de mi mamá Ema y Abigail.

Se preparó lo indispensable, como si nos fuéramos al rancho de aguas: un poco de maíz y frijol, cazuelas, ollas, vasos, cucharas y algunas frazadas. Esa vez acampamos bajo la sombra de un frondoso guamúchil, en las márgenes del río, junto al charco llamado El

Tezcal. Hicimos el fuego con leña de la ladera, y la cocina con tres piedras y un comal de hojalata. La cama era la suave arena y nuestro techo el cielo.

En esa época por el llamado localmente río de El Paso de la Iglesia —sección del río Colotlán— corría un agua limpia sin contaminación alguna, por lo que bañarse en sus aguas era además de seguro muy gratificante. Sus aguas provenían de afluentes tan lejanos como Colotlán y Tlaltenango, y de pequeñas cuencas como las de San Pablo. Corría entre las piedras de la barranca y a sus márgenes llegaban a abrevar animales diurnos y nocturnos. En sus aguas pasajeras, tibias en el día y frescas por la noche, se bañaban propios y extraños, chicos y grandes. Para todos había lugar.

Me acuerdo muy bien de la sensación de paz de aquellas noches de luna llena. El silencio y su misterio nos envolvía y nuestros cuerpos cansados del ajetreo diurno se sumergían en el mundo de los sueños. En la modorra inicial escuchábamos el canto de los grillos y el aullido lejano del coyote, pero el arrullo de la corriente del río nos devolvía al sueño. Si el canto del tecolote era el que interrumpía el silencio a los chicos nos asustaba debido a la creencia popular de que estas aves presagian desgracias. Dice una leyenda indígena que cuando el tecolote canta el indio muere, y aunque mis padres no creían en aquella superstición no por eso dejaba de inquietarme. De seguro aquel pájaro le cantaba a la vida en esa parte del día, indispensable para su supervivencia como ave cazadora nocturna. Al final nos dormíamos profundamente mientras el río seguía arrastrándose entre piedras y remansos hasta el mar.

En esa ocasión ese río fue un lugar encantador en la visión de un niño. Tiempo después pude verlo enojado, posterior a la tormenta, allá en El Paso de la Iglesia, rumbo a Temastián. Aquellas aguas, otrora limpias y tranquilas, eran turbulentas y peligrosas; arrastraban todo lo que encontraban a su paso y resultaba muy temerario cruzarlas así. Los que se atrevían tenían que ser muy buenos nadadores y conocer muy bien su cauce.

Una vez establecidos, el día transcurría más o menos de la siguiente manera. Lo primero era levantarse temprano para ir a cortar pitayas; al alba nos dirigíamos a las laderas de Santa Fe, Los Escorpiones o Las Guayabas, aledañas al río. Gancho y canasta era las dos cosas que se necesitaban para aquellos menesteres. El gancho era un carrizo largo al que se le abría en cuatro puntas el extremo más delgado, donde se colocaba un trozo de madera de colorín, que era lo suficientemente blando como para hacerle ranuras en donde atorar las puntas del carrizo, lo que impedía que se cerraran. Se amarraba el colorín al carrizo, quedando una pequeña canasta en donde se alojaba la pitaya para bajarla del árbol. La canasta para depositarlas era un cesto de otate, manufactura de don Crucito Pinedo o de los Olague.

Yo le ayudaba a Rafael a limpiar las pitayas, y también a comerlas. Una vez que se les quitaban las espinas se colocaban con cuidado en la canasta. Qué fresco está el recuerdo de andar atareados y contentos juntando aquel fruto. Pronto llenábamos la canasta y también la panza. Regresábamos felices con nuestra preciada carga al río, donde ya nos estaban esperando los demás con muchas ganas de unirse a aquel banquete matutino. Un taco de frijoles con chile era el complemento y después a meternos a las frescas

aguas del río a brincar y a nadar hasta la hora de la comida, que otra vez consistía en un plato de frijoles o una quesadilla acompañados de una picosita salsa martajada en el molcajete. Y de postre, pitayas, y en la noche, más pitayas. Parece mentira, pero no nos enfadaban. Bueno, había pitayas hasta para embadurnarse la cara, porque de esa manera jugaban muchachos y muchachas; a mi tío Poncho lo sujetaron entre varias y lo pintarrajearon de la cara, y lo mismo le pasó a mi tía Abigail. Eran unas corretizas con caídas en la arena y chapuzones en el agua tratando de evitar la pitaya en la cara o el pelo. Un ambiente familiar muy bonito en el que todos nos reíamos de todos. El baño continuaba toda la tarde y parte de la noche con juegos sencillos, como competencias de guerrillas o de permanencia bajo el agua, las últimas siempre ganadas por Abel Suárez. También era rico nadar de muertito y mirar el cielo. Y escudriñar en los recovecos del charco, donde pudimos ver peces en su hábitat natural que no se dejaron atrapar y nos dejaron con las ganas de cocinar un buen caldo.

Fue en esa ocasión cuando murió nuestro perro, el Charro. Fue un suceso muy triste porque era un animal que había vivido muchos años con nosotros. Murió de un balazo. Esa tarde mi tío Alfonso y Rafael fueron a dar un paseo por la ladera del río rumbo a Los Escorpiones. Mi tío traía una pistola que acababa de comprar y andaba como niño con juguete nuevo; sacó su arma de la cintura y apuntando al perro le dijo a mi hermano: “A que le doy, a que le doy”, y zas, le soltó el tiro. La distancia era corta y dio en el blanco, pues el perro cayó fulminado como de un rayo en medio de un aullido lastimero acertado por la muerte. “Yo pensé que no traía cartucho, Rafa”, le decía mi tío apenado al ver la tristeza y el enojo en la cara de mi hermano. Ya nada se podía hacer, el daño estaba hecho. Así, en apariencia sin querer queriendo, murió el Charro. Mala suerte tuvieron las dos principales mascotas de mi infancia, ambas murieron en forma trágica, una en manos de mi tío y la otra en las de mi padre.

Después de esa semana en la barranca yo no quería regresar al rancho; la fiesta y la diversión se acababan y, además, allá arriba me esperaba la siembra, que para mí era desagradable porque significaba trabajo y porque me acordaba del mal trato que recibía como sembrador.

Solo me acuerdo de haber bajado otra vez en familia a la barranca con el mismo fin. Fue el año siguiente, cuando nuestra improvisada casa de campaña ya no pudo ser en El Tezcal porque los Olagues nos habían ganado el lugar. A regañadientes nos estacionamos bajo unos árboles unos metros río abajo, cerca del charco de Los Tepetates. De esa estancia tengo menos recuerdos.

En condiciones ordinarias se iba por pitayas a pie al Arroyo de San Pablo, bajando por La Ventanilla del Zapote, o a caballo a Buenavista, yendo por el potrero de Las Sirgüelillas. Tanto tiempo invertido en ir por las pitayas para que se acabaran en un santiamén. Me acuerdo bien que don Crucito Pinedo llegaba muy seguido con su canasta llena a la casa, donde, apretujados todos alrededor de la canasta, desaparecía su contenido casi a la velocidad de la luz. Don Cruz nos llevaba a regalar el contenido de su preciosa canasta con el deseo de verse compensado con maíz y frijol, productos de primera necesidad de

los que aquel buen hombre casi siempre carecía. Me acuerdo de que mi hermana Amanda era más generosa que mi padre y por eso el viejito se esperaba paciente a que mi papá se fuera.

No se era consciente de lo pesado y peligroso que era para todos, más para aquel viejito, traer las pitayas en la espalda desde la barranca y subir con la canasta llena por la resquebrajadura de aquel enorme peñasco, llamada La Ventanilla del Zapote. Un resbalón desde aquella altura era muerte segura. Que nunca ocurriera desgracia alguna se debía a la asombrosa destreza del ser humano para sortear los peligros. Cientos de veces hombres con grandes canastas subieron con éxito por esta hendidura natural. Yo subí una vez o dos y me acuerdo de que cuando llegué a la cumbre me sentí casi un héroe, y eso que tan solo llegué cargando mis huesos. Ahí en el borde del precipicio se le ensanchaban a uno los pulmones viendo aquellos horizontes dibujados en la inmensidad del cielo. Era majestuosa la vista de la barranca, con sus rojos peñascos como cortados con un filoso cuchillo y al fondo el río rodeado de arrugadas laderas cubiertas en partes de cactus parados como dedos de gigantes. De esa manera recuerdo aquello, pero pienso que para quienes estaban habituados a subir casi a diario aquello no significaba nada.

Mayo, mes de pitayas en San Pablo. Qué bonito es recordar aquellos días cuando uno se sentía libre, casi como las aves que nos deleitaban con sus graznidos y sus cantos cuando airozas cruzaban el cielo de la barranca. Ellas disfrutaban poder volar, nosotros poder comer, comer pitayas.

En esa semana inolvidable comimos pitayas como pocos años, además de que disfrutamos de la compañía de seres queridos, lo que hace que los recuerdos estén inevitablemente llenos de nostalgia. Las palabras se quedan cortas para describirlo. Si cierro los ojos y me concentro tal vez pueda percibir el sabor de las pitayas y la tibieza del agua del río en mi cuerpo porque es muy probable que mis células retengan esas sensaciones ocurridas hace ya mucho tiempo.

#### Las pitayas ii

Con trece años a cuestas, casi catorce, me fui a la barranca a las pitayas. Fue en mayo de 1966, unos cuantos meses después de la muerte de mi madre. La idea era ir a la barranca de Buenavista, específicamente al barbecho que llamábamos La Joya, donde había varios pitayos que producían pitayas de muy buen sabor y tamaño.

Eran los primeros años de adolescencia, época de ansiedades y deseos, tiempo de soledades a veces asfixiantes del niño-adolescente que quiere incursionar en los terrenos del adulto. Ir a las pitayas era una aventura de persona grande, solo era necesario tener el valor de hacerlo. No me acuerdo si invité a alguien, pero casi estoy seguro de que no. Yo quería ir solo. Era la mitad del mes y las pitayas estaban ya en su apogeo, así que ese día por la tarde ensillé al Misionero, me hice de un gancho, una canasta, una cantinflora con agua, unos tacos de frijoles y una cobija, y me dirigí a la barranca por el potrero de Las Sirgüelillas.

En la cumbre, antes del descenso, me quedé un rato contemplando el paisaje, que desde ahí era tan majestuoso como enigmática la barranca, pues en aquellas soledades no dejaba de haber cierto peligro, sobre todo en las noches. Me concentré en disfrutar de la vista y del sonar del viento en las copas de los árboles al borde del precipicio. Un grito de alegría surgió de mi garganta y al instante una bandada de pájaros surcó el cielo. Mi vista se enfocó en el río que como un hilo de plata corría entre las dos laderas, donde los pitayos dormían la siesta de la tarde.

La bajada de la cuesta era empinada, pedregosa y con muchas curvas, por lo que tuve que hacer malabares para que el gancho llegara intacto. Hombre y bestia descendimos por aquellas soledades donde el silencio era interrumpido por el paso cansino del macho josco y de vez en cuando por las chicharras, que cantaban a la vera del camino.

En alrededor de dos horas estaba en mi destino. Una vez que llegué me acomodé debajo de un pitayo, desensillé al Misionero, lo até a un árbol y caminé un poco por los alrededores. Ya la tarde se estaba yendo, el sol bajo proyectaba muchas sombras, las más prominentes las de los peñascos. Sin el calor del mediodía aquella tarde serena incitaba a la contemplación y a la meditación. Disfruté de los minutos finales de aquella tarde. Recuerdo cómo fue el paso de la luz a la sombras. La intensidad del sol fue disminuyendo y luego se fue ocultando poco a poco en el horizonte, dejando a su paso destellos luminosos multicolores. Vendría de nuevo por la mañana, pero por lo pronto su viaje había terminado. No es fácil describir en palabras las impresiones causadas en mí al ver ocultarse el sol aquella tarde; luz intensa, gama de colores, penumbra y al final la oscuridad de la noche. Estos cambios se dieron en un dos por tres, de forma ordenada y precisa. Todo cambio de la naturaleza es parte del ritmo de la vida y del universo. Entonces no pensaba que eran necesarios, ahora sí, porque de otro modo muchos animales no podrían subsistir, ya que salen a cazar de noche, además de la consumación de muchos otros fenómenos naturales que solo pueden llevarse a cabo en las sombras.

La noche inmensa me cubrió con su manto. La luna estaba pequeña, había unas cuantas estrellas y las nubes en forma intermitente cubrían el cielo formando claroscuros donde predominaban las sombras. Bajo esas circunstancias me dispuse a dormir; el cansancio hizo de la tierra una espléndida cama y la silla de montar y el sudadero me sirvieron de almohada. En esa noche tibia no hacía falta cobija. Ahí pues, en el birundo suelo, me acosté a esperar el sueño.

No tenía mucho de haberme dormido cuando un ruido intenso me despertó. Era el Misionero, que bufaba inquieto con las orejas dirigidas hacia adelante, preparado para defenderse. Era obvio que el resoplido estruendoso del animal se debía a que estaba asustado. Por más que agudicé la vista no vi más que sombras. Ante la persistencia de la inquietud del macho se me pusieron los pelos de punta y un frío sudor recorrió mi cuerpo. El miedo me hizo agarrar un palo y decidido me acerqué al Misionero, pensando quizá que el animal me defendería de aquel peligro invisible.

Me quedé ahí estático mientras el Misionero empezó a tranquilizarse poco a poco, hasta dejar la posición de alerta. Fueron tan solo unos momentos, que a mí me parecieron



eternos. El peligro había pasado. ¿Qué fue lo que pasó? nunca lo sabré, pero lo que sí sé es que el Misionero no se equivocó: su instinto de conservación le permitió advertir el peligro y eso fue lo que me salvó. ¿Fue un animal salvaje, un felino hambriento? Si así hubiera sido me congratulo de que no haya encontrado allí su comida. ¿Fue un animal pequeño que no quiso luchar contra dos enemigos que juzgó en ese momento superiores a él? ¿O bien, era de tamaño suficiente para luchar, pero cuya hambre no era tanta? Igual que las preguntas anteriores no lo sé, ni lo sabré nunca.

La barranca, que fuera mi ilusión y regocijo, ahora me llenaba de inquietud. Igual que cuando me acosté, no se escuchaba ni se veía nada. Una nube cubrió por un momento la luna y luego se alejó dejándola libre. Fue una sensación extraña cuando la tranquilidad volvió al paraje. Mi compañero de viaje seguía atado al árbol y estaba tranquilo. El susto había pasado y a pesar de todo me llegó el sueño y pude dormir. Es verdad que no hay mejor condimento que el hambre, ni mejor almohada que el sueño. Al alba, sin acordarme ya del asunto, en cuanto pude visualizar las pitayas empecé a bajarlas y a comerlas. Como había muchas, rápidamente llené mi canasta y emprendí el camino de regreso.

La velada fue buena porque no me pasó nada, tan solo el susto. Han pasado tantos años de aquel suceso y ahora me pregunto cómo fue que se me ocurrió ir a dormir solo a la barranca, un lugar solitario, lejos del rancho y no exento de peligros. Mi única defensa y compañero era el macho, pero yo no llevaba nada con qué hacerle frente a un posible ataque animal. No traía, como se dice, ni las uñas afiladas. Además, nadie me hubiera podido ayudar en caso de un accidente o de la picadura de un animal ponzoñoso. No me acuerdo a quién, pero a alguien le dije que iba a ir solo a la barranca y me dejó ir. Creo que solo mi madre me lo hubiera impedido. Ella me cuidó desde el cielo.

#### El encuentro de la Virgen

La visita a San Pablo de la Virgen de la Purísima Inmaculada Concepción, llamada de cariño la Conchita, patrona de Monte Escobedo, se realiza al inicio del tiempo de aguas. La imagen recorre todas las rancherías del municipio y en todos los lugares se le recibe con devoción y muchos cohetes.

Era un suceso muy esperado en mi rancho cuando yo era niño. Los adultos se ponían sus mejores trapos y los jóvenes, tanto las mujeres como los hombres, procuraban estrenar algún vestido; los niños íbamos como nos llevaban nuestras madres, medio descuidados, pero a nosotros poco nos importaba la apariencia que con unos buenos guaraches, camisa y pantalón limpios era suficiente.

Para los adolescentes esa celebración era la oportunidad del encuentro con algún pretendiente, de conocer otras caras o de ver al ser amado en un ambiente diferente al habitual.

Todos íbamos al encuentro con la Virgen a pie, para que el acompañamiento fuera con toda devoción y de paso hacer un pequeño sacrificio. El lugar del encuentro era Las Abujas, el callejón de doña Severiana o el llano de Las Tierras Nuevas. La Virgen venía

del rancho de El Salvador o El Salto, con contingentes de los dos lados, ya que eran comunidades pequeñas; sobre todo la última, en la que vivían unas dos familias.

El momento de la conjunción del cortejo que entregaba y el que recibía era muy solemne; arrodillados unos frente a otros, con la imagen en medio, rezaban. Enseguida los que la despedían entonaban el siguiente canto:

Adiós, Reyna del cielo,  
Madre del Salvador,  
Adiós, oh madre mía,  
Adiós, adiós, adiós.

Los hombres recibían la vitrina con la imagen al mismo tiempo que el coro de mujeres cantaba esta otra canción que decía así:

Buenos días, paloma blanca,  
Hoy te vengo a saludar,  
Saludando a tu belleza,  
En tu reino celestial.

Eres madre del Creador,  
Que a mi corazón encanta,  
Te saludo con amor,  
Buenos días, paloma blanca.

La gente, con mucho empeño y en tandas de cuatro, se turnaba para cargarla en hombros desde ahí, a paso lento y pausado, hasta depositarla en el altar de la capilla, al lado de la Virgen del Refugio, patrona del rancho.

Desde el lugar de recibimiento y hasta el rancho se echaban cohetes. El cohetero y un montón de chiquillos curiosos y medio bobos íbamos a unos veinte o treinta metros del cortejo, distancia prudente para evitar cualquier desaguisado con algún cohete loco que se pudiera desbalagar entre la gente. Ya en San Pablo, en el techo de la capilla, estaban los hombres que iban a repicar la campana al arribo de la Virgen y también a echar los cohetones.

Los cohetes de entonces eran unos cañutos de carrizo rellenos de pólvora y amarrados con hilo de ixtle a una vara, desde donde se tomaban para, una vez iniciada la chispa, arrojarlos al aire. Los cohetones eran de mayores dimensiones y tenían más pólvora, haciéndolos más peligrosos en caso de que te explotaran en las manos o entre la gente. Estos tomaban impulso solos, a medida que el proceso de combustión de la pólvora tomaba fuerza. Eran, pues, de tiempos: si los arrojabas antes, no tomaban altura y podían explotar en el suelo hiriendo a la gente o, si no los dejabas ir, corrías el riesgo de que te explotaran en las manos. Qué sensación tan especial se experimentaba cuando te daban permiso de activarlos; sentías en las manos la fuerza del artefacto *in crescendo* y luego con ansiedad esperabas que el cohetón se elevara por los aires. Emoción y miedo ante el peligro y luego la satisfacción al ver y oír la explosión en el cielo; te sentías casi un héroe

y era natural que experimentaras eso, pues la confianza depositada en ti elevaba tu autoestima. Tanto en esta fiesta como en el día de la Virgen del Refugio me tocó echar al aire estos fuegos de artificio y, a pesar del riesgo, nunca pasó nada que lamentar, y es que te aleccionaban muy bien de cómo hacerlo. Una excepción fue cuando una explosión le mutiló la punta de dos dedos a Obistano Sánchez.

La visita de la Virgen era, en su tiempo, un referente para recordar una fecha olvidada: “Acuérdate, Fulanito, que fue días antes de la llegada de la Virgen”, o “Esa fecha no se me puede olvidar porque fue el día siguiente a la venida de la Virgen al rancho”. Las pocas celebraciones regionales hacían que esto fuera así por la gran devoción mariana que tenía y tiene el pueblo de México, y Monte Escobedo no podía ser la excepción.

Los cánticos en las voces del coro, compuestos de muchachas jóvenes, eran muy lucidas y alegres, no así en las voces de la gente mayor, que parecían más una salmodia. Canciones que aún se entonan y que a la luz de los recuerdos suenan más bellas; tonos alegres y tristes combinados, luces y sombras separadas por una tenue línea invisible como en las dos caras de la luna.

Quién es esa estrella,  
Que a los hombres guía,  
La Reyna del cielo,  
La Virgen María,  
La Reyna del cielo,  
La Virgen María.

Melodías de esperanza y consuelo ante las penas y sufrimientos de los que nadie escapa. Muchos ruegos y súplicas a la Madre de Dios por el bienestar de los seres queridos vivos y, por supuesto, de los difuntos, para que alcanzaran por su intercesión el descanso eterno. Se pedía también por el hijo ausente, por la recuperación de la salud de padres, por que termine la adicción al alcohol del marido, por el buen temporal, etcétera, etcétera. Prácticamente todo se encomendaba a aquella sagrada imagen.

Alma, no estés tan dormida,  
Que en el cielo tengo flores,  
Ven con mi madre querida,  
Refugio de pecadores.

Pero también cantos de agradecimiento por los milagros y favores recibidos. Aquella procesión era un acto religioso de mucha solemnidad y devoción para los adultos, que para los chiquillos era más que nada una celebración festiva y pagana.

Desde el cielo una hermosa mañana,  
Desde el cielo una hermosa mañana,  
La Guadalupana, la Guadalupana, la Guadalupana,  
Bajó al Tepeyac.

Canciones en una tesitura como de ronroneo de gatos en los viejos. Gritos alegres y entusiastas en jóvenes y niños. De ambas gargantas salía la misma canción que el viento se llevaba a otros confines. Pies en paso lento sobre la alfombra verde, muchachos y muchachas en la flor de la edad y la ilusión, miradas soñadoras que se entrecruzan fugaces y tímidas, mejillas sonrosadas por el sol y la pudicia de ser sorprendidas *in fraganti* por el padre o el hermano, celosos hasta de aquellas furtivas e inocentes miradas.

Mientras las melodías resonaban en los oídos de los peregrinos, los cohetes irrumpían con su tronido en aquel cielo azul, estallando en pedazos por allá. Su retumbo hacía vibrar el cuerpo de hombres y mujeres, pero principalmente el de los niños. Cada cohete era una mezcla de lo sacro y lo profano, alma esencial de las fiestas religiosas de los mexicanos.

La Virgen permanecía una semana en el rancho y al domingo siguiente de su llegada continuaba su peregrinar a otra comunidad, a Los Cardos, y el encuentro se hacía en el potrero de las Matías. De nuevo se repetía el ritual de entrega y recibimiento, pero ahora éramos nosotros los que mostrábamos caras compungidas; se nos iba la Conchita y tendríamos que esperar todo un año para volver a verla en nuestro rancho.

El peregrinaje de la Purísima Inmaculada Concepción es muy antiguo. No se sabe con exactitud el inicio, pero es muy probable que haya sido desde que los primeros españoles se asentaron en estas tierras. El sacerdote e historiador don Lauro Márquez Sánchez menciona en su libro *Monte Escobedo histórico y pintoresco* que el 25 de febrero de 1740 se erigió la Cofradía de Nuestra Señora de la Limpia Concepción, contando con 63 reses, 11 bueyes, 5 caballos y 100 ovejas, siendo su primer mayordomo don Ygnacio Bermúdez de Castro.

La Santísima Virgen de la Purísima Concepción y su imagen como patrona de Monte Escobedo data del año de 1822, pero su culto se remonta a 1706, cuando la devoción se compartía con el apóstol San Andrés, en la antiquísima capilla de El Ciprés, edificada donde hoy está el jardín de niños Cri Cri, en Monte Escobedo.

En 1922, en las celebraciones del centenario de la Independencia, se hizo la renovación del juramento a la Santa Imagen como patrona del pueblo. Hubo muchas peregrinaciones de los ranchos y el 25 de septiembre le tocó a los ranchos de San Pablo, Los Cardos, Las Guayabas, El Mite, El Salto y Rancho de la Virgen. La peregrinación fue encabezada por el sacerdote don Fidel Ornelas González, oriundo de San Pablo.

Sin duda que faltarán muchos detalles sobre cómo era el encuentro de la Virgen, pero así lo recuerdo. Como volver a vivir aquellos días es imposible lo único que podemos hacer es evocarlos. Es satisfactorio saber que, a pesar de que ahora el rancho está casi solo, cada año va la Conchita, lo que demuestra la fuerza de este fenómeno religioso.

Es muy cierto lo que decía Heráclito, aquel gran filósofo griego: “Nadie se baña dos veces en el mismo río, porque ni son las mismas aguas ni es él el mismo”. Aun si aceptáramos que todo se repite, ningún suceso sería igual, y lo único a lo que podríamos aspirar es a

que el presente en algo se parezca al pasado. Por eso ese día, domingo 5 de agosto de 2007, cuando mi hermano Gonzalo me invitó al encuentro de la Virgen que iría de María de la Torre a Las Cañas, acepté con entusiasmo. Estábamos cuando menos cuatro hermanos que habíamos compartido la misma historia y teníamos por lo tanto recuerdos comunes, además el día anterior habíamos estado en San Pablo recorriendo los caminos de la infancia.

Con un sándwich de jamón y un refresco como desayuno, nos fuimos en grupo: Eustolia, Vintila, Gonzalo y yo, además de Eva, esposa de Gonzalo, Ricardo y Eréndira, hijo y nuera de Vintila, y la mamá de Eréndira. Para los hermanos y mi cuñada era esta una oportunidad de renovar el recuerdo y para los demás quizá una curiosidad de vivir una experiencia nueva.

Cuando llegamos a María de la Torre, la Virgen estaba aún en el altar. Todo era silencio, solo se escuchaba el murmullo del rezo en voz baja. Me acerqué a ver la imagen y allí, arrodillado en la soledad de mis pensamientos, me fui a los años felices de mi niñez; vi hincada a mi madre rezando con devoción ante la Virgen; me vinieron a la memoria mis hermanas mayores que andaban en la edad de la ilusión; me acordé de tíos, primos y de la mayoría de vecinos del rancho, que ese día se olvidaban de rencillas y chismes para unirse en oración y canto, en convivencia fraterna. Como en una película los fui identificando uno a uno, caminando por aquellos llanos. Ellos eran:

Don Zenaido Raygosa, doña Ana María Ávalos y sus hijos Luis, Elías, Alejandrina, Tomás, Eliseo, Adolfo y Mercedes.

Don Blas García, Amparo “la Güera” Suárez, y sus hijos Egliseldo, Rosendo y Maclovia.

Guadalupe del Real y sus hijos “el Güero” Manuel y María de la Luz.

José Montoya, Eulalia Huerta y sus hijos Roberto, Maximino y Salvador.

Don Juan Saldívar, doña Anselma Núñez y su hija Nicolasa.

Don Salvador Huerta, doña Otilia del Real y su hijo Espiridión.

Enrique Huerta y María Guadalupe del Real.

Doña Inés de Santiago y su hijo José Manuel Sandoval.

Don Jesús García, doña Félix Suárez y sus hijos Arnulfo, Rodrigo, Guillermo, Yolanda y doña María de los Ángeles Antuna.

Jesús María Suárez, de cariño Chuchi Güero, doña Josefa Raygosa y sus hijos Abigaíl, Ubaldo, Gamaliel, Ramiro, Antonio y Juan.

Heriberto del Real, Esther “Güera” del Real y sus hijos Esperanza, Genaro, Irma y Alejandrina.

Don Rafael del Real, doña Eloísa Antuna y sus hijos Alfonso, Catarino y Gilberto.

Uriel del Real, Amparo Mayorga y sus hijos Eloísa, Rafael, Gloria, Adela, Elena y Rebeca.

Felipe Montoya, Juana del Real y sus hijos Manuel, Bertha, María, Jesús, Celso, Raúl, Fernando, Pedro, Raymundo y Felipe.

Manuel Sánchez, Esther del Real y sus hijos Manuel, Obistano, María, Francisco, Amabilia, Martha, Dora, Eliseo, Graciela y Rosalío.

Serafin del Real, Imelda Suárez y sus hijos Noelia, Romelia, Arturo, Leopoldo, Isidro, Rosa y Elizabeth.

Rodolfo del Real, Domitila Hernández y sus hijos María Cruz, Armando, José Alfredo y Severa.

José Montoya, Galinda del Real y sus hijos Socorro y Rodolfo.

Luis Miguel del Real, Amparo Raygosa y sus hijos Herlinda, Pablo, Federico y Leonor.

David del Real, Josefina Montoya y sus hijos Elfega, Francisco y Martha.

Don Cruz Pinedo, Luis del Real, don Marcial Talavera y su hijo Eleazar.

Filiberto del Real, Alejandrina del Real y nosotros, sus hijos Rafael, Sara, Amanda, Eustolia, Filiberto, Francisca, Vintila, Margarita, Victor Manuel y Gonzalo.

Esas eran las personas que acompañábamos a la Virgen aquellos años. No todos coincidimos el mismo año, pero sí alguna vez.

Al salir de la capilla de María de la Torre me encontré de pronto en un pequeño jardín, que a mí me había parecido grande el día que fue inaugurado, cuando mi hermana Eustolia fue reina de las fiestas religiosas, lo que por cierto me hizo sentir como pavorreal. Eustolia era la pobre de las tres candidatas, pero la más bonita y eso la hizo ganar.

Al rato empezó la peregrinación, parecida en muchos aspectos a la de San Pablo. El lugar del encuentro fue en un arroyo, a medio camino entre los dos ranchos, como si aquella agua clara fuera necesaria para llevarse las lágrimas de los feligreses. Unas doscientas gentes la entregaron y más o menos el mismo número la recibió. Me impresionó el fervor de la gente cuando los vi arrodillados frente a la imagen, besando la vitrina y cubriéndola de pétalos de rosa; la llenaban de confeti y serpentinas y le ofrecían ramilletes de flores.

En el recorrido todos querían cargarla; había premura por tomar turno y deseo de llevarla a costas hasta el cansancio, pero apenas se avanzaba unos pocos metros cuando otra persona estaba presta para el reemplazo. Amor y agradecimiento por los favores recibidos, pero también nuevas súplicas que deberían pedirse pronto, no fuera a ser que a aquella Santa Imagen se le acabaran los milagros. La Virgen sabría lavar las penas y

ponerlo todo en orden, como aquel arroyo recién llovido cuyas aguas se habían llevado la podredumbre y dejado tan solo olor a perfume de tierra mojada.

Para nosotros era novedad que la procesión se acompañara con un conjunto musical, debidamente uniformado: guitarra, violín, acordeón y viola. Uno de ellos dirigía las canciones, que eran las que siempre habíamos escuchado. Otra novedad eran los danzantes aztecas, con vestimenta consistente en lo que conocíamos nosotros como viseras, que eran tocados con espejos y plumas, taparrabos rojo y sonajeras de hueso de fraile en los tobillos y las muñecas. El moreno, danzante vestido de chamuco, asustaba a los niños con un chicote que hacía restallar.

Los cánticos desataron las emociones de los recuerdos. Vi a mis hermanas con sus ojos rojos, llorando sin lágrimas; había que guardar las apariencias, por lo pronto echarle más ganas a las melodías ayudaba y eso no era difícil porque aquellas composiciones no se habían borrado del entramado de la memoria.

A las tres de la tarde el sol agobiaba y algunas mujeres llevan sombrillas, pero a una señora ya entrada en años parecía no importarle, había recorrido todo el camino con la cabeza descubierta y descalza sobre la dureza de las piedras y las espinas. Su rostro era sereno y su cuerpo mostraba decisión y firmeza.

Había sido un año lluvioso y a los lados del camino nos acompañaba en tramos un arroyuelo de agua cristalina que dejaba ver el color amarillo de las piedras. También participaron un momento con nosotros las vacas que al otro lado del alambrado rumian con ojos cansinos por aquel intenso sol.

Gonzalo no se quiso bajar de la camioneta, asegurando que desde ahí veía mejor las bellezas que hizo Dios para sus hijos, maravillas como el sol, las nubes y el agua que corre por el llano. Tendrá razón, pero yo no entiendo a mi hermano.

Ya en la capillita de Las Cañas escuchamos misa parados. Entre rezos y cantos me di cuenta de que a mi lado había una voz muy desafinada y pensé: "Bueno, lo importante es que ese hombre le echa ganas". De reojo vi una camisa conocida y en los pies unos botines de charro y me dije: "Esto es mucha coincidencia". Volteé hacia arriba y vi la cara contenta de mi hermano, que estaba con mucha devoción participando en la misa.

### La Manga del Orégano y Los Amoles

Hablar de un predio es un asunto muy poco romántico, pero para nosotros aquellos dos potreros, La Manga del Orégano y Los Amoles, fueron testigos mudos de muchos secretos de nuestro vivir. Esa relación, que por no ser personal pareciera carecer de importancia, forma parte de los apegos, en este caso al terruño.

La Manga del Orégano estaba a unos doscientos metros de la casa, solo teníamos que atravesar la huerta para llegar. En ella había un pequeño barbecho pedregoso, anexo a Los Amoles, que algunas veces sembramos y que lo que más daba era trabajo, porque

producía puros moloncos que se utilizaban casi nada más para alimentar el ganado. En las secas agostaban ahí una o dos vacas, burros y mulas.

Hay en la parte media de La Manga del Orégano, en un arroyuelo boscoso, una cueva que se decía que había sido guarida de bandoleros en tiempos de la Refolufia. Ahí íbamos vecinos y primos a sorrascar elotes. La palomilla estaba formada por Manuel “el Güero” del Real, Rafailillo, Guillermo García, Antonio Suárez, Obistano Sánchez y Filibertillo, que era yo. La cueva es amplia pero de poca altura, así que se hacían unas humaredas sofocantes que llenaban la cueva y también nuestros pulmones, pero eso no importaba porque en la espera de los elotes estábamos expectantes y felices.

Una vez don Felipe Montoya nos fue a regañar; seguro que desde su casa vio el humo. Traía coraje y quiso desquitarlo con alguien, porque a él ni le iba ni le venía: ni estábamos en su propiedad ni los elotes que estábamos sorrascando eran de su labor, como él decía. Más bien parecía que don Salvador Huerta reclamaba por medio de don Felipe sus elotes, que a él sí se los habíamos robado muchas veces.

En ese espacio natural el sol tenía prohibido entrar; sombras y oscuridad es lo que había, y también humedad y silencios. Por eso tenía cierta magia el lugar, e imaginar que había sido refugio de rufianes o de animales salvajes lo hacía más enigmático. Quizá ninguna de las dos cosas había ocurrido, pero estaban en el imaginario colectivo y eso era lo que contaba. Por la misma razón ahí fabricamos algunas veces el Judas de Semana Santa; como que hacerlo en ese lugar le confería más maldad y misterio al bíblico personaje.

Entre las grietas de esa cueva quedaron el barullo y la algazara que provocaban aquellos alegres y despreocupados muchachos. Ahora solo se escucharán de vez en cuando el eco de sus voces.

Fue este potrero lugar de andares cotidianos. Muchas veces de plácemes, juntando orégano. Otras buscando la mula, el burro o la vaca. Pasos lentos en la poca prisa de un niño que algunas veces ve con desaliento el sol calentando su cabeza piojosa. Pasos apresurados para no quedarse atrás del padre que aquel día se machucó un dedo y que me acusaba de ser el culpable. Mi padre muy enojado me dijo: “Si serás pendejo, por tu culpa me machuqué”. Esa afirmación me angustió, pero lo incongruente del caso es que a mí me daba mucha risa y no la podía contener. Por supuesto el hecho nada tenía de gracioso, por lo que no había explicación de aquella hilaridad. Lo que yo esperaba era una varejoniza que no ocurrió. Me he preguntado qué me pasó aquel día y lo único que se me ocurre es que tenía mucho miedo y lo disfrazaba. Lo normal habría sido condolerme por mi padre o por lo menos haberme quedado callado. Si mi papá me creyó culpable, me perdonó; supongo que al final pensó que no había intencionalidad alguna.

Ese potrero donde me mojaba los pies con el rocío de la mañana me trae imágenes de huizaches y matorrales, pero sobre todo de matas de oloroso orégano. Cuando voy y me coloco en medio de aquel predio echo a correr el rollo hacia atrás y los recuerdos acuden en tropel haciéndome sentir como si aquella niñez no hubiera terminado.



Anexo a La Manga del Orégano están Los Amoles, potrero exclusivo de agostadero, donde pastaban vacas, machos, mulas y burros en tiempo de aguas.

En el corral de entrada al potrero estaban las vacas en espera de ser llevadas a casa en las mañanas de ordeña, excepto alguna que otra con becerro añejo en proceso de destete, a la que se tenía que ir a buscar al interior del potrero. La cercanía de la barranca propiciaba que muy a menudo hubiera neblina y cuando era muy densa la búsqueda se hacía más difícil; los huizaches envueltos en niebla se veían como siluetas fantasmales de gigantes dormidos.

Yo acompañaba a mi padre a Los Amoles a darle sal al ganado o a curar algún animal engusanado. “Toma toma toma”, eran las palabras que mi padre gritaba a las reses desde el pequeño depósito de agua. Casi al instante se empezaba a escuchar el tropel por allá entre la huizachera y luego veíamos al montón de animales corriendo hacia nosotros. Aquel escenario me llenaba de alegría y de vano orgullo. Era curioso ver vacas viejas, que en condiciones normales se movían con lentitud, correr presurosas y luego tragar sal muy contentas alrededor del tanque. Aquel hato de ganado era nuestro, un patrimonio familiar por el que yo me sentía rico; en ese momento yo era dueño de todo aquello. Años después me di cuenta de que nada me había pertenecido, solo habían sido sueños de grandeza por considerar lo colectivo familiar como individual. Decir “nosotros tenemos” no es lo mismo que decir “yo tengo”. Creo que con esa falsa idea crecimos y nos hizo salirnos de la realidad que después cada uno de los miembros de la familia, a su manera, tuvo que afrontar.

La primera vez que curamos un becerro afectado de gusano barrenador me impresionó mucho. El animal tenía un boquete lleno de pequeñas cabezas blancas con puntos negros que se movían continuamente. Mi padre, sin protección alguna, empezó a quitarle los gusanos superficiales y después introdujo la mano al agujero de la herida sacando montones de gusanos asquerosos y hediondos. La curación terminaba impregnando la herida con un líquido negro de olor intenso, llamado creolina, y se tapaba con un trapo. A los pocos días se quitaba el trapo y, como de milagro, la gusanera había desaparecido. Después también yo ayudé a mi padre a curar esas heridas, a pesar de la repugnancia y el asco que me provocaban. Lo hice igual, a mano pelona; tenía que demostrar que, igual que él, yo tenía la entereza y el valor de hacerlo. Acordarme de esto me hace consciente del tropel de años que he vivido. Pareciera que la memoria anda en busca de un tiempo perdido, pero no fue para nada perdido, porque fueron vivencias muy bellas las que pasé al lado de mi padre. Ruedan por mi mente las imágenes de mi padre y de las vacas entre los breñales, ruedan también las palabras que se quedaron entre las ramas de los garruños y huizaches. Mis pies tropiezan con las piedras y aquella tierra chiclosa llena las suelas de mis rudimentarios guaraches, haciendo dificultosa mi marcha.

Mis pasos me llevaron muchas veces por la orilla de aquel peñasco, donde el arroyo que viene de San Pablo se deja caer al precipicio. Ahí donde una vez fui acompañante de mi tío Roque del Real, de Juventino Suárez, de mi hermano Rafael y de mi padre cuando se descolgaron del risco en busca de miel de abeja. Yo me quedé arriba observando cómo

Rafael y mi padre cuidaban que el calabrote estuviera firmemente atado a una gran piedra, mientras mi tío Roque y Juventino fueron por la miel a medio peñasco. La cosecha de miel fue abundante. Me pregunto cómo hacían para saber el sitio exacto donde estaba el enjambre, aparte de agudizar los cinco sentidos y la inteligencia. Y luego se necesitaba ser osado e intrépido una vez identificado el hallazgo, porque suspenderse por aquel peñasco inmenso y profundo era temerario; un error de logística podía significar la muerte. Si uno se asomaba al borde del precipicio solo se veían las copas de los árboles, verdes, lejanos y misteriosos.

El macho josco que nosotros llamábamos Misionero me hacía mucho enojar cuando iba por él a Los Amoles. Aquel mañoso animal se dejaba conducir manso hasta las cercanías del callejón y, justo unos pasos antes de entrar en él, giraba bruscamente hacia un lado —lo que llamábamos darse el sacón— y se escapaba a toda carrera. Luego el muy taimado se paraba a cierta distancia con las orejas paradas y el pescuezo enhiesto mirándome; parecía que se estaba burlando de mí o, bueno, como yo estaba furioso me daba esa impresión. Encabronado le lanzaba piedras que muy pocas veces daban en el blanco; solo lo hacían correr de nuevo y esta vez el canijo mulo giraba la cabeza de un lado a otro, un movimiento que a mí me parecía de auténtica mofa. Así me hacía renegar dos o tres veces y finalmente entraba al callejón. Yo pienso que se cansaba del juego.

Camino de paso para ir a las pitayas al arroyo de San Pablo, muchos viajeros pasaron muy temprano por ahí con sus canastas vacías y al poco rato llenas de frescas pitayas, después de haber escalado aquella hendidura natural llamada La Ventanilla del Zapote.

Sol y sombra entre la huizachera, olor a bosta fresca de vaca, cuervos en las copas de los árboles, nombres y apellidos de gente que pasó o anduvo por ahí y de los que ahora queda tan solo su eco inaudible, rebotando entre el camino y el cielo.

#### El último día del año

No había celebración de Año Nuevo en mi pueblo, pero me acuerdo de que se suscitaba algo de expectación entre los jóvenes y los niños. De todos modos la tónica era que las últimas horas del año viejo pasaran sin pena ni gloria, en una muestra más de la indiferencia con que se veía el mundo desde mi tierra.

Mi padre me contaba que cuando él era niño nadie se acordaba siquiera de esa época del año, ni siquiera de la Navidad. Se vivía en un aislamiento casi total. La gente iba a los pueblos cercanos, las cabeceras municipales, solo en contadas ocasiones, con la finalidad de hacer trámites oficiales, como pago de contribuciones, registros de nacimiento o para casarse. Sin radio ni televisión, la gente se enteraba de lo que ocurría allende las fronteras muchas semanas después de que había acontecido, y algunas noticias nunca llegaban, o llegaban distorsionadas.

Todavía a mi generación le tocó vivir esa incomunicación, pues cuando éramos chicos no había muchos medios que nos conectaran con el resto del mundo. No fue sino por allá a finales de los años cincuenta que llegó el primer radio, que mi padrino Enrique Huerta

había traído de los Estados Unidos de Norteamérica. Cuando mi padrino se fue a vivir a Guadalajara, mi padre le compró el radio. Era de la marca General Electric, de color rojo y muy pesado, comparado con los actuales. Ese radio hizo las delicias de chicos y grandes, tanto para escuchar música como radionovelas.

Así de solitario estaba San Pablo por ahí de 1956 a 1966. Es probable que se hicieran algunas celebraciones de fin de año en los pueblos de Monte Escobedo o Colotlán. Yo empecé a ver y a participar en esas fiestas mucho después, cuando a los trece años salí del rancho.

Lo único que recuerdo del último día del año es que algunos niños y jóvenes se desvelaban para ver nacer el año, y más de alguna vez yo con ellos.

Allá en el horizonte, por el lado donde sale el sol, aparecería el año nuevo, el cual sería como un niño chiquito que sale del vientre materno emitiendo un berrido, y el año viejo se iría como un anciano achacoso, quejándose de sus muchas penalidades. ¡Vaya mentirota que nos endilgaban!

Ahí estábamos, pues, un montón de críos con la panza de farol y con frío, en espera de la nada. Los pocos adultos que nos acompañaban nos decían: “¿Ven aquella nube desparpajada a lo lejos?, pues ese es el año viejo, si se fijan bien verán que se le están desprendiendo los brazos y las piernas, y, si se quedaran callados por un rato, podrían escuchar sus gemidos agónicos”. Luego, si aparecía por allá una luminosidad o claridad entre dos nubes, ese era el año nuevo.

Ya con esa información cada quien se iba a su casa a ver si había sobrado aunque fuera una tortilla fría para calmar aquella hambre de huérfano de hospicio. Y nos la comíamos fría, porque mamá ya estaba dormida y éramos muy huevones para calentarla. Aunque lo más probable es que en el fogón solo quedaran cenizas.

Estos recuerdos son algo borrosos y debe de ser por lo gris del evento que se fueron al foso del olvido. Sin cena, abrazos ni regalos ¿quién se va a acordar con precisión?

Lo poco que me queda en la memoria lo recuerdo como anecdótico. Aunque estuviera uno de menso al creer aquellas falsedades, era bonito darle vuelo a la fantasía y a la imaginación. Pensar que tal vez aquel nacimiento era similar al de un becerro o al de un burro, e irnos a la cama contentos porque, al despertar, tendríamos un año recién nacido para disfrutarlo como se disfruta a un nuevo cachorrito.

Allá

Todos somos peregrinos en esta tierra y venimos de lejos. Cuando volvemos la vista atrás y ya han pasado muchos años nos percatamos de que en aquellos lugares las palabras bien dichas escaseaban. Todos venimos de lejos, de allá donde uno cree, a veces, que las miradas son suficientes. Pero la verdad es que la violencia nos estremeció y que faltó amor. Hasta entonces nos damos cuenta de las carencias.

Tierras de silencios en las profundas barrancas aledañas, casas encerradas en su mutismo entre sus propias paredes de adobe y barro.

Allá donde las caras mostraban lo que no se podía expresar con palabras, en vez de ello a los rostros se les veía enojo, indiferencia o miedo, pero casi siempre se traslucía un sentimiento general de pesimismo. La alegría de vivir se manifestaba en fiestas y reuniones ocasionales donde el alcohol desinhibía a los hombres, sacando a relucir sus emociones y sentires no siempre positivos. En cambio era mal visto que las mujeres tomaran alcohol, mucho más que se emborracharan.

Tengo un vago recuerdo de que mi madre era paciente, pero mis hermanas dicen que era muy dura con sus hijas, no con sus hijos. A mi padre lo recuerdo como un hombre impaciente con enojo que brotaba fácil y rápido ante provocaciones menores. Fue del trato severo del que se sacó, sin duda, el mayor aprendizaje. He cambiado poco esa forma de hacer las cosas en una carrera contra el tiempo, lo que en San Pablo era admirado.

También se enseñaba a ser cauteloso, yo diría tímido, porque la cortedad se interioriza en uno cuando se ve en el rostro del otro. La timidez se agarra al paso de los hombres y mujeres desconsolados que tienen sentimientos de minusvalía; aquellos que no tienen esperanza o tienen muy poca.

Allá en mi rancho no había cumpleaños. Se callaba el aniversario del nacimiento. No era importante, tampoco prohibido, pero algo olvidable o no digno de mención, menos de festejo. La celebración a iniciativa del cumpleaños era inimaginable pues se prestaba mucho a la crítica malsana, no fueran a pensar los demás que aquel era un presumido o un pagado de sí mismo. Luego se podría malinterpretar que se andaba en busca del elogio, que se estaba mendingando el abrazo, el regalo. ¡Qué vergüenza para el que la tuviera! Por todo lo anterior era mejor callar, mejor esconder las ganas y comerse las palabras o guardarlas muy lejos en el arcón de los trebejos inútiles.

Esa fue una parte de la infancia que me tocó vivir. Me lamento solo un poco porque también hubo cosas muy buenas que hacen contraparte. Por eso allá voy cuando en mi alma se hace un vacío que lleno de reminiscencias bellas. Fue el sol mi amigo y lo sigue siendo ahora, la luna suspendida en aquella lechosa tibieza fue mi confidente, el agua del arroyo fue como un arrullo y ahí, sobre el tepetate milenario, mi cuerpo se nutrió en la dureza.

Pensar que sucedió por azares del destino lo hace aún mejor, porque el lugar de nacimiento es más fortuito que el de la muerte.

Lamento haberme ido tan temprano, porque me hubiera gustado seguir viviendo allá mis días y los de otros, muriendo muertes ajenas en ese ciclo interminable de lunas y soles, de primaveras polvorientas y de veranos lluviosos, de otoños e inviernos secos y fríos.

Cuando vuelvo mi pensamiento a aquellos lugares y a aquellas épocas también evoco los días tristes; el recuerdo de la madre que se va y no vuelve más o la voz estentórea y

dictatorial del padre que amedrenta como el rayo en la tormenta. También viene a mi memoria el agua veraniega corriendo por los callejones después de la tormenta, mientras mis pies se sumergen en ese líquido tibio que acaricia mi pie al deslizarse entre mis dedos.

De nuevo me llenaré de luz la pupila al recuerdo de aquellas noches en donde miríadas de estrellas titilaban en el firmamento. Escuchar el cantar de las ranas en las charcas me ha ayudado a escuchar con mayor alegría los acordes sinfónicos; las luciérnagas iluminaron algunas veces mis noches sombrías; la chuparrosa me enseñó lo prodigioso del movimiento y la lechuza me enseñó a disipar mis miedos cuando me di cuenta de que esta ave nocturna no era más que otra presencia.

Pero también vi al zopilote revolotear en lo alto, alrededor de la carroña, y después en parvada disfrutar del manjar que la ocasión le deparaba. Vi al conejo saltar apresurado y correr con gracia entre los matorrales eludiendo al cazador. Y muchas veces contemplé al techalote esconderse entre los recovecos de la cerca de El Corredero ante la lluvia de piedras que un montón de chiquillos le lanzábamos.

Muchos años estuve ausente. Cuando volví busqué mis caminos, pero ya no los hallé. Encontré caminos nuevos que hice con mis pies cansados; caminé senderos hacia adelante y hacia atrás, siempre en la ilusión de tropezarme con las cosas de mi infancia y en la esperanza de encontrar en el ambiente la alegría, para recrearla en los momentos de tristeza.

Ahora en el ocaso del camino revaloro todo lo vivido y agradezco el regalo. Tanto tiempo y a la vez tan poco, porque hablando de asuntos terrenales qué es la vida sino un suspiro, un abrir y cerrar de ojos. Cuando me vaya veré hacia atrás, si es que pudiera ver, un sendero borrado, extinto en el espacio y el tiempo, pero que me dará una inmensa alegría por haber estado allá. Allá, donde me tocó vivir.

### Ruinas

Al bajar la ladera de El Llano está la casa de don Casimiro del Real Antuna, mi bisabuelo materno al que sus contemporáneos llamaban con cariño compadrito Milo. Era una casa rústica de piedra sobre piedra, de la que quedan solo las paredes y un medio techo, sostenido por una que otra viga de buena madera que ha sobrevivido a los años de abandono y a la exposición de los elementos naturales.

Don Casimiro crió a parte de sus hijos en esta casa de San Pablo. Allí vivió los últimos años de su vida y quizá ahí murió. Don Casimiro además era dueño de Los Carretones, ese rancho de aguas al fondo de la barranca de Buenavista que después le heredó a mi papá Ismael, mejor conocido como *Mail*.

Entro en la casa y veo las tapias aún con el enjarre original en algunos puntos y en otros solo con la costra vieja que deja al descubierto la piedra. Arriba, en la pequeña porción de techo, la única viga completa tiene más de 120 años, si tomamos en cuenta que don

Casimiro nació en 1861 y suponemos que tuviera unos 35 años cuando construyó la casa. Si la compró ya hecha, quién sabe cuántos años tenga.

Los informes que me llegaron de mi bisabuelo son solo relatos orales de aspectos muy generales. Sería muy interesante saber lo que pensaba, sus miedos, sus emociones y también sus fortalezas y debilidades. ¿Cómo era el padre de mi abuelo materno? Se sabe que era un poco desobligado como padre de familia y que una vez se fue a la Otra Banda en el mes de mayo, a calzar las rejas para la siembra, y que volvió años después. Mamá Jandita estaba embarazada y, cuando lo vio de regreso entrando a la cocina, el niño, mi apá Mail, ya estaba añejo y no lo reconoció. Dicen que a mamá Jandita le dio un soponcio por la sorpresa de volver a ver a su marido, que ya creía muerto o cuando menos desaparecido. Cierta o no, esta historia la escuché muchas veces en labios de mis abuelos. También se decía que era un padre severo y golpeador y que a mi apá Mail lo volvió medio loco de una golpiza.

Esta casa que veo es, pues, una casa con historia, como todas las del rancho. Si la memoria se hubiera plasmado en palabras, podríamos saber santo y seña de la vida de aquellos hombres, sus relaciones afectivas, sus quehaceres y la historia de la edificación de sus hogares. Pero no hay historia escrita y ahora solo nos queda un poco de información oral y la tarea de atar cabos con nombres y fechas. También nos queda la fantasía de pedirle a las tapias que nos cuenten esas historias.

El compadrito Milo está en su casa una noche estrellada y de luna llena. Ha dejado el lecho porque está inquieto y ya se cansó de voltearse de un lado para otro sin poder conciliar el sueño. Su preocupación es porque ha sido un año de escasa lluvia y las milpas en el potrero se están marchitando. Cuando se fue a la cama, el cielo estaba casi limpio, solo unas pocas nubes se vislumbraban a lo lejos allá por Mezquitimanga, tan débiles que no parecían un buen augurio de tormenta. Sale al patio, a una noche tibia de verano. El cielo está cuajado de estrellas y la luna blanca hace más clara la ladera y evidencia claroscurios de sombras de árboles y peñas. Allá a lo lejos se escucha el lúgubre aullido de un felino que seguro anda en busca de alimento. Eso le hace recordar que apenas unos días antes había desaparecido un becerro. Se acerca al corral y le da seguridad comprobar que allí están sus vacas y que en el chiquero los becerritos están a buen resguardo. Desde ese punto de vista puede irse a dormir tranquilo. Sin embargo, lo que le preocupa no es otra cosa que la sequía y de momento no siente la paz necesaria para irse a dormir.

Bajo aquel manto de estrellas dirige sus pasos al extremo de su casa, rumbo al arroyo, y ahí en una gran peña se sienta. Ensimismado en sus pensamientos, permanece mucho rato. Escucha los grillos como si estuvieran muy lejos y le parece escuchar el sonido del agua en el arroyo seco. No cabe duda de que es su anhelo de escuchar la corriente como en el año pasado, que estuvo presente toda la temporada.

De repente una luz intensa ilumina su rostro, levanta la cara y acto seguido escucha un estruendo. Tan absorto había estado en sus cavilaciones que no se había dado cuenta de que una gran tormenta se gestaba en el horizonte. Ya se siente el viento en preludeo de la

lluvia y el cielo sobre su cabeza se ha cubierto de nubes negras. “¡Ah qué Casimiro, no crees en la misericordia divina! Te falta fe”, se dice a sí mismo en voz alta. Se queda unos minutos más atisbando el horizonte. La borrasca viene ya cerca, quizá por La Loma.

Regresa apresurado a su casa y la lluvia es ya intensa cuando entra a su recámara. Se había alcanzado a mojar la espalda. Con cuidado retira un poco las cobijas y se mete al tibio lecho que comparte desde toda la vida con su esposa. Con el calor del cuerpo de su mujer y la intensa lluvia que repiquetea afuera, pronto se duerme. Ya no escucha el vendaval ni el arroyo que, como toro enbanderillado, brama enfurecido.

A la mañana siguiente se levanta contento. Los pájaros lo saludan, los árboles parecen recién lavados y el olor a tierra mojada lo impregna todo. Es una mañana espléndida, así que, después de almorzar, ensilla su burro y se dirige al potrero. Hay que labrar la tierra.

Aquí termino mi relato, una recreación de lo que pudo haber sido. Como nadie me puede desmentir, mi versión puede hipotéticamente ser cierta o tener, cuando menos, algo de cierto. Lo único que puede ser bello en este escrito es la evocación bucólica de aquella noche y pensar que todas estas casas tienen sus encantos y sus secretos. Podemos imaginar que en muchas noches solitarias y silenciosas se han de escuchar las voces de los que ya se fueron, inaudibles al humano, pero que acompañan al canto de los grillos y a la luna. Quisiera estar el día en que se invente una máquina capaz de recrear la voz de aquellas gentes, esa voz que quedó atrapada entre las grietas de estas toscas paredes.

En la casa del compadrito Milo, me levanto y camino por aquel recinto centenario, y lo que veo es desolación. ¿Qué queda de aquello sino estas ruinas que veo, desprovistas de belleza si no las vemos con los ojos que las edificaron, las vivieron y las amaron?

Así como esta casa, hay muchas en San Pablo, pueblo fantasma que ya solo en ruinas evidencia su pasado. Estos despojos que quedan, si los vemos fríamente, son ruinas nada más. Es necesario verlas en el pasado, con los ojos del alma, de nuestra alma y también del alma de los que se fueron. Desde luego que la belleza de una casa es su gente: el rostro de un niño, la mirada de los amantes, los pasos furtivos de una chica que se despide de su novio o el llanto del recién nacido que reclama atención.

No podemos negar que en nuestros antepasados está nuestra esencia y que su legado somos nosotros. En esos recovecos de la memoria está nuestra substancia, y en los ires y venires de la vida, la nostalgia por la tierra que nos vio nacer.